EL FIN DE LA CONCERTACIÓN



Rodrigo García Pinochet.



Como toda una generación, desde 1990 a la fecha, Rodrigo García Pinochet ha vivido su juventud bajo los consecutivos gobiernos de la Concertación. Sin embargo, a diferencia de muchos, ha sido testigo cercano de numerosos y relevantes hechos políticos relacionados con dicha coalición y con la principal figura que la unió: Augusto Pinochet.

Tras publicar dos títulos anteriores, "*Destino*" (2001) y "*Caso Riggs: La persecución final a Pinochet*" (2007), García Pinochet presenta esta obra de comentario y análisis acerca del fin del más exitoso conglomerado político-electoral de nuestra historia.

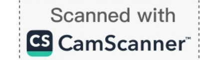
Como resultado del fallecimiento del general Pinochet y de los ya 17 años en el gobierno -los mismos que duró el régimen militar- sumado al predominio de una "democracia demoscópica", la Concertación se ha visto enfrentada a consecutivas tempestades capaces de hacer naufragar al titánico aparato burocrático estatal en el cual se ha transformado. La Concertación está enferma, dice el autor, tiene el cáncer de la corrupción, pero erróneamente lo confunde con un leve resfrío. Todo aquello, sumado a la carencia de autoridad y liderazgo por parte de la Presidenta, hará del fin de la Concertación una realidad que no asegura un triunfo de la Alianza, como tampoco asegura quedar exentos del clásico populismo latinoamericano, tan reiterado en nuestro vecindario.

Rodrigo García Pinochet

EL FIN DE LA CONCERTACIÓN

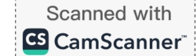
(Q.E.P.D.)

«*Que el País Descanse*».



1ª edición ©
Agosto de 2007
Inscripción N° 164.663
ISBN 978-956-8433-08-6

EDITORIAL MAYE LTDA.
Email: almarquez@mi.cl
Impresión:
Imprenta Nuevo Extremo Ltda.
Solo actúa como impresor.



A mis padres.

ÍNDICE

Síntomas de un final



Portada del diario "The Clinic", marzo 2007.

Más de 541 mil millones de pesos es el monto que un informe del Instituto Libertad estima han alcanzado los casos, conocidos, de corrupción durante los 17 años de gobiernos de la Concertación. Dicho de otra forma, el monto equivale a la entrega de un millón de pesos, durante los gobiernos de la Concertación, a las 541.000 familias más pobres del país. Puesta de esta manera, la cifra se vuelve menos abstracta y bastante más dolorosa. Más de dos millones de chilenos hubiesen podido mejorar ostensiblemente su nivel de vida; otros tantos, tal vez, habrían logrado romper el círculo vicioso de la pobreza. Sin embargo, aquellos recursos se diluyeron en una sucesión de hechos que ya parecen olvidados.

Pobre de quienes osen criticar a la Concertación en cuanto a su «lucha» en contra de la pobreza. La indignación de sus líderes no se hace esperar y no dudan en levantar una ostentosa oratoria en defensa de la «obra» realizada. Han sido las campañas presidenciales de la Concertación las que suelen transmitir conceptos que en el papel suponen la defensa y protección del «pueblo». La *alegría llegaría* cuando *ganara la gente* y *creciéramos con igualdad* al *estar contigo*. Más de 17 años han transcurrido y, a diferencia de todos los anteriores gobiernos concertacionistas, hoy los

síntomas de decadencia, desgaste y deterioro parecieran estar muy presentes, no latentes, cada día.

Muchos de quienes lean este libro con seguridad compartirán la afirmación, mediática por cierto, sobre todo su portada, que expone su título. Otros desearán que no ocurra e incluso la afirmación puede llegar a molestarles, especialmente si forman parte de la gigantesca maquinaria burocrática en que se ha transformado la Concertación.

No es mi intención ofender a nadie ni herir sensibilidades con este libro, solo quiero hacer uso de uno de los más preciados derechos que una democracia regala a sus ciudadanos: ***la libertad de expresión***; es decir, todo lo que el gobernante no quiere, para nada, oír. Algunos no dudarán en regañarme y reprenderme pública o privadamente –como suele ser nuestra idiosincrasia– por haberme tomado dicha libertad, argumentando que durante 17 años (los anteriores a estos 17) en nuestro país no existió verdadera libertad de expresión, ya que quien alzaba la voz en contra del régimen corría el riesgo de ser duramente sancionado. Pues bien, aunque así piensen, no por ello deben coartar mi propia libertad de expresión.

Reconocidas fueron las publicaciones que, no sin tropiezos, levantaron la voz en contra del gobierno militar en plena década de los ochenta. Revistas como *Análisis*, *Hoy*, *Apsi* y periódicos como el *Fortín Mapocho* tuvieron amplia cabida entre los medios de comunicación durante varios de los años del régimen. Es por ello que en democracia no debe asombrar que surjan correctas personas que se aventuren a escribir lo «políticamente incorrecto». Ejemplo de ello son algunos columnistas de reconocidos periódicos capitalinos que revelan al lector los errores que el gobernante de turno comete una y otra vez, situación que se ha in-

tensificado durante el tiempo que lleva en ejercicio el actual gobierno de la Concertación.

De esta forma, según algunos, en Chile, gracias a la libertad de expresión, es posible decir que un gobernante no da el ancho –léase «*que es un inepto*»– sin que nos pase nada. Tampoco al gobernante. Las incompetencias, o irregularidades, para utilizar el vocabulario oficialista, son denunciadas a través de los medios de comunicación pero solo terminan en palabras llevadas por el viento. Pero no por ello debemos menospreciar la importancia de la libertad de expresión, aun cuando suele confundirse con la libertad de pensamiento, cuestión que, según escuché decía un fallecido y connotado sacerdote, no existe en nuestro país. No por la falta de libertad, sino por la de pensamiento.

– «*La libertad de expresión es la regla de oro*».

Estas fueron las palabras de la propia Presidenta Bachelet desde la lejana Finlandia, en reacción a la decisión del gobierno venezolano de Hugo Chávez de cerrar la cadena de televisión opositora a su gobierno, RCTV, a fines de mayo de 2007. La regla de oro de nuestra Presidenta parece no ser seguida por los más afamados gobiernos de izquierda latinoamericanos. En el informe «*Libertad de prensa 2007*», elaborado por la ONG Freedom House,[1] los gobiernos de Cuba y Venezuela han sido indicados como los únicos países en toda América Latina que carecen absolutamente de libertad de prensa. Además, cabe destacar que otro informe de la misma ONG sitúa a Cuba dentro de la lista de los países más

1 www.freedomhouse.org, informe: «Freedom of the Press 2007».

represivos del mundo,[2] informe que espero lean algunos políticos chilenos, incluso ministros, antes de alabar al régimen castrista.

Volviendo a nuestro país, uno de los ejemplos más claros que demuestra el nivel de libertad de expresión del que gozamos fue aquella memorable portada del satírico periódico *The Clinic*. Innumerables fueron las veces que tuve que tolerar en silencio sus ácidos montajes fotográficos -existen sentimientos de por medio-, por lo que ver a Michelle Bachelet con su singular sonrisa, en primera plana, más que provocarme burla o alegría, me dio alivio, alivio de poder mirar las vitrinas de los quioscos sin amargura alguna. En la portada el periódico lucía la fotografía oficial de la Presidenta Michelle Bachelet, aquella en donde se ve vistiendo un ceñido traje color crema con la banda presidencial, alterada en sus colores originales, que le cruza el torso y sobre su cabeza yacía, algo inclinado, uno de esos característicos conos plásticos anaranjados de tránsito utilizados para las glorificadas vías segregadas, mientras a pie de página se lee en grandes letras de molde, aludiendo al nombre de la tarjeta de pago para el Transantiago:

– **«Bip! Bip! Burra!»**

Magnífico ejemplo de libertad de expresión que acaricia la insolencia.

Si buscamos definiciones más formales, pero no por ello más reales, la libertad de expresión es el derecho de todo individuo a expresar ideas libremente y, por tanto, sin censura. Por muchos es considerado como un derecho fundamental, defendi-

---

2 www.freedomhouse.org, informe: «The worst of the worst. The world's most repressive societies 2007».

do bajo el artículo 19° de la aclamada y omnipresente *Declaración Universal de los Derechos Humanos*. Por cierto que muchos han oído hablar de ella, incluso la izquierda la ha adoptado como eslogan propio, pero con seguridad son pocos quienes han leído algún párrafo de sus postulados. Es por ello que cito a continuación el mencionado artículo:

> «*Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de* ***no ser molestado*** *a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión*».

Rescato y destaco este artículo para solicitarles a todas las autoridades de las instituciones del Estado aludidas en el presente libro que por favor no utilicen su poder, influencia, jurisdicción, autoridad y amistades para propinar o continuar una vehemente persecución en mi contra. Suficiente fue la experiencia detallada en mi anterior libro, por lo que esta vez pretendo acogerme al mencionado artículo y apelar a mis derechos universales, ya que según este no debo ser molestado por la mera publicación de mis opiniones, por muy «incorrectas» que estas sean. Me pregunto: ¿Le harán caso?

Sé que a algunas personas puede molestarles que sea yo quien haga uso de este derecho, que utilice libremente la pluma para manifestar mi opinión acerca de algo que, como muchos, creo inevitable. Insisto, el título de este libro con seguridad va a molestar a muchos -la portada también-, tal vez no por no coincidir con él, sino más bien por ser un Pinochet quien lo declare públicamente. Consuelo encontrarán otros en que sea justamente un Pinochet quien lo diga, menospreciando el origen del pseudo oráculo. La verdad es que más que ser una aventurada y desme-

dida afirmación, impulsada por sentimientos antes que por la razón, la culminación del más exitoso conglomerado de gobierno chileno es una opinión que creo generalizada tanto entre los espectadores de la política, los ciudadanos, como entre los «señores políticos». Así, solo he querido detenerme a meditar acerca del sustento empírico que esta presunta profecía tendría, de los fundamentos por los cuales la Concertación se encuentra destinada a desaparecer como coalición política.

Uno de los primeros políticos en plasmar en un libro la necesidad del término de la Concertación fue el senador Andrés Allamand. Tras su larga –en páginas y en días– *Travesía por el desierto*, el senador nos presentó en mayo de 2007 *El Desalojo*, libro en donde detalla punto por punto las razones del por qué un quinto gobierno de la Concertación, es decir, 24 años al mando de la nación, no generaría más que daño al país. En lo personal creo que el cuarto gobierno ya ha generado bastante daño.

El título del libro despertó los más profundos miedos de notables próceres concertacionistas, quienes, tal y como suelen hacer una y otra vez, insólitamente vincularon el título del libro con presuntas intenciones «golpistas». Sin lugar a dudas, el autor presumió esta histeria concertacionista en las segundas lecturas que el título tendría en quienes aún ostentan el poder; sin embargo, los arrebatos públicos denunciando vínculos golpistas no obedecen más que a aquella automática defensa concertacionista que se activa cada vez que es posible relacionar a la derecha con el gobierno militar. En otras palabras, no dudan en apelar a la imagen PINOCHET para enrostrar toda la connotación negativa que han logrado imponer en ella sobre quienes participaron o simpatizaron, a pesar de sus llorosos públicos arrepentimientos, de la obra del gobierno militar. Abjuración que tuvo, en la mayoría de los casos, solo un objetivo electoral.

Me pregunto: ¿Hasta cuándo utilizará la Concertación la imagen PINOCHET como arma y escudo político? Y, ¿en qué se basa ese desesperado temor concertacionista de dejar el gobierno?

Este miedo, el de perder el poder, pareció reflejarse con claridad en los ojos de los políticos de la Concertación tras la presentación del libro de Allamand, más aún cuando a fines de abril de 2007, por primera vez, una encuesta dio como ganador absoluto a Sebastián Piñera compitiendo contra cualquier otro candidato presidencial concertacionista, Insulza y Lagos incluidos. Del miedo pasaron al horror al publicarse en mayo de ese mismo año la caída en el apoyo al gobierno del sondeo de opinión de la empresa Adimark, el cual dejaba el apoyo a la Presidenta Bachelet en un piso algo superior al 40%.

Las señales de que la Concertación está en problemas no provienen solo de los sectores opositores, sino también de personas y grupos que pertenecen a ella. Fue en el mismo mes de mayo de 2007 cuando un largo listado de personeros concertacionistas firman un «manifiesto» bautizado como «*La disyuntiva*», en donde llaman a «*definir un nuevo pacto político entre los partidos y el gobierno, promoviendo para ello una serie de medidas tendientes a avanzar hacia un "Estado de bienestar"*»,[3] pidiéndole un verdadero «*golpe*», pero «*de timón*», a la Presidenta Bachelet.

Esta señal proviene de los sectores más de izquierda dentro de la Concertación, los cuales aspiran al mencionado «Estado de bienestar» o «Estado benefactor»; en pocas palabras, más socialismo. Países europeos, como Suecia, que implementaron el «Estado de bienestar», hoy en día dan pie atrás debido a la inviabilidad de su ejecución. Personas como el intelectual inglés so-

[3] Diario *El Mercurio*, 4 de mayo de 2007.

cialdemócrata Anthony Giddens, reconocido por la «Tercera vía», admitió abiertamente que en ella *«el Estado de bienestar crea tantos problemas como los que soluciona»*. Un caso para destacar es el del diputado del Partido Liberal sueco Mauricio Rojas, chileno de nacimiento, ex militante del MIR y considerado como un «traidor» por los exiliados radicados en Suecia. Fue él quien, a raíz de una columna de Genaro Arriagada, escribió:

«La debacle económica que a comienzos de los 90 afectó a Suecia, país que construyó el modelo más acabado de Estado benefactor, debería hacer reflexionar a quienes hoy proponen un modelo semejante. Y los mismos deberían estudiar la Suecia real, y no la de los mitos, para ver cómo este país, para salir de la crisis, emprendió una remodelación profunda del viejo "modelo sueco" a través del programa de privatizaciones más amplio llevado a cabo en la Europa contemporánea y el desmantelamiento sistemático de los monopolios públicos sobre las áreas claves del bienestar, creando así una libertad ciudadana de elección antes desconocida en el país. Esta misma Suecia está empeñada en moderar una carga tributaria todavía abrumadora y reformar un mercado de trabajo sofocante. De todo esto nos podría haber hablado Genaro Arriagada porque aquí sí que hay cosas importantes que aprender».

Volviendo a las señales que vislumbran el fin de la Concertación, todas estas pueden o no ser correctas; mucho se especuló hace unos años acerca del fin de la Concertación durante el gobierno de Lagos. En el año 2002 el «caso coimas» fue una de las primeras señales de crisis en la coalición. Sin embargo, a pesar de la gran inestabilidad por la que pasó la Concertación durante esos años, fue la intrincada habilidad política de Insulza como ministro del Interior, y la autoridad que imponía Lagos como Presidente, lo que permitió sortear con éxito el conflicto. Sin men-

cionar la mano que le prestó Pablo Longueira para poner orden y que terminó por legalizar en el Congreso los afamados sobresueldos. A diferencia de esos años, hoy en nuestro país existen condiciones muy distintas. La autoridad pareciera ser una condición no muy definida en nuestra Presidenta y Belisario Velasco, o quien sea, no es José Miguel Insulza. Además, dudo de que la Alianza vuelva a prestarle incondicional ayuda a la Concertación.

Por mi parte, fue tras el fallecimiento de mi abuelo que vi con mayor claridad que la Concertación iniciaba su fin. Mi pensamiento quedó estampado en el titular de una entrevista de marzo de 2007: «*La muerte de mi abuelo es el fin de la Concertación*». No sé si aquellas fueron las palabras exactas que le dije a la periodista, cuestión que suele pasar cada vez que uno es interrogado por ellos, pero la frase no se encontraba alejada de la verdad. Tal vez con una sutileza: su fallecimiento fue, *por lo menos*, el comienzo del fin de la Concertación.

Fue la figura de Augusto Pinochet la que engendró la coalición política llamada Concertación. Sus detractores se unieron para derrotarlo y durante largos años fue un fuerte vínculo de unión. La imagen PINOCHET les permitió limar asperezas, dirimir diferencias, atacar a sus adversarios políticos, «la derecha», y ganar elecciones. Esa misma imagen les regalaba un discurso a la hora de verse acorralados, discurso que incluso, como mencioné anteriormente, algunos continúan utilizando. Basta que personeros de la Concertación se vean afligidos por sus adversarios, o complicados por sus actos, para que saquen a relucir la imagen PINOCHET. Un ejemplo de esto lo encontramos en las palabras del ex Presidente Ricardo Lagos, quien en abril de 2007, tras el acoso de la prensa para que rompiera su mutismo con respecto a los problemas ocasionados por su proyecto estrella, el Transantiago, dijo:

– «*...este Presidente* (sic) *nunca tiene temor de enfrentar las acusaciones y enfrentarlas como corresponde, a su debido momento. El país sabe que cuando había que hablar, tantos callaban, porque dicen que no sabían lo que pasaba, hablamos y hablamos con claridad al país*».

Además del *lapsus línguae* en que incurrió por la omisión del prefijo *ex* de su condición como Presidente, sus palabras claramente aludían al período del gobierno militar, es decir, a la imagen PINOCHET, enrostrándole a «la derecha» su silencio por los casos de violaciones a los derechos humanos. La pregunta que me hago es: ¿Qué tiene que ver eso con el Transantiago? Sus palabras ya no sonaban como cuando era Presidente o ministro, cuando la imagen PINOCHET aún se materializaba en la persona de Pinochet. A partir del fallecimiento de mi abuelo, la imagen PINOCHET inevitablemente pierde sustento, pierde fuerza, por lo que el principal vínculo que une a la Concertación también se debilita. Tras pensar en ello, he querido saber qué tan real es el fin de la Concertación.

Lo primero que me llamó la atención fueron algunas declaraciones de reconocidos personajes concertacionistas acerca de la situación que vive la coalición de gobierno. Basta con revisar algunos periódicos u otros medios de comunicación nacionales para encontrar dichos que demuestran la inestabilidad y las fricciones del bloque oficialista.

– «*Tenemos dificultad para gobernar*».

Así lo admitió el insigne presidente del Partido Socialista, senador Camilo Escalona, ante la situación producida por el rechazo en el Congreso, el día 19 de abril de 2007, al proyecto conocido como «*Depreciación acelerada*». El rechazo a la iniciativa se lo-

gró gracias a los votos en contra de senadores concertacionistas, quienes, al igual que la oposición, esgrimían que la iniciativa no beneficiaba a las pequeñas y medianas empresas sino más bien a los grandes conglomerados. Lo curioso de la situación fue que el soberbio y engalanado ministro de Hacienda, Andrés Velasco, contaba con el apoyo nada menos que de todo el empresariado chileno, aquel mismo que el senador socialista tildara hacía unos meses como unos «chupasangre» y que rindiera un gran homenaje a otro socialista que se encontraba pronto a dejar la presidencia: Ricardo Lagos. «*Te amamos Lagos*», lo vitorearon sin hipocresía alguna.

Solo unos días antes de la mencionada derrota oficialista en el Congreso, el 16 de abril de 2007, uno de los fundadores de la Concertación, Jorge Schaulsohn, antes militante PPD y ex presidente de dicho partido, expulsado por declarar a fines del año 2006, públicamente, que en la Concertación se había desarrollado una «ideología de la corrupción», manifestó nuevamente las falencias de la coalición, declarando a *Radio Agricultura*:

- «*La Concertación ha hecho mal las cosas*».

Sin duda, comparto la frase del ex parlamentario, tal vez de haberla dicho antes se hubiera ahorrado el merecido zamarreo que recibió en los pasillos del Congreso Nacional. Pero sus dichos tuvieron inmediata réplica en quienes se niegan a ver el deterioro de la Concertación. Fue otro de los fundadores de la coalición de gobierno quien increpó los dichos de su «compañero» con respecto a la corrupción dentro de la Concertación.

- «*Lo que hizo Schaulsohn es una torpeza intelectual, porque él dice que es una ideología de la corrupción (...) sinceramente,*

soy igual o más que Schaulsohn fundador de la Concertación, y nunca he escuchado semejante estupidez».

Las palabras de Genaro Arriagada a *Radio Cooperativa* el 20 de diciembre de 2006 eran, por decir lo menos, fuertes, calificando indirectamente a Schaulsohn de estúpido, es decir, necio o falto de inteligencia. Durante los 17 años de la Concertación no recuerdo haber escuchado ese tipo de epítetos entre sus miembros, por lo que no dejó de sorprenderme. Si estas eran las declaraciones de un PPD, con seguridad las de un democratacristiano serían incluso más elocuentes, y así era.

El senador Adolfo Zaldívar debe ser uno de los democratacristianos, después del ex senador Arturo Frei Bolívar, que ha anticipado la inviabilidad de la Concertación desde hace un buen tiempo.

Tras declarar que se sentía «***expulsado***» de la Concertación, expresó en una entrevista al diario *El Mercurio*:

- «*La Concertación no es para mí una definición permanente, sino ¡transitoria!, que se tomó ante una realidad y que hoy está en crisis*».

Agrega en la misma entrevista:

- «*No me representa lo que hizo Lagos, porque consolidó la mayor desigualdad social en la historia de Chile. Tiene una crisis interior tremenda: termina consolidando esta concentración de la riqueza. La mayor paradoja es que cuando era joven escribió contra la concentración de la riqueza en Chile*».

En similar postura es posible ver al diputado DC Jaime Mulet, quien dijera en febrero de 2007, en revista *Ercilla*:

– «*La Concertación mantiene la ley de la selva en Chile*».

Esta frase por supuesto que es necesario contextualizarla, ya que de lo contrario se puede caer en una ingrata confusión, faltándole el respeto a las más altas autoridades de nuestro país. Una cosa es la libertad de expresión y otra son los malintencionados símiles atiborrados de mordacidad.

La propia presidenta del Partido Demócrata Cristiano también ha hecho significativas declaraciones acerca del estado en que se encuentra la Concertación. Tras una nueva descoordinación del gobierno con sus partidos políticos, producida por la «ingeniosa» manera encontrada por el ministro Cortázar para inyectarle recursos por medio del Metro al tacho sin fondo en el que se comenzaba a transformar el Transantiago, Soledad Alvear declaró:

– «*Esto no da para más, tenemos la obligación de ordenarnos y trabajar en consecuencia*».

Si nos movemos al lado más siniestro de la Concertación –nótese que deseo utilizar única y exclusivamente la primera acepción de la palabra, es decir, dicho de una parte o de un sitio que está a la mano izquierda–, también nos podemos encontrar con reveladoras declaraciones. Fue la dupla del cineasta, licenciado en filosofía y actual diputado Enríquez-Ominami y el locuaz diputado Alinco la que puso en jaque valórico a la Concertación, gracias a la presentación de un proyecto de ley en noviembre de 2006 para despenalizar el aborto antes de las 12 semanas de gestación (3 meses), el cual ni siquiera fue acogido para

su discusión debido al rechazo de prácticamente todos los parlamentarios DC.

- «*Es tan grave lo que han hecho hoy día los diputados DC con la derecha que finalmente han demostrado que la Concertación hoy día no es más que una coalición, un matrimonio por conveniencia para mantener el poder*», añadiendo que «*a esa Concertación no pertenezco...*».

Enríquez-Ominami solo coincide en un punto con las declaraciones del senador Zaldívar: ambos se consideran públicamente fuera de la Concertación.

Podría continuar citando declaraciones de destacados concertacionistas y llenar varias páginas de este libro, lo cual no tendría mayor mérito, pero estas pocas son suficientes como para demostrar que algo está pasando dentro de la coalición de gobierno. El fin de la Concertación pareciera no ser una idea tan descabellada, por lo que, fiel a nuestra democracia demoscópica, no dudé en iniciar una breve pero no por ello menos representativa encuesta acerca del dilema en cuestión. Eran los primeros días de marzo de 2007 y el gobierno ya cumplía un año en ejercicio, por lo que podría obtener las primeras impresiones comparativas. El margen de error de la encuesta con seguridad sería alto, pero aquello poco importaba mientras obtuviera los resultados que deseaba. ¿Cuántos sondeos de opinión no han sido así? -pensé-. Basta con ver los resultados de los sondeos de los políticos con más «futuro», entendiendo no sé qué por «futuro».

Una de las primeras personas a las que encuesté fue un buen amigo, fiel representante de una juventud ajena a la actividad política. Él, como muchos, considera la política como una de

las actividades más desprestigiadas de nuestra sociedad, lo que no es novedad para nadie.

- Mira, tú sabes que yo no voto, ni siquiera estoy inscrito en los registros electorales, no me interesa inscribirme y me molesta la idea de que me obliguen a votar. Todos los políticos son unos..... –me dijo, con un tono de voz que reflejaba algo de molestia.
- Pero –insistí–, ¿crees que el gobierno de Bachelet será el fin de Concertación?

Por unos segundos lo vi titubear, sabía que si bien no votaba, si lo hiciera no lo haría por la izquierda, pero su respuesta no dejó de sorprenderme.

- Bien sabes que no votaría por Lagos si se presenta de nuevo y menos por Insulza, pero ha sido gracias a los gobiernos de ellos (de la Concertación) que tomo mi Audi y en 10 minutos estoy fuera de Santiago –desde Las Condes– para irme soplado a mi casa en Viña, al *resort*. La carretera está impecable y en algo más de una hora llego tranquilo a ver la puesta de sol.
- Durante la semana –continuó diciendo– los tacos ya no me molestan tanto, me sacaron las micros amarillas que atestaban las calles y se supone que habrá menos contaminación. El metro ya no lo uso para ir al centro porque está colapsado, lleno de pungas, pero a diferencia de antes, en auto no me demoro nada. A todo esto, el auto me lo pude comprar gracias a que bajaron de precio por el tratado de libre comercio con la Unión Europea, y lo mismo fue con el televisor plasma coreano. Todo gracias a que he cumplido las metas que me exi-

gen en la pega para el bono de fin de año, jamás en su historia había sido más rentable el banco donde trabajo.

- La verdad –continuó diciendo con un cierto tono de ironía– no sé si no votaría para que Lagos sea de nuevo Presidente, cerrando la frase con una socarrona risotada. Aunque, hoy por hoy –sentenció–, pareciera ser que las cosas se hacen «*al lote*».

La breve pero no menos real respuesta me dio que pensar. Todo lo que me había dicho era verdadero e inevitablemente me hizo recordar una vez más aquella imagen donde los grandes empresarios ovacionaban de pie al entonces Presidente Lagos a meses de dejar su mandato. El empresariado lo apreciaba, lo «amaba» y además había ejercido una clara influencia en las políticas económicas implementadas por su gobierno. La afamada Agenda ProCrecimiento del gobierno de Lagos fue una iniciativa del empresariado (los «chupasangre») y su origen surgió nada menos que de la Sofofa y la Confederación de la Producción y del Comercio, por lo que el amor expresado a Lagos no era solo un sentimiento pasional de imberbe colegial, sino de una madura relación con plena comprensión de pareja. Los empresarios amaban a Lagos y no podía ser de otra manera si durante los últimos años de su gobierno la rentabilidad de las grandes empresas fue colosal. La banca, por ejemplo, tuvo una rentabilidad sobre patrimonio promedio, entre el año 2001 y el 2006, de un 17,1%, por sobre el promedio de América Latina (15,5%), Asia (14,9%) y Estados Unidos (13,5%),[4] llegando algunos bancos a rentar por sobre su capital más de un 30%. Esto lo recuerdo con claridad, ya que fue el propio ex ministro de Hacienda Eyzaguirre quien, a raíz del «Caso Riggs», llamara a la ciudadanía a denunciar a todo aquel que ofreciera rentabilidades de negocio desproporcionadas, es decir, superiores al 30%. Como buen ciudadano, y siguiendo

---

4 Fuente: CB Capital.

fielmente el llamado de nuestro carismático ministro de la época, denuncié la «escandalosa» rentabilidad que obtuvo el Banco de Chile el año 2004 en una carta enviada al diario *El Mercurio.* No obstante, pareciera ser que el editor del diario no consideró que mi denuncia fuera merecedora de ser publicada. Tal vez olvidé que dicho periódico también pertenece a un gran conglomerado empresarial.

A pesar de las grandes rentabilidades obtenidas por el empresariado, estas no se reflejaron en un alto crecimiento del país como un todo. La tasa de crecimiento (PIB) promedio del gobierno de Lagos ha sido la menor de todos los gobiernos de la Concertación, alcanzando un 4,3%, sin considerar el gobierno de Bachelet, que en su primer año ha ratificado la tendencia decreciente del crecimiento económico de los gobiernos concertacionistas, obteniendo un magro 4% en su primer año de mandato, pese a las inigualables condiciones de la economía mundial y del precio del cobre.

El resultado de Lagos se encuentra lejano al 7,7% alcanzado por el gobierno de Aylwin y al 5,4% de Frei. Sin embargo, su popularidad a la hora de dejar el gobierno superaba con creces la de sus antecesores.

Pareciera ser que la fuerza de la inercia del gobierno militar en relación con lo económico ha ido poco a poco mermándose. Las constantes trabas al crecimiento implementadas por la Concertación han buscado más bien fines electorales que económicos y han aletargado el gran impulso iniciado desde mediados de los años ochenta. La habilidad de la Concertación ha sido mantener el modelo sin grandes modificaciones; simplemente lo ha administrado, utilizando mayoritariamente las mencionadas trabas solo en ocasiones en que la estrategia electoral las requiere. Cómo

no recordar la habilidad de José Miguel Insulza para introducir las reformas laborales en plena campaña presidencial de 1999, con un Joaquín Lavín pisándole los talones a Lagos. Las trabas no impidieron el amor de los empresarios por Lagos; al contrario, tal vez las veían como la imperfección propia de cualquier relación, aquello que debían tolerar, mirar para el lado, hacerse los lesos, todo con tal de que lo «macro», no así lo «micro», siguiese viento en popa. Ayer amaban a Pinochet, hoy a Lagos, ¡qué más da!, dirán algunos de ellos. Todo mientras sus grandes intereses se mantengan, en lo posible, intactos. Durante el gobierno militar muchos miraron para el lado, decían comprender lo que vivían los militares y solidarizaban con los uniformados asesinados a tiros por los terroristas. Por lo demás, cada bomba que echaba abajo una torre de alta tensión costaba decenas de horas sin producir. Con Aylwin, no dudaron en mirar para el lado cuando ahora los militares eran indicados con el dedo, aquel acusador dedo índice, como los verdaderos malos de la película, como los culpables de las más horrorosas barbaries jamás antes vistas. Miraron para el lado, pero no amaron a Aylwin.

El amor por Lagos era algo especial, era amor hacia un socialista, de los renovados, y cualquier temor que hubiesen tenido antes de haber sido electo Presidente, a días de dejar el gobierno parecía un sentimiento algo absurdo y casi infantil. ¡Te amamos, Lagos! será lo que la historia recordará.

La pregunta que surge es: ¿Amarán también los empresarios a Bachelet? ¿Qué ocurrirá si no la aman o siquiera la estiman? Al año y meses de su gestión, los afectos parecieran volcarse más hacia su ministro de Hacienda que hacia la propia Presidenta.

Todo aquello me hacía meditar en la respuesta que me había entregado mi amigo, si bien no había contestado directamente mi pregunta. Sin pensarlo me expuso las surrealistas paradojas de la política o tal vez solo mi falta de conocimiento del comportamiento humano de nuestros tiempos: individualista, utilitarista y consumista. Son estas características sociales las que hoy en día alteran e invierten el orden de las cosas; nada es lo que era, y lo que es, parece ser otra cosa. No es acaso este el juego de la ilusión, la habilidad del «mago».

El trastorno de las cosas me hizo recordar una frase que alguna vez leí o escuché decir a un congresista norteamericano, Richard Gephardt, quien declaró en una ocasión:

- «*If you want to live like a Republican, you have to vote for Democrats*».

La que traducida y adaptada a nuestro país sería:

- «*Si quieres vivir como un derechista, tienes que votar por un concertacionista*».

Si no tuviera la cada vez más escasa costumbre de leer nuestra historia reciente, difícil es creer que aquella persona que el empresariado ovacionaba, el socialista Ricardo Froilán Lagos Escobar, escribiera que:

- «*La única verdadera solución es, entonces, la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción, los cuales deben pasar al Estado*».[5]

---

[5] Ricardo Lagos, *La Concentración del Poder Económico*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1960, p. 172.

Sin lugar a dudas que cambió de opinión, todos tenemos el derecho a hacerlo, y al empresariado se lo demostró con hechos concretos. Sin embargo, tras dejar el poder con un histórico índice de popularidad de un 70% de aprobación, su legado no ha sido muy provechoso para su sucesora. Todos o muchos recordamos la televisiva llamada que le hiciera a la entonces Presidenta electa Michelle Bachelet, en donde le daba algunas recomendaciones para gobernar, como también una carpeta con las «tareas pendientes», que se transformaron finalmente en lo que popularmente conocemos como «cachos». Si bien ha sabido guardar silencio ante las críticas soberbiamente, catalogando las acusaciones de corrupción en contra de su gobierno como «infundadas» o meras «hojarascas», su popularidad no es la misma, por lo que ya no puede ser considerado como carta segura para un quinto gobierno de la Concertación –a pesar del amor del empresariado, aquello ya es pasado–. Consciente de ello, y siguiendo el ejemplo de un político estadounidense, hoy Lagos ha hecho suyo uno de los temas de mejor manipulación política en los últimos tiempos: el calentamiento global de la Tierra. Sin lugar a dudas, el tema es serio y debe tomarse en cuenta a la brevedad posible. Ha sido su exposición en los medios de comunicación de masas, en buena hora, lo que ha permitido su comprensión por parte de la audiencia, de la opinión pública, pero a su vez es esta exposición la que lo hace atractivo para el estratégico manoseo electoral, que a fin de cuentas no pasa de ser solo un pomposo discurso de campaña atiborrado de medidas inviables o inútiles. Espero no sea así.

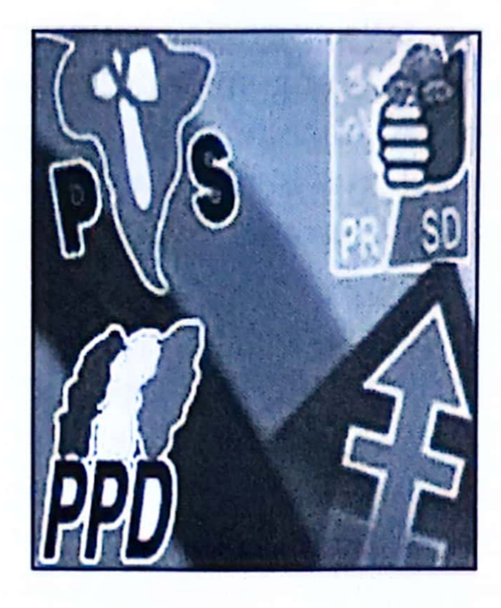
Siguiendo con mi particular encuesta, tal vez algo decepcionado con la irónica respuesta de mi amigo, pensé en preguntarle ahora a alguien que no hubiera sido beneficiado por las grandes obras de la Concertación, alguien que no tuviera automóvil, por lo que no podía utilizar cotidianamente las carreteras, que no le agradara la ausencia de micros amarillas, cuyo único

medio de transporte fuera el público, que no tuviera un televisor plasma de cuarenta y tantas pulgadas, que no trabajara en una gran empresa sino, como el 80% de los trabajadores, en una pequeña o mediana empresa. Es decir, debía preguntarle a la gran mayoría de los chilenos.

Sin embargo, tras animarme a realizar prontamente la encuesta y con ello obtener rápidamente el resultado y, por ende, la conclusión y presunta verdad de la realidad, característica que solemos atribuirle a los sondeos de opinión, me detuve por unos segundos a tratar de pensar y anticipar, por medio de la razón, las diferentes variables que debiesen demostrar que nos encontramos en presencia del fin de los gobiernos de la Concertación. Las encuestas pueden ser tan volátiles como los estados de ánimo e influir en ellas, aunque sea algo involuntario, es extremadamente fácil. Por ello, este libro trata, tal vez sin mayor éxito, a no ser que la suerte me acompañe, de analizar uno a uno los factores que en un futuro cercano, año 2010 tal vez, terminarán por sepultar la gran maquinaria política que es la Concertación de Partidos por la Democracia.

Concertación de Partidos por la Democracia

Creo pertenecer a una generación que algo recuerda los momentos políticos de los últimos años de la década de los ochenta. Recuerdos que inevitablemente se tiñen de un coloreado arcoíris y una pegajosa melodía que una y otra vez anunciaba la llegada de la «alegría».



Logotipos de los partidos políticos miembros de la Concertación.

–«*Chiiiiile, la alegría ya viene*» quedó acuñado por siempre en nuestros infantiles cerebros.

Tras repetir una y otra vez el mensaje de aproximación de la alegría, intercalando artísticas imágenes de rostros de chilenos comunes y corrientes –como lo somos la mayoría–, la melodía continuaba transmitiéndonos nuestro derecho de libertad de pensamiento, nuestra lucha por la libertad, la necesidad del cambio y el término de la miseria. Todo ello porque nacía «el arcoíris después de la tempestad», porque «sin la dictadura, yo soy libre de pensar». Estas solo eran algunas de las tantas rimas y conceptos que talentosamente se unían con imágenes, letras y música.

La habilidad y destreza en el manejo de la imagen se manifestaba en la entonces innovadora televisiva franja electoral. Los momentos anteriores al ya desaparecido noticiario *60 Minutos,* sin lugar a dudas, obtenían un nada despreciable *rating* de audiencia. La propaganda del NO derrochaba creatividad y colorido en comparación con la parca y rígida franja del SÍ, en donde

era posible ver en pantalla a numerosos jóvenes de europeos y anglosajones rasgos agitando pequeñas banderitas tricolor, vitoreando afirmativamente por un Chile ganador. Entre los rostros en pantalla se podía vislumbrar todo el afecto que poseía por el SÍ un joven y engominado Joaquín Lavín, como también otros de la actual Alianza por Chile. La propaganda del SÍ, a diferencia de la del NO, que invitaba a aspiraciones futuras, apelaba a la historia pasada, al temor de que se repitiera otra Unidad Popular.

De esta forma, la actividad política chilena volvía en gloria y majestad. A diferencia de fines de los años 60, durante los 17 años de gobierno militar, tanto en Chile como en todo el mundo, la influencia de los medios de comunicación de masas, en especial la televisión, se tornaba una variable fundamental a la hora de transmitir el mensaje y penetrar en la conciencia del electorado, y era la izquierda la que contaba con los más talentosos «artistas de la imagen».

A pesar de transmitirse solo del 5 de septiembre al 1 de octubre de 1988, la propaganda para el plebiscito de ese año quedó en nuestro inconsciente colectivo. Una naciente Concertación hacía su primer gran estreno en pantalla y pocos o ninguno de sus miembros habrían imaginado, en ese instante, que esa coalición política podría durar lo mismo o más de lo que duró el gobierno militar. Algunos, como Enrique Correa, se aventuraban a dar entrevistas presagiando la duración del nuevo pacto político que se formaba, mientras aún existían roces dentro de la Concertación por definir quién sería finalmente el candidato de la coalición. El ingenio y la indecorosa habilidad política de Patricio Aylwin le permitió ser finalmente el candidato único, tras haber anunciado el retiro de su candidatura, ejemplo que sus rivales, Eduardo Frei Ruiz-Tagle y Gabriel Valdés siguieron cortésmente, pero que finalmente Aylwin nunca concretó.

La Concertación nació originalmente como Concertación de Partidos por el No para oponerse al plebiscito convocado por el gobierno militar, establecido previamente en la Constitución de 1980. Diecisiete eran los partidos y movimientos políticos que la integraban y cuyos dirigentes conformaron una de las más diversas y heterogéneas coaliciones políticas en la historia de nuestro país. Los rostros de aquellas personas son prácticamente los mismos que hoy vemos repartidos en los más diversos organismos del Estado, solo que con algunas arrugas más, cabelleras algo más platinadas o carentes de pelos y barrigas bastante, bastante, más abultadas -salvo honrosas excepciones-. La democracia no es un régimen, dirán algunos. Lo cierto fue que aquello que hizo posible que tan diversa masa ideológica y política fuera capaz de convivir bajo el alero de un único pacto, lo logró justamente el propio plebiscito. A diferencia de una elección, un plebiscito, en términos simples, es la aprobación o rechazo a una medida gubernamental; en el caso de nuestro plebiscito de 1988, la continuidad en la presidencia de Augusto Pinochet Ugarte. Es decir, no existió una competencia entre diversos candidatos por la obtención del poder, la meta era clara y concisa, se reducía a una sola variable, un objetivo, una sola meta: despojar de poder. El plebiscito simplificó las eventuales discrepancias ideológicas que pudieran existir dentro de los nuevos aliados; todos añoraban el poder y para poder aspirar a tenerlo era necesario despojar de él a quien lo ostentaba y ejercía. Daba lo mismo si debían estar abrazados socialistas, democratacristianos, radicales, mapucistas, verdes, etc., con tal de derrotar a Pinochet. Por lo demás, para muchos era algo impensable que el plebiscito fuese un acto ciudadano transparente y muchos políticos no dudaban en declarar que este era solo una artimaña del régimen para legitimar fraudulentamente la permanencia en el poder por otros 8 años. Equivocados estaban y de sus palabras solo se deriva la forma en cómo hubiesen actuado ellos en el lugar de los militares.

–¿Entregar el poder? ¡Nica...! –dirían.

De los 17 partidos que conformaban la Concertación en aquel entonces, la Democracia Cristiana era la que le daba estabilidad y soporte ciudadano. Fueron sus votos los que inclinaron la balanza por el NO y lo que los llevó al siguiente año a ganar las elecciones presidenciales. Es por eso que vale la pena detenerse unos párrafos en ella.

Partido Demócrata Cristiano: Más conocido como DC, o la niña bonita de nuestra política de los últimos 50 años. Hoy en día algo arrugada, excedida de peso y dudando si ingresar o no a pabellón para volver a recuperar su atractivo de antaño, es el partido cuyo corazón se encuentra más dividido dentro del gobierno.

La DC era la principal fuerza política dentro de la Concertación en los inicios del conglomerado político, era el partido que «roncaba» y poseía la fuerza y el apoyo para imponer sus puntos de vista. Era el contrapeso del socialismo menos renovado dentro de la Concertación, dándole la estabilidad necesaria a tan dispersa fauna política.

¡Cómo extrañarán esos años los hoy vilipendiados DC! Si bien fueron claros opositores al gobierno del «compañero» Allende, tras el 11 de septiembre de 1973, cuentan algunas personas, la desilusión de no haber recibido por parte de los militares inmediatamente el gobierno generó que estos «señores políticos» no dudaran en transformarse en férreos opositores al régimen. Primero fueron 13 y poco a poco todo el partido se volvió un notable opositor al régimen, a PINOCHET. A fines de los ochenta, el principal exponente DC era el señor Patricio Aylwin Azócar, vo-

cero de la coalición y quien se convertiría en nuestro presidente entre 1990 y 1994.

Crecí escuchando que los DC poseían una singular habilidad para navegar, dejándose llevar sutilmente según las oscilaciones políticas del tiempo. Pareciera ser que antaño este partido aglutinó a gran cantidad de jóvenes «idealistas». Hasta mi madre cayó cautivada –solo por un tiempo– por la magnífica combinación que su nombre transmite. ¿Quién no se considera un demócrata y quién no se considera cristiano? Aunque lamentablemente en nuestros días esto último pareciera ser una condición cada vez más menospreciada. Lo cierto era que la DC cautivó a una generación de jóvenes de los sesenta, lo que le permitió llegar al poder en 1966 con Eduardo Frei Montalva. Tras concluir su mandato, en las siguientes elecciones presidenciales del 70 el candidato DC Radomiro Tomic llegó en tercer lugar, detrás de Allende y de Alessandri. Fue el apoyo DC el que permitió a Allende asumir la Presidencia y fue la posterior oposición DC a su gobierno la que llamara a los militares a actuar. La influencia de la DC en el derrocamiento de Allende no es para nadie un secreto, ni siquiera para el singular «mago» venezolano Hugo Chávez, quien no ha dudado en declarar en varias ocasiones la tendencia «golpista de la DC». En Chile no pocos han sido quienes, con palabras más sutiles, han declarado el rol que jugó la DC en el «golpe militar». Ha sido la propia Isabel Allende, la hija, no la afamada sobrina escritora, quien ha dicho que la DC «*posibilitó el golpe*» y que en aquel entonces, más que adversarios políticos, los DC eran «*enemigos*».

Sin embargo, no recuerdo haber oído declaración alguna de personeros DC acerca de su verdadero rol en el fin de la Unidad Popular. Tal vez aquel silencio obedece a que sus anteriores «enemigos» hoy son sus socios políticos y, más aún, ya no son el eje principal de la coalición que les ha permitido permanecer en

el poder por más de 17 años, por lo que prefieren, presumo, vergonzosamente, silenciar su pasado «golpista».

Gracias a las herramientas tecnológicas disponibles hoy en día es posible, siempre y cuando le dediquemos tiempo a ello, poder acceder a relatos de nuestra historia que por lo general no han sido tan expuestos en nuestra principal fuente de información: la televisión. Tras algo de búsqueda en internet, encontré un memorable testimonio de quien debe ser considerado la principal figura DC, después de Frei Montalva, en la historia de aquel partido político. Las declaraciones de don Patricio Aylwin tras el 11 de septiembre de 1973 nos indican bastante acerca del pensamiento DC y del pronunciamiento militar. Gracias a que estas fueron hechas a un canal de televisión, lo que implicó su inmortalización y la supremacía de la imagen, es posible encontrarlas en el popular sitio *web* www.youtube.com. La versatilidad del sitio permite que todos podamos compartir algo que solo uno, o unos cuantos, podían ver: Don Patricio Aylwin alabando el «golpe» militar. Basta con teclear «Aylwin 1973» y la imagen en blanco y negro de un joven Aylwin nos deleita con una demostración de la naturaleza de la DC. Dejo al lector la molestia de acceder a la declaración completa, pero no por ello omitiré reproducir una significativa frase que comparto plenamente con el ex mandatario. Como bien dice Aylwin en dicha declaración, la UP buscaba un «*autogolpe*» a través de la violencia para hacerse del poder absoluto y por ello –y aquí cito textual– «*la acción de las Fuerzas Armadas simplemente se anticipó a ese riesgo para salvar al país de caer en una guerra civil o en una tiranía comunista*». ¡Bendito seas, *youtube*! A la fecha en que vi y escuché las declaraciones de Aylwin, el sitio *web* reportaba que más de 30.000 usuarios habían visto el video. Pocos creo yo, ya que dudo que el ex Presidente incluya esta frase en su próximo libro acerca de la relación de la DC con el gobierno de Allende.

Por mi parte, he contado con una versión algo menos difundida del ánimo DC para con el gobierno de la Unidad Popular. Si bien la vez que lo manifesté en público el aludido no dudó en desmentir las intenciones que presumí de sus actos, no negó el hecho en sí.

–Lucía, y tu papá ¿cuándo?, era la interrogante que el actual ministro del Interior, Belisario Velasco, le hacía de vez en cuando a mi madre durante los años de la UP. Ignoro la intencionalidad de su pregunta, ya que, según mi madre, Belisario jamás terminaba la frase de forma explícita. Tal vez solo buscaba obtener información al respecto, aprovechando la cierta amistad que en ese entonces tenía con la hija del general Pinochet. Pero para nadie es nuevo que los DC eran amplios partidarios del término del gobierno de Salvador Allende.

Fue esa misma DC, 17 años después, la que ayudó a la derrota del gobierno militar en el plebiscito y la misma que permitió la creación de la Concertación que llevara a la postre a los socialistas nuevamente al gobierno. La pregunta es: ¿será la misma DC la que permita la derrota y el fin de la Concertación? Por muy simple y carente de fundamento que parezca el análisis, la secuencia histórica así lo afirma, y muy claro lo tiene nuestra Presidenta Bachelet al declarar durante la junta nacional democratacristiana de 2007 que «*sin la DC, no hay Concertación*».

Efecto de una democracia demoscópica: ¿El estilo Bachelet?

Verónica Michelle Bachelet Jeria es el nombre de nuestra primera mujer Presidenta de Chile. De afable y cordial sonrisa, de la noche a la mañana su popularidad se encumbró por los cielos durante su desempeño como ministra de Defensa del gobierno de Lagos. Simpatía despertaba verla de botas y traje mimetizado subiendo o bajando de algunos de los tantos aparatos bélicos de nuestras Fuerzas Armadas. No dudaba en calzar bototos o ceñirse el característico traje mimetizado del Ejército con tal de ver en terreno la condición en que se encontraba la tropa. La primera mujer en toda Latinoamérica en ocupar un Ministerio de Defensa era un pergamino que le agradaba, era la número uno.



Presidenta Michelle Bachelet al asumir el mando de la Nación.

Sin lugar a dudas, la intención de Ricardo Lagos al nombrarla en aquel cargo no era proyectar una futura candidata presidencial; su mensaje implicaba la demostración de la subordinación de las Fuerzas Armadas hacia el poder político y la demostración a la ciudadanía de sus intenciones de integrar a la mujer a todo ámbito profesional, por muy marcial que este pudiese ser. Y la gente vio con agrado aquel gesto.

Simpatía despertaba ver cómo recios y corpulentos hombres de boinas negras, los mismos que hicieran tiritar a algunos políticos de la Concertación con sus ejercicios en los años noven-

ta, tensaban sus extremidades para rendirle honores a ella, quien, luego de haber marchado a pasos cortitos delante de ellos, y manteniendo toda compostura, nos deleitaba con un esbozo de su encantadora sonrisa. Lejano era el recuerdo de su paso por el Ministerio de Salud y la titánica tarea que en el año 2000 le encomendó Lagos: No más «colas» en los consultorios en tres meses. Para lamento de muchos, no logró el cometido y su primera experiencia en un cargo ministerial le había dejado un amargo sabor, más aún considerando que, como médico, la salud era su tema de mayor dominio. Su paso por el ministerio también es recordado por su aprobación a la venta de la polémica «píldora del día después». Fue ella quien esgrimió que la distribución de dicho fármaco permitiría tener un elemento anticonceptivo de emergencia. En aquellos días, también su ministerio fue puesto en el tapete luego de que funcionarios del Sesma (Servicio de Salud Metropolitano del Ambiente) encontraran la presencia de la bacteria *Escherichia coli* en un céntrico local de la cadena multinacional de comida rápida McDonald's. Según el diario *Las Últimas Noticias* del 5 de octubre de 2001, fue gracias a la influencia del reconocido asesor de La Moneda Eugenio Tironi –siendo McDonald's uno de sus clientes– que funcionarios del gobierno y del propio Ministerio de Salud, como el subsecretario Ernesto Behnke, salieron en defensa de la colosal multinacional. La foto del subsecretario Behnke engullendo un enorme y jugoso *Big Mac*, en el mismo local en donde se había encontrado la peligrosa bacteria, era un claro respaldo del Ministerio de Salud, y del primer gobierno socialista desde el de Salvador Allende, nada menos que a la principal multinacional símbolo del capitalismo norteamericano. Insisto, hoy en día pareciera que se invierte el orden de las cosas, nada es lo que era; y lo que es, parece ser otra cosa.

El mensaje del gobierno a la ciudadanía parecía ser fuerte y claro:

– ¡Coman chatarra tranquilos, chiquillos, que está bien buena!

Tal vez fue el magro desempeño de Michelle Bachelet en la cartera de Salud la que le hizo virar el rumbo e indagar en un ámbito totalmente distinto, la defensa continental, materia que profundizó realizando un curso en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE).

Con una política internacional estable, el ejercicio de un ministerio como el de Defensa es una tarea sin mayores sobresaltos, ya que los militares suelen no protestar ni poseen la capacidad de ir a paro como los funcionarios de la salud, así como tampoco pueden manifestar opinión alguna acerca de la conducción política o emitir juicios respecto de hechos históricos, ni siquiera en situaciones donde los sentimientos prevalecen. Basta con preguntarle a los expulsados capitán Augusto Pinochet Molina o general Ricardo Hargreaves. No deben más que acatar órdenes, las Fuerzas Armadas son consideradas como no deliberantes y cuando intervinieron, como lo hicieron en 1973, lo hicieron por fuerza mayor, ya que, como dijo en ese entonces el ex Presidente Aylwin, solo se anticiparon para salvar a la nación de la tiranía comunista. Sin embargo, eso ya es pasado y dudo que en un futuro –espero lejano–, si las condiciones del país llegasen a estar como el caótico escenario de 1973, las FF. AA. se animen a reaccionar, ya que bastará que impongan orden, reconstruyan el país y restablezcan la democracia para que la mayoría de los políticos se encarguen de perseguirlos por medio de una manipulable justicia y luego secarlos en la cárcel sin importar ley alguna que vele por sus derechos. Y, para colmo, serán estos políticos los que nominen a quienes produjeron la crisis, y avalaron la violencia como medio legítimo para llegar al poder, al mando nada menos que del instituto a cargo de velar por los derechos humanos. Lo ante-

rior no es ficción, pues fue el presidente del PPD, Sergio Bitar, quien propuso a la Presidenta dar la presidencia del Instituto de Derechos Humanos nada menos que al Partido Comunista, cuya ideología carga con 96 millones de muertes en todo el mundo.[6] Me pregunto, entonces: ¿dónde quedaron los derechos humanos de esos millones de personas? Y si era necesario teñir de colores políticos aquel organismo, ¿no sería un gesto menos violento nominar al Partido Demócrata Cristiano a cargo, ya que dice seguir los valores cristianos?

De esta, forma, los únicos cargos de relevancia política que Michelle Bachelet ejerció durante su vida antes de ser Presidenta fueron los mencionados ministerios, ambos cuya nominación es de exclusiva responsabilidad del Presidente de la República. Lo cierto es que antes de que asumiera el mando de la nación, la única aventura electoral que Michelle Bachelet había enfrentado se produjo en el año 1996, cuando se presentó como candidata a alcaldesa por la comuna de Las Condes. Solo obtuvo un poco más del 2% de los votos. Con seguridad su primera y única derrota electoral no le quitaba el sueño, en esos años podía considerarse como uno de esos políticos o dirigentes que van a «la pelea» electoral o «al relleno», sin esperanza alguna de ganar la elección asignada pero con la ilusión de verse premiado o beneficiado en el futuro con algún puesto en el gobierno. Esa costumbre fue poco a poco arraigándose como un sistema de recompensa a los «subcampeones» en la Concertación y queda claramente demostrado en el libro *El Desalojo*.[7]

Sin embargo, para Bachelet no fue del todo así, ya que solo un año después, en 1997, viajó a especializar sus conocimientos realizando un curso en el Colegio Interamericano de Defensa,

---

6 *El libro negro del comunismo.*

7 Véase *El Desalojo*, Andrés Allamand, p. 150 a p. 155, Aguilar, 2007.

ubicado en la ciudad de Washington DC. Esto, gracias nada menos que a una beca Presidente de la República. Aquellas mismas que quedaran en el tapete público luego de una columna publicada por el analista Patricio Navia el 25 de febrero de 2007, titulada: «La gran familia concertacionista».[8] Fueron frases como: «*Después de casi dos décadas en el poder, muchos en la Concertación inevitablemente han caído en la práctica de administrar el aparato del Estado como patrimonio familiar. (...) hijos, padres, hermanos y primos de líderes oficialistas están sobrerrepresentados. Los apellidos se repiten con preocupante y cuestionable frecuencia también en las becas Presidente de la República y en muchos contratos de asignación discrecional para estudios en el extranjero. La familia concertacionista parece creer que el Estado son ellos*». Fue en aquella misma columna donde el analista cuestionaba, con hechos reales, los verdaderos méritos en el cargo que ostenta nada menos que el hijo mayor de la Presidenta.

Fue en este esquema, planteado por Patricio Navia, que Bachelet obtuvo su beca Presidente de la República. Cabe sí destacar que en la página oficial del gobierno en donde se detalla la carrera de nuestra Presidenta, se menciona la asignación de dicha beca producto de la obtención del primer lugar en el curso que realizó en la ANEPE. La beca le permitió viajar a los Estados Unidos y continuar indagando en el área de la defensa.

Presumo que debió concluir con éxito su beca, a diferencia de otros personeros de gobierno que obtuvieron el anhelado beneficio y optaron por no terminar sus estudios. Este es el caso del ministro secretario general de Gobierno, Ricardo Lagos Weber, quien a raíz de la polémica surgida por la asignación discrecional de las becas, defendió el merecimiento de ella gracias a su notable rendimiento académico, cuestión que no pongo en duda, pero

---

[8] Fuente: diario *La Tercera*, 25 de febrero de 2007.

omitió decir que finalmente decidió dejar sus estudios a medio camino para optar por un empleo remunerado.[9] Lástima me dan quienes no obtuvieron dicha beca y que de haberla logrado sí hubiesen deseado concluir sus estudios para no derrochar recursos de todos los chilenos. Tal vez, como dice Navia, no formaban parte de la familia concertacionista y, por ende, no merecían recompensas de ningún tipo.

Es por lo anterior que si bien el sector oriente de nuestra capital suele ser considerado como un sector con «cupos de relleno» para los candidatos de la Concertación que se presentan a una elección por alguno de sus distritos, el costo de ir a «la pelea» sin lugar a dudas se recompensa en el futuro.

Un caso que me llamó la atención fue el del democratacristiano Clemente Pérez. En diciembre de 2005 Pérez fue el candidato a diputado de la DC por el distrito 23, conformado por las comunas de Las Condes, Vitacura y Lo Barnechea. Tras su derrota, fue nombrado por el gobierno de Bachelet como director de la empresa Metro, para luego asumir su presidencia tras la renuncia de Blas Tomic al no compartir que dicha empresa del Estado se convirtiera en financista del fracasado Transantiago. Igual suerte no tuvo la ex directora del cuestionado Chiledeportes, Catalina Depassier, quien tras perder como candidata a alcaldesa por la comuna de Vitacura el año 2004, fuera nombrada en dicha institución de gobierno con las consecuencias públicamente conocidas.

Volviendo con la Presidenta Michelle Bachelet, al igual que lo que debió enfrentar Clemente Pérez, las posibilidades de ganar en la comuna de Las Condes en su primera y única incur-

---

[9] Fuente: diario *El Mercurio*, 10 de mayo de 2007. Cartas al Director. Firmada por el diputado Nicolás Monckeberg.

sión electoral eran bajas, ya que debió competir nada más ni nada menos que en contra de Joaquín Lavín, quien resultara electo alcalde con más del 77% de los votos. Las elecciones populares parecían no ser su fuerte o tal vez le faltaba que los medios expusieran más su encanto y «simpatía».

Su escasa experiencia en cargos públicos de relevancia, y nula en los de elección popular, generó especulaciones acerca de su pensamiento político durante su candidatura presidencial, incluso le han colgado una presunta participación en el grupo terrorista ligado al Partido Comunista, el FPMR. Me es difícil creer en ello, o tal vez quisiera no creerlo, sobre todo cuando uno estuvo a milímetros, literalmente, de ser acribillado por miembros de esa organización. El rumor de su filiación con el Frente se basaba en la relación sentimental que tuvo durante los años ochenta con Alex Vojkovic, vocero del FPMR y cuyo alias dentro de la organización terrorista era «Jorge Salas».[10] Fue él quien entre 1983 y 1987 informó a la prensa de los pormenores de la internación de armas por Carrizal Bajo y del atentado en el Cajón del Maipo en contra de Pinochet en 1986, del que milagrosamente sobrevivimos. La relación sentimental de Bachelet con el frentista ha sido reconocida públicamente por ella. Sus lazos con el FPMR también se sustentan en la conferencia de prensa que diera un grupo de ex miembros de la organización terrorista, quienes declaraban que ella había sido una «activa militante», por lo que debería manifestarse orgullosa de ello y no renegar de su pasado. Según la información, su presunta colaboración con el grupo terrorista se había limitado a prestar servicios médicos a terroristas heridos. Insisto que me cuesta creer en ello, me es difícil pensar que hoy la Presidencia de Chile es dirigida por alguien que comulgaba con la brutal violencia con tal de obtener sus fines, violencia que incluía

[10] «La historia del ex frentista que fue pareja de Bachelet», diario *La Tercera*, 10 de julio de 2005.

asesinar a un niño de 10 años si era necesario o, como dijera no hace mucho unos de los organizadores del atentado, la muerte del nieto de 10 años de Pinochet hubiese sido solo un costo colateral. Tal vez el destino me dé la oportunidad de preguntarle directamente a nuestra Presidenta si ella también así pensaba.

De esta forma, durante la campaña presidencial a Bachelet se le asoció con la izquierda dura de la Concertación. Sus años en la Alemania comunista, su participación en el Partido Socialista y su cercanía con figuras como Camilo Escalona eran fundamentos suficientes como para pensar en ello. La incertidumbre acerca de su ideología también era percibida por el propio Escalona, quien no dudó en mantener un bajo perfil durante la campaña presidencial, realizando escuetas y muy ponderadas entrevistas, con tal de no alimentar miedos en los sectores más conservadores de la DC. El objetivo parecía ser que Bachelet llegara primero al gobierno y luego los socialistas podrían actuar. Algo de ello se vislumbra en una declaración del socialista Carlos Ominami después de que Bachelet ganara la segunda vuelta: «*Lagos va a cerrar el ciclo de la transición, un período en que se construyó lo que se podía construir y no lo que queríamos construir. Ahora tenemos más libertad para hacer el Chile que queremos*».

Sin embargo, había algo en Bachelet que no encajaba en el estereotipo del clásico político de izquierda. Michelle es simpática, espontánea, sincera, cordial y cercana. Su léxico no es pomposo ni decorativo, carece de una tediosa y monótona oratoria, más bien su modo de hablar es coloquial y común. Por lo general como candidata, no así como Presidenta, no hizo uso de añejas consignas socialistas acerca del imperialismo norteamericano, la explotación obrera, el abuso empresarial y las eternas odiosidades de clases. Incluso, de escapársele un improperio no hubiese gene-

rado mayor sorpresa para la audiencia sino más bien hubiese sido considerado como algo tolerable y «simpático».

Es buenamoza, más aún cuando logra controlar esa leve tendencia a la glotonería, cuestión que le ha merecido el desafortunado apodo de «Gordi» entre sus amistades cercanas. Su apodo lo divulgó nada menos que el ex ministro Nicolás Eyzaguirre en una entrevista por televisión, cuando Bachelet aún era candidata. Malestar debió producir en muchos la falta de respeto hacia quien postulaba nada menos que a ejercer el mando de la nación. El propio infidente debió dar explicaciones por su violación de confianza. Su gesto en realidad erosionaba la escasa autoridad que la candidata transmitía, pero no pasó de ser percibida como otra cosa «simpática» en torno a Bachelet.

Nadie puede dudar de que la candidata Bachelet transmitía, y con seguridad lo tiene, un liviano y buen sentido del humor, ya que no es grave ni extremadamente seria. Es capaz de romper rígidos protocolos con infantiles equivocaciones y salir «simpáticamente» del paso. Tal vez aquello fue lo que más llamó la atención durante su gestión en el Ministerio de Defensa; entre la jerarquización y los innumerables códigos, reglamentos y costumbres militares, Bachelet de un plumazo borraba el rigor castrense poco comprendido por el mundo civil.

Pero son estas mismas cualidades las que le juegan en contra a la hora hablar en serio, a la hora de no ser «simpática». Su «simpatía» la hace ser percibida como una persona carente de una condición primaria a la hora de gobernar y de imponer orden; esto es, el liderazgo y la autoridad. Tal vez ha sido justamente por esto último que tras los primeros meses de gobierno decidió adoptar una de las tantas costumbres de su antecesor a la hora de referirse a su gestión, esa costumbre de hablar de ellos

mismos en tercera persona, utilizando la frase que ya podemos considerar como un cliché:

– «*Este(a) Presidente(a)* ... ».

Fueron las encuestas las que posicionaron a Bachelet como candidata presidencial, sondeos de opinión que la hacían superar a cualquier contrincante, incluso a otra mujer, y de su misma coalición: Soledad Alvear. ¿Qué diferencias reales generaba la distancia entre las preferencias de una candidata y la otra? Con seguridad el asunto género queda de lado, por lo que la diferencia en las preferencias radicaba en otras cosas.

La demoscopía es el estudio de las opiniones, aficiones y comportamiento humanos mediante sondeos de opinión. El origen de la palabra es griego, *demos* de pueblo y *skopeín* de espiar. Es decir, espiar al pueblo en su comportamiento y preferencias. Este espionaje, por ejemplo, permitió saber que Michelle Bachelet era más preferida que Soledad Alvear, Joaquín Lavín o Sebastián Piñera, y el espionaje fue efectivo, ya que la elección presidencial así lo demostró.

¿Cuáles fueron los factores diferenciadores reflejados en las encuestas? Sin lugar a dudas puedo asegurar que la «simpatía» de Michelle Bachelet fue un factor diferenciador notable, el cual le permitió obtener ventaja sobre sus contendores. Sin embargo, no es la «simpatía» el atributo que asegura la realización de una buena gestión de gobierno y menos el manejo y la experiencia política que el cargo requiere. Pero los sondeos indicaban que era Michelle Bachelet la preferida, por lo que la Concertación no dudó en llevarla como candidata, sin importar en qué se sustentaba dicha preferencia.

– ¡Así es la democracia!, dirán muchos.

Fue en 1994 cuando el francés Alain Minc anuncia en su libro *La borrachera democrática*[11] cómo el nuevo poder de la opinión pública y la decadencia del sistema representativo y de los actores sociales tradicionales traería como consecuencia la aparición de «*un sistema que parece tan perverso como inevitable: la democracia demoscópica*».

Fue nuestra pujante «*democracia demoscópica*» la que finalmente ungió a Michelle Bachelet con la Presidencia de la República. Es el primer gobierno de la Concertación cuya candidatura y elección presidencial nace única y exclusivamente a partir de los sondeos de opinión, de las encuestas. Como mencioné, estas fueron las que determinaron que Bachelet se impusiera por sobre Soledad Alvear en una eventual primaria y por sobre Lavín o Piñera en el balotaje. El ejercicio aparenta ser simple, hoy en día un proceso electoral pareciera ser definido por nuestra clase política lisa y llanamente como una más de las tantas encuestas a las que nos vemos sometidos, con la salvedad, eso sí, de que esta no posee margen de error. Dada esta definición, si el objetivo de un partido político es simplemente obtener la Presidencia de la República sin importar si el candidato tiene o no las cualidades o atributos para el cargo, las encuestas son la más eficaz herramienta con la que se puede contar. El objetivo de los políticos hoy en día pareciera ser únicamente la obtención del poder; luego, tras obtenerlo, verán cómo se las arreglan para ejercerlo y, más importante aún, mantenerlo.

---

[11] Título original en francés: Alain Minc; *L'ivresse démocratique*. Gallimard, 1994. Título en español: *La Borrachera Democrática. Nuevo poder de la opinión pública*. Editorial Temas de Hoy. Madrid, España.

Las encuestas se han transformado en el eje principal de la política chilena de nuestros tiempos y ya no solo determinan quién será el Presidente de la República sino también la conducción del propio gobierno. En una sociedad «teleplasmada» por la supremacía de la imagen por sobre la razón en el proceso de formación de opinión, se ha instalado, como dice Minc, «un nuevo sistema que se parece a una monarquía moderada por los sondeos. Por doquier se enfrentan cara a cara la figura del jefe político y la opinión pública encarnada en los sondeos. (...) Los sondeos rebajan el costo de la representación política: exigen menos sacrificios que la vieja militancia; ocupan menos tiempo que las manifestaciones; suponen menos renuncias personales que la participación en la vida pública y se corresponden admirablemente con los criterios de una sociedad hedonista e individualista».

Los chilenos en su tinto, tituló Hemógenes Pérez de Arce su sarcástica obra acerca de cómo somos los chilenos. Es ese mismo vino tinto, de la viña santa democracia, el que pareciera nos condujo a nuestra «borrachera democrática» anunciada por Minc. Mareados y algo turbados, creemos ser nosotros, los ciudadanos, los más capacitados para comandar el país, más aún cuando nuestra clase política pareciera haber bebido profusamente de aquel mismo vino. Tal y como esos tercos ebrios que insisten en ser ellos quienes manejen el automóvil, siendo muy difícil o imposible persuadirlos de lo contrario, la ciudadanía desea ser ella directamente la que conduzca y dirija el país. Fue este sentimiento el que percibió hábilmente la Concertación al levantar un pomposo discurso adornado con el famoso concepto de «gobierno ciudadano». Aún no he podido escuchar una definición acerca de qué es el gobierno ciudadano. ¿No será el gobierno de las encuestas?

La democracia representativa no excluye la participación, pero sí la subordina. Como dice el politólogo Giovanni Sartori, *«la participación no debe entenderse como la sustitución de las tareas demandadas a la representación»*. Menos cuando por medio de las encuestas «la emoción colectiva se expresa de una forma bruta, sin el menor filtro; en la dinámica de la sociedad civil, el debate colectivo se pone en marcha siguiendo senderos muy complejos. De ahí la siguiente paradoja: el culto de los sondeos no refleja, a pesar del aparato estadístico que lo acompaña, la creciente sofisticación de la sociedad. Al contrario, ratifica su regresión hacia un funcionamiento más primario».[12]

En Chile, hoy en día todo pareciera girar en torno a las encuestas: «Los sondeos se han vuelto penetrantes y muchos gobiernos son monitoreados y dirigidos por ellos –dice Sartori– y se supone que los sondeos revelan la voz del pueblo, pero esta (la opinión pública) se está erosionando en su autenticidad y en su poder. En realidad, hay muy poca opinión hecha por el público».[13]

«La democracia de los sondeos es, por así decirlo, un eco, un reflejo de los medios mismos. En las encuestas la gente dice lo que los medios quieren que conteste. Es una democracia falsa, espuria y por lo tanto los gobiernos dirigidos por sondeos resultan una forma peligrosamente irresponsable de gobernar (...) los sondeos ni siquiera son el equivalente funcional de la opinión pública; no revelan la voz del pueblo: revelan la voz de los medios en el pueblo».[14]

---

[12] Alain Minc, *La Borrachera Democrática. Nuevo poder de la opinión pública*, p. 25.
[13] Giovanni Sartori, *Videopolítica. Medios, información y democracia de sondeos*, p. 54.
[14] Ídem, p. 55.

Muchas veces las personas encuestadas ignoran la pregunta y por vergüenza se aventuran a responder cualquier estupidez. De vez en cuando vemos cómo algunos programas de televisión festinan con la ignorancia de las personas realizando encuestas en la calle acerca de palabras poco cotidianas. No son pocas las personas que en vez admitir su total desconocimiento prefieren contestar algo, lo que sea, aunque su respuesta bordee la imbecilidad pura. No fueron pocos los que vi en una oportunidad contestar las más diversas definiciones sexuales al ser consultados por el significado de la palabra «recular».

No es la opinión pública lo que nos lleva a una «borrachera democrática», sino que es justamente por medio de ella que se establece «el fundamento sustantivo y operativo» de una democracia, siendo lo relevante y crítico el modo en cómo se forma dicha opinión pública y las herramientas usadas para interpretar la misma.

Las consecuencias de esta borrachera democrática de Minc son «el fracaso de los políticos para responder a las interrogantes de la sociedad, obligando a esta a resolver sus debates por sí misma; las instituciones "funcionan", pero relegadas a oficializar las conclusiones impuestas por un grupo a través de los sondeos y los medios; se imposibilita la construcción del interés general y se sustituye la política por una acción política condicionada, que los políticos legitiman cuando gobiernan sometiéndose a sus designios». En ello encuentro explicación a cómo hoy en día aparecen izquierdistas transformados en vehementes halagadores de la economía de mercado y derechistas convertidos en férreos defensores del papel del Estado.

De esta forma, afirma Minc, el Estado, sometido a la manipulación mediática de los sondeos o encuestas, los «estados de

ánimo sociales», pierde cada vez más su principio fundante -el poder- y se vuelve rehén de unas supuestas fuerzas sociales amorfas y cambiantes. La verticalidad del poder se disipa, se diluye, para dar paso a una horizontalidad de grupos sociales que empujan, fuerzan, presionan, limitan y coartan a la autoridad. Tal vez por ello es que hoy vemos la proliferación horizontal de todo tipo de grupos que abrazan los más diversos fines, muchos de ellos con grandes pinceladas de la antigua retórica de lucha de clases de los 60, hoy «recargada» de un «neotrotskismo», anarquismo, y una antiglobalización que utiliza las mismas herramientas de esta para diseminar sus ideas y postulados en el proceso de captación de adherentes.

Hoy, cualquier grupo que se sienta con derecho a imponer su verdad sabe que utilizando la violencia, el amedrentamiento, la imagen que la televisión regala y apoyándose en políticos ávidos de votos, podrá salirse con la suya, sin importar si sus demandas son justas o no. Desde los famosos «pingüinos», pasando por los deudores habitacionales, hasta la malhumorada mujer disconforme con su quejumbroso y anciano vecino que ignora su rancia coquetería.

Así, podemos concluir que nuestra democracia demoscópica nos llevó a un nuevo estilo en política, el estilo Bachelet. Esta nueva forma de hacer política era vislumbrada por la ciudadanía como una renovación en la actividad política, la participación ciudadana ya no representada por los políticos tradicionales sino en la imagen de una persona que pudiese reflejar la cotidianidad que cada uno de los ciudadanos vive. Esto crea la percepción de cercanía, proximidad e incluso algo más engañoso aún, de comprensión. Comprensión de los problemas de la gente, esa misma comprensión que Lavín logró distinguir pero no por ello estable-

cer una total percepción de cercanía en el electorado o, mejor dicho, los encuestados.

La elección de Bachelet como Presidenta generó expectativas jamás antes vistas, las cuales eran, por decir lo menos, desproporcionadas. Todos quienes votaron por ella vislumbraron que con el hecho de haber elegido no solo a la primera mujer Presidenta, sino al primer Presidente electo exclusivamente gracias a las encuestas, a los sondeos, el resultado sería mejor que cualquier intervención o decisión con participación de los partidos políticos. Por mi parte, jamás creí en ello.

Los partidos políticos habían funcionado como filtros en anteriores procesos de elección de Presidentes, pero con Bachelet incluso eran dejados de lado en su propio discurso, relegados a un rol secundario. La elección de Bachelet implicaba la voluntad directa de la ciudadanía y, como tal, todos esperaban que su decisión no solo fuese la correcta, sino que cambiara significativamente la vida del país. La lógica inconsciente colectiva obedecía a una especie de «*esta vez todo debe resultar mejor gracias a que nosotros los ciudadanos, y no los políticos, fuimos quienes decidimos por nuestra propia cuenta*». Esta idea, pienso, es lo que se percibió detrás del llamado «gobierno ciudadano». Esta lógica se vio acrecentada aún más en las mujeres, quienes no solo veían que por primera vez su decisión «ciudadana» resultaba electa sino que, también por primera vez, podrían ver demostrada su igualdad y, para otras tantas, su superioridad de capacidades frente a los hombres, en un país que aún es machista en muchos aspectos.

El problema es que este nuevo estilo generado por la democracia de los sondeos nos conduce a que los atributos reales y las capacidades necesarias para ejercer un cargo de tal importancia como la Presidencia de la República quedan relegados a un

segundo plano, marginados y considerados características secundarias a la hora de elevar una candidatura ganadora. La imagen que el candidato transmita a la audiencia, al electorado, a los encuestados, se impone por sobre sus atributos y capacidades para ejercer correctamente el cargo al que postula. La racionalidad, escasa ya cuando los partidos ejercían de filtros políticos, da paso a la total emotividad, al deseo oculto de las personas, una especie de «Eros» descrito por Giordano Bruno en donde el candidato pasa de ser el filósofo/político a asumir un rol de artista/mago.

El filtro que generaban los partidos políticos a la hora de establecer las personas de mayores y mejores competencias ha quedado subordinado a lo que determina la encuesta de turno, ya que, como dije, el objetivo no es proponer un buen gobierno, sino más bien solo llegar o mantenerse en el gobierno. Así ha sido el caso de la Concertación, que hoy en día solo se encuentra abocada a mantenerse en el poder a como dé lugar, a pesar de estar desmoronándose a pedazos, y no dudará en hacer todo lo que esté a su alcance con tal de no ser «desalojada». La suerte la ha proveído de una «billetera» llena de dinero que no vacilará en utilizar con la esperanza de comprar unos años más de gobierno. ¿A qué costo? Aquello es difícil de predecir.

Sin querer desmerecer las condiciones de nuestra actual Presidenta, es un hecho que para las elecciones presidenciales de 2005 la Concertación contaba con personas de mayor experiencia política, vasta carrera pública, excelentes condiciones de liderazgo, grandes aptitudes de gestión, buenas habilidades políticas y mejores dotes de dirección y autoridad que Michelle Bachelet. Sin embargo, no era extraño escuchar, incluso antes de las jamás realizadas primarias de la Concertación, que la mejor candidata era Michelle Bachelet. ¿Qué atributo de excelencia poseía? Como mencioné con anterioridad, la respuesta a ello es: exclusivamente

su lugar en las encuestas. Su posicionamiento en los sondeos era de tal magnitud, que su única contendora dentro de la Concertación optó por no verse eventualmente arrollada en una primaria.

Es un hecho que, al momento de asumir la Presidencia de la República, Michelle Bachelet no contaba con una gran experiencia política ni había participado hasta ese entonces en algún proceso de toma de decisiones de extrema relevancia pública. Sus mayores capacidades estaban dadas por sus ganas y por la confianza que el respaldo ciudadano le daba, es decir, las encuestas. Pero estas, frágiles y volátiles por naturaleza, pueden variar en solo días, más aún si los resultados esperados no superan las desproporcionadas expectativas de los encuestados, quienes siguen viendo en ella aquello que siempre vieron: solo «simpatía».

La «simpatía» y el reflejo de la imagen de Bachelet en la ciudadanía creó una especie de efecto cercanía o espejo en la audiencia, el cual generaba que su falta de manejo en algunos temas, como los económicos, fueran percibidos solo como hechos anecdóticos que terminaban por demostrar la «espontaneidad» de la candidata más que sus debilidades intelectuales. La mayoría de los ciudadanos no manejan los complejos temas económicos, por lo que el efecto espejo en la mayoría encuestada hizo pasar por alto estos «pequeños» detalles acerca del dominio y la capacidad de Bachelet en algunos temas.

- *Si yo no «cacho» de eso, ¿por qué exigirle a ella que «cache»?*, era la lectura popular.

Uno de los momentos en donde la entonces candidata Bachelet se vio algo confusa en sus conocimientos acerca de la economía, lo protagonizó en una entrevista en *Radio Concierto*. Al ser preguntada acerca del tipo de cambio, ella, confundida por cierto,

manifestó que este lo continuaría regulando el Banco Central, cuestión que sorprendió al propio periodista que la entrevistaba.

Para no hacer interpretaciones antojadizas, transcribo textualmente el diálogo:

- **Periodista:** *Por último, si nos está escuchando algún exportador, no nos perdonaría que no le preguntáramos a la potencial próxima Presidenta de la República en marzo (2006), ¿cómo calificaría usted el estado de situación que está viviendo el tipo de cambio actualmente en Chile?*
- **Bachelet**: *¿Qué vive qué?, perdón*
- **Periodista**: *El tipo de cambio.*
- **Bachelet**: *No se escucha, perdón.*
- **Periodista**: *El tipo de cambio, Michelle.*
- **Bachelet**: *¡Ah!, ¡el tipo de cambio!*
- **Periodista**: *Sí.*
- **Bachelet**: *Bueno, yo creo que aquí hay distintas opiniones de los economistas, usted lo sabe muy bien, pero una de las cosas buenas de nuestro país es que tenemos Banco Central autónomo, que tiene bajo su responsabilidad, y en su historia, no es verdad, que analizan estas situaciones y definen el tipo de cambio, toman las decisiones pertinentes,¿no?, de hecho... para que la economía funcione adecuadamente. La verdad es que yo en eso, independiente de cuál pueda ser mi opinión personal...*
- **Periodista**: *¿Y cuál es esa?*
- **Bachelet**: *No, pero le voy a decir cuál es mi opinión personal... y que yo entiendo cuáles son los problemas del tipo de cambio y cómo pueden afectar, sobre todo a algunos sectores de la economía. Creo que es indispensable asegurar y garantizar la autonomía del Banco Central para definir todos aquellos elementos que define: tasas de interés, tasas cambiarias, etc., y tipo de cambio, etc., porque creo que de otra manera...*

- ***Periodista:*** *El tipo de cambio lo define el mercado, hay libertad, no lo define el Banco Central, Michelle...*
- ***Bachelet:*** *No, pero también define, pues, oiga...*
- ***Periodista:*** *Lo define a través de intervenciones eventuales.*
- ***Bachelet:*** *Por supuesto, por supuesto.*
- ***Periodista:*** *¿Y usted es partidaria de intervenir hoy como está el tipo de cambio?*
- ***Bachelet:*** *No, yo soy partidaria de continuar haciendo lo que hemos estado haciendo este tiempo.*[15]

¿Espontaneidad? Sin lugar a dudas. ¿Manejo del tema en cuestión? No lo creo. Lo cierto era que quien quisiera recalcar durante la campaña presidencial la falta de experiencia, por decirlo de algún modo, de Michelle Bachelet para ejercer el mando de la nación, se encontraba con el rechazo inmediato de sus partidarios, quienes no dudaban en anteponer el factor género para echar por tierra cualquier crítica.

Es por esto mismo que el estilo Bachelet también incluyó el concepto de paridad en el nombramiento de los puestos de gobierno. Pero, me pregunto, ¿qué propósito tiene equiparar la cantidad de hombres y de mujeres en el gobierno? El gabinete no es una fiesta o reunión donde cada cual deba tener su pareja. Por ello, no veo otra intencionalidad que la mediática, pero no real, demostración de igualdad entre los géneros por parte del gobierno. Sin embargo, ¿son los puestos de gobierno los instrumentos adecuados para realizar una demostración de igualdad de género? ¿No deben acaso las personas más idóneas, más capaces y más preparadas ser nombradas en tan importantes puestos, sin importar si hay más hombres o mujeres en ellos? Lo cierto fue que la mediática política -porque no fue más que eso- debió ser desechada después de un año de gobierno, dados los malos re-

[15] Fuente: http://www.emol.com/noticias/nacional/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=206776

sultados de su gabinete. Fueron los sondeos los que arrojaban que la opinión pública apoyaba una mayor integración de la mujer en el mercado laboral como igualdad de oportunidades. Sin embargo, pregonar la paridad en un gabinete no es más que algo bonito en el discurso, atractivo para la audiencia y los encuestados, pero un fracaso en sus resultados. Sin lugar a dudas, los sondeos y las encuestas demostraban que la ciudadanía apoyaba la paridad del estilo Bachelet, pero no por ello se transforma en una decisión acertada.

El estilo Bachelet también ha afectado nuestra política internacional. Cómo no iba a hacerlo, si esta es de exclusiva responsabilidad de nuestro Presidente de la República. Uno de los más serios aprietos por los que ha pasado la actual administración de Bachelet, en el ámbito de las relaciones internacionales, fue el autoinferido conflicto generado a raíz del voto de nuestro país en el Consejo de Seguridad de la ONU, en donde la voluntad de Michelle Bachelet, la persona, se vio en serios conflictos con Michelle Bachelet, la Presidenta.

Creo que el más certero testimonio que refleja la relación entre nuestra Presidenta, o tal vez la persona Bachelet, y el Presidente venezolano Hugo Chávez es un comercial realizado hace un tiempo por *Radio Cooperativa*. A pesar de haber cesado su transmisión, la cual no duró mucho tiempo, gracias nuevamente a *YouTube*, todos podemos verlo.

Con la canción *Para decir adiós*, de José Feliciano, de fondo, las imágenes van una a una rotando lentamente por los distintos momentos que ambos mandatarios han compartido: sus abrazos, sonrisas y saludos se contraponían a la inminente abstención de Chile y, por ende, el voto no favorable a Venezuela para que integrara el Consejo de Seguridad de la ONU.

La relación mediática de Bachelet con Chávez comenzó a partir del especial afecto y cordialidad que el Presidente venezolano mostró para con nuestra Presidenta durante las reuniones de Presidentes iberoamericanos. Al ser preguntada por la prensa por los cariñosos y bien manoseados abrazos que el Presidente venezolano Hugo Chávez le propinó durante la cumbre de Córdoba de julio de 2006, y que repitiera en Viena, Bachelet se limitó a decir:

– «*Para qué vamos a hablar de una cosa tan anecdótica*».

Enseguida se voltea lentamente, como dando por terminada la ronda de preguntas, dada la frivolidad que comenzaban a tomar. Hasta allí todo bien. Sin embargo, no contenta con su escueta pero correcta respuesta, algo, algún impulso, pálpito o tal vez «instinto», la hizo voltear nuevamente hacia los periodistas para agregar, esta vez con una voz más natural, más al estilo Bachelet, con aquella pizca de empatía ciudadana que tanto beneficio le da en nuestras encuestas, para decir, con una pícara sonrisa nerviosa:

– «*Es muy cariñoso el Presidente Chávez*».

Sus palabras no dejaron de sorprender, pero más aún lo fue su derroche de feminidad ante el «pintoso» venezolano, cuya labia nada tiene que envidiar a aquellos engominados galanes, algo menos morenos, de las exitosas telenovelas de su país. De esas que con seguridad nuestra Presidenta vio en más de una ocasión.

– «*¡Es alto! Además, ¡es grande!*».

Las características físicas del Presidente venezolano nada tenían que ver con el motivo que originaron sus abrazos, tal vez sí con la buena recepción que estos tuvieron en nuestra Presidenta. Sin lugar a dudas, Chávez despertaba, por decir lo menos, cierta simpatía en Michelle Bachelet. No fueron pocos los que, con intenciones que no voy a juzgar, visualizaron una relación de afecto, incluso romance, que nos permitiera formar parte de la revolución bolivariana chavista que finalmente lograra que llenáramos los estanques de nuestros norteamericanos y europeos automóviles por la sola suma de 500 pesos. Aquel beneficio sería una ínfima parte de los favores hacia el pueblo chileno, ya que en Venezuela el litro del preciado líquido solo cuesta 17 de esas monedas plateadas que poco pesan y que solemos recibir de vez en cuando con nuestro vuelto. El litro de gasolina en Caracas vale míseros 17 pesos chilenos.

El estado civil de nuestra Presidenta no es ningún secreto. Cómo no recordar aquella anécdota cuando en plena ceremonia de investidura como Presidenta de nuestro país, un acalorado sujeto desde las tribunas le gritó en medio de un breve silencio: «*te amamos, Michelle*». Ella, algo sonrojada, pero no por ello sin su buen humor, y con su aún regocijante sonrisa, le dijo al Presidente del Senado, Eduardo Frei, sin percatarse de que los micrófonos captarían su voz:

– «*Le voy a tener que pedir el teléfono*».

Son, estos, ejemplos de naturalidad, espontaneidad, sencillez y, por sobre todo, «simpatía», de ello no cabe duda. Su desplante es cautivador y lleno de todo aquello a lo que no estábamos acostumbrados en política. No esconde su personalidad ni levanta caretas para disimular su naturaleza. Tal y como le escuché decir al presidente de Renovación Nacional, Carlos Larraín:

«Michelle Bachelet me cae bien, es simpática, pero no por eso iba a votar por ella». A diferencia de él, la mayoría sí lo hizo. ¿Cuántos estarán arrepentidos de aquello? Las nuevas encuestas lo dirán.

No era extraño que una vez que el gobierno llevara unos cuantos meses en su ejercicio la decepción se hiciera presente. Aun cuando hubiese realizado una buena gestión, cuestión que no ocurrió, las desproporcionadas expectativas ciudadanas jamás hubiesen podido ser cumplidas por los resultados obtenidos. Por ello, las críticas comienzan a surgir desde todos los sectores, desde los opositores hasta de quienes en teoría debieran apoyar a como diera lugar al gobierno. Así nacen los denominados «díscolos», quienes ante la desilusión generalizada pretenden no verse afectados en sus intereses políticos particulares. No cabe duda de que esta situación también afecta personalmente a la propia Presidenta, quien ha visto cómo todo ese cariño, ese apoyo de la gente a su gestión, ha caído dramáticamente en tan solo menos de un año. Impotencia debe sentir al tener todas las intenciones de hacer bien las cosas pero que, sin embargo, no resultan bien. Impotencia debió haber sentido al no haber obedecido a su «instinto» femenino para posponer el Transantiago y sí haberle hecho caso a su análisis racional, influido, según trascendió, por consejos de sus ministros, a pesar –como se supo posteriormente– de haber contado con un informe elaborado por la empresa Metro, el cual anticipaba el colapso del tren subterráneo por causa de la puesta en marcha del nuevo plan de transporte público y el eventual riesgo para la vida de sus usuarios a raíz de desproporcionadas aglomeraciones.

Es esa impotencia la que con seguridad la ha hecho dudar acerca de su decisión de haber asumido tan importante tarea sin el tiempo necesario de preparación. No dudo de que en la soledad de su dormitorio, minutos antes de caer bajo el descanso del

sueño, ha debido replantearse las razones que la motivaron a hacerse cargo de la colosal tarea que es conducir un país, más aún cuando están dadas todas las condiciones para realizar un gran gobierno pero incluso así las cosas no resultan.

– *«El día que yo me vaya, nunca antes del 2010, vamos a tener un mejor país»*.

Esta es una frase de la Presidenta que llamó bastante mi atención, pues fue dicha cuando el Transantiago ya se visualizaba como un problema insoluble. Lo curioso de sus palabras era que por primera vez se dejaba entrever un cierto cuestionamiento a la duración de su período presidencial, asunto que ningún actor político, de oposición ni «díscolo», había jamás tocado. Por ello, hacer hincapié en que no dejaría el gobierno sino hasta marzo de 2010 solo reflejaba un cuestionamiento personal o, por lo menos, circunscrito a su círculo más íntimo de asesores o familiares. Puede que fugazmente haya pasado por su cabeza, como un leve destello de desahogo, la posibilidad de claudicar a todo, de dar un paso al costado, de relegar a otros la tarea, cansada de ser cuestionada y hasta vilipendiada incluso por la más recóndita autoridad, quien no duda en enrostrarle hasta los imprevisibles desastres de la naturaleza. Tal vez esté fastidiada de escuchar ataques, hasta burlas, por sus capacidades, incluso ha tenido que soportar en silencio, porque así es la democracia, la publicación de libros escritos por improvisados analistas, como el autor del presente texto. Paciencia, se dirá para sí la Presidenta, ya que la desesperación puede llevarla a cometer mayores e irreparables errores, a caer, espero no ocurra así, en la tentación de una analgésica demagogia fácilmente asequible gracias a la abultada billetera con la que cuenta el Estado de Chile. El 21 de mayo de 2007 solo fue una pildorita, pero sus capacidades adictivas pueden llevar al gobierno de Michelle Bachelet a realizar un nuevo de-

sembolso el 21 de mayo de 2008, en especial para hacer frente a un año 2009 que decidirá si el fin de la Concertación será o no una realidad.

Sin lugar a dudas, el surgimiento de nuestra democracia demoscópica genera nuevos y aún no dimensionados desafíos a quienes se encuentran o pretenden entrar en la arena política. La decisión pasa por dos alternativas. La primera es aceptar el surgimiento de este nuevo tipo de democracia, quedando sometido el país a la inestabilidad intrínseca de las encuestas y siendo los políticos solo unos títeres de lo que la próxima encuesta *CEP, CERC, Adimark, El Mercurio* o *La Tercera* revelen, con la respectiva resonancia que los medios de comunicación de masas regalan, adornado todo aquello con un lánguido discurso acerca de lo «democrático» que son las encuestas. La segunda alternativa implica el fortalecimiento de las instituciones políticas intermedias, los propios partidos; la limitación de la política del espectáculo, aquella que solo busca la imagen de televisión para transmitir «simpatía»; la generación de una institucionalidad capaz de servir como filtros de selección; el fomento del debate colectivo y el desarrollo de objetivos políticos de largo plazo para sustituir a los actuales objetivos circunstanciales e individualistas que hoy en día imperan en la política chilena.

Pareciera ser que la Concertación optó, en su incansable intento por permanecer en el poder, por la primera alternativa, pero no percibe, en su ceguera por el poder, que la democracia de las encuestas es intrínsecamente inestable y tiende a su autodestrucción gracias a la apertura de grandes espacios para la generación de un «espectacular» y «escandaloso» populismo, de aquellos que creemos ingenuamente estar inmunes. A la Concertación, el haber abrazado este tipo de democracia le permitió permanecer cuatro años más en el gobierno con Michelle Bachelet a la ca-

beza, a un costo que ya lo estamos percibiendo: el Transantiago, continua ingobernabilidad y falta de liderazgo incluidos. La Concertación cuenta con dinero para comprar momentáneos analgésicos, pero no por ello podrá evitar su fin como coalición política.

Por lo tanto, la inevitable pregunta que surge es: ¿Qué vendrá después de la Concertación?

La enfermedad de la Concertación

Sin lugar a dudas, uno de los legados y aportes que nos entregó el ex Presidente Lagos a nuestro léxico colectivo fue su célebre frase acerca del funcionamiento de las instituciones de nuestro país. Cada vez que salía a la luz pública alguna «irregularidad» o se cometía algún «condoro» -otro aporte de su mandato al vocablo político-, el ex Presidente no dudaba en declarar, siempre con su inmaculada seriedad:

- «*Dejemos que las instituciones funcionen*».



Logotipo adulterado de Chiledeportes que circuló por Internet luego de las "irregularidades" encontradas en dicho organismo.

Esta y su afamada metáfora acerca del «*robo del jarrón*» de CORFO han quedado grabadas en nuestra memoria. Cauta, o ingenuamente, los chilenos seguimos esperando que las supuestas instituciones funcionen.

Como cualquier chileno, siempre espero que los organismos públicos funcionen correctamente, más aún cuando estos organismos operan gracias al dinero de todos nosotros, por lo que la frase de Lagos llamaba a la calma para que, en palabras más simples, cada persona involucrada en el enorme aparato del Estado hiciera su trabajo como debía hacerlo. Sus palabras le permitían el desahogo ante la enorme presión y le ayudaban a ganar tiempo para apostar al mejor aliado en contra de la corrupción de los gobiernos de la Concertación: el olvido.

La corrupción puede y debe ser considerada como uno de los peores males en una sociedad, entendiendo la corrupción en el amplio sentido de la palabra. La corrupción de los valores y de los principios básicos en una sociedad hace permisible la corrupción en ámbitos más específicos. Sin embargo, tendemos a encasillarla exclusivamente en el ámbito económico, debido a que en una sociedad «teleplasmada» nuestra principal fuente de información proviene de los medios de comunicación de masas. El impacto y el escándalo que generara, por ejemplo, el cohecho, es decir, lo comúnmente conocido como coima o soborno, posee características mediáticas superiores a otras formas de corrupción. Más aún cuando esta coima se genera dentro de instituciones públicas, las cuales obtienen sus recursos económicos de dineros de todos nosotros, recolectados por medio del pago de impuestos que toda persona realiza, desde la compra de un helado que hace un niño hasta los pagos que hacen las grandes empresas por sus utilidades. Pocos son quienes se detienen a pensar que de 12 meses de trabajo, cerca de cuatro lo hacemos para el Estado. Pagamos impuestos por el chicle que masticamos, el cigarrillo que fumamos, la bebida que tomamos, el libro que leemos, el auto o micro en que nos movemos, el pan que comemos, la música que escuchamos, en fin, por prácticamente cualquier actividad que realizamos. Es por ello que cuando nos enteramos de que ese dinero, que bastante cuesta obtener, termina destinado a propósitos muy lejanos a sus reales fines, nos molesta, nos indigna, nos fastidia. Nos hace conversar, porque más no es posible, acerca de las sanciones que se deben aplicar y lo que se debería hacer al respecto. Pedir que las instituciones funcionen. Sin embargo, más que eso es imposible, ya que nos vemos atados de manos, impotentes a la espera de que las supuestas instituciones y personeros encargados de penar tales actos actúen, sancionen y condenen a los responsables.

- «*Dejemos que las instituciones funcionen*» –nos repitió una y otra vez el ex Presidente Lagos.

Como todo escándalo, el impacto inicial en la sociedad es tremendo, pero no por ello permanente. El tiempo atomiza las sensibilidades y el escándalo pierde fuerza mediática para ir poco a poco desapareciendo entre las imágenes que los medios de comunicación proyectan. La coima se diluye, se desvanece luego de una unísona oratoria de quienes pudieron captar cámaras para reflejar la molestia de sus representados, su «indignación». Esta situación, la de dilución, suele darse aún más cuando la corrupción se produce no por una persona específica, sino por una institución. Cómo no recordar la reciente experiencia en Chiledeportes. Tras el escándalo inicial, y la comprobación de la propia Contraloría General de la República de la malversación de recursos públicos que en dicho organismo se produjo, la indignación ciudadana fue diluyéndose. Enérgicos discursos atiborrados de célebres frases cliché, como «*caiga quien caiga*», terminan por ser palabras llevadas por el viento. Es en esos mismos discursos donde la palabra corrupción pareciera ser innombrable, cercenada del vocablo, silenciada, siendo habilidosamente sustituida por la suavidad que las «*irregularidades*» regalan.

- Este no es un gobierno corrupto, sino «irregular» –dirán para su fuero interno quienes vetan la palabra corrupción.

- *Hemos detectados ciertas irregularidades... Se investigarán las irregularidades... Vamos a identificar a quienes cometieron las irregularidades...* –son frases que solemos escuchar del vocero de gobierno de turno.

Fue así como, denunciada la «irregularidad» en Chiledeportes, comisiones investigadoras dieron paso a rencillas políticas que poco ayudan a la investigación y sanción de los hechos. ¿Responsables? Difícil pregunta, más aún cuando el foco de atención de todo es un ente abstracto, una organización gubernamental y no una persona de carne y hueso, que según las palabras de quien en teoría era su superior, se «*mandaba sola*». La elocuencia del ex ministro Francisco Vidal no dejó de sorprender. Con su argumentación la responsabilidad recaía nada más y nada menos que en el señor de nombre o apellido... Chiledeportes. ¿Sería él quien debía caer? El tiempo pasó y del escándalo original se daba paso a escandalillos adicionales que poco o nada tenían relación con lo original. Inimitable fue la compostura de quien hasta ese entonces había tomado la dirección del señor Chiledeportes, la señora Depassier, quien estoicamente había recibido por parte del gobierno anterior la dirección del organismo. No fue el escándalo de la malversación de recursos de todos nosotros lo que finalmente la hizo dar un paso al costado, sino el escandalillo que generan los pergaminos que supuestamente tenía. Su licenciatura en filosofía en realidad no era tal, más bien solo un semestre. Pareciera ser que la lección no fue comprendida por todos los funcionarios de gobierno, ya que solo un par de meses después el Superintendente de Valores y Seguros renunciaría a su cargo al conocerse que el título de abogado que estampaba en su currículum en realidad no lo había obtenido aún.

La corrupción en los organismos públicos tiende a desarrollarse en mayor proporción cuando el tamaño del Estado y su influencia en las actividades sociales se incrementa, tal y como lo ha hecho durante estos 17 años la Concertación. Esto, sumado a la falta de transparencia en las actividades de los organismos de gobierno, hace fértil el terreno para la propagación de la corrupción.

Un informe titulado *Itinerario de la corrupción 1990-2006*, realizado por el Instituto Libertad,[16] demuestra cómo los casos de corrupción han ido poco a poco incrementándose en los gobiernos de la Concertación. Durante los primeros años del gobierno de Aylwin, los casos de corrupción podían considerarse como aislados, centrándose en asuntos de lucro personal o financiamiento político –costumbre que pareciera no acabar–. Cómo no recordar el llamado «Davilazo» y los 200 millones de dólares que significó para el Fisco. Memorable fue también el costo del «*corte de maleza*» en la refinería de Concón por la nada despreciable suma de 381 millones de pesos, cerca de un millón de dólares de la época, cuando el costo del mismo trabajo el año anterior había sido solo de 90 millones de pesos. Varios jardineros lloraron por la noticia.

Reconocido fue el caso de Digeder, abuelo del actual señor Chiledeportes, en donde en 1992 se detectaron «irregularidades» por 500 millones de pesos; también el asunto de la ONEMI, donde «se constató la existencia de delitos por el desvío de aportes de emergencia para damnificados por temporales y el aluvión de Antofagasta, y por la erupción del Volcán Hudson en Aisén, por cerca de 700 millones de pesos».

Tras esos casos, aislados hasta esos años, la fortaleza política de la Concertación y la escasa posibilidad de perder el gobierno, reflejado en el sobre 60% de los votos que obtuvo Frei Ruiz-Tagle en las elecciones presidenciales de 1993, generó la tendencia de un tipo de corrupción que el mismo informe antes mencionado denominó como «*Corrupción de Estado*», la cual consistió en «una estrategia institucional en la que participan personeros del más alto nivel con el objeto de obtener recursos necesarios para las campañas electorales de los miembros de la Concer-

[16] www.institutolibertad.cl

tación y así perpetuarse al mando del gobierno de Chile. Se utilizó a las instituciones y funcionarios del Estado para realizar acciones destinadas a obtener recursos fiscales en forma fraudulenta, llegando incluso a estudiar fórmulas que en caso de ser descubiertas permitieran a los beneficiarios tener preparadas acciones tendientes a encubrir los actos reñidos con la legalidad (por ejemplo, dictámenes del SII o usar a la mayoría parlamentaria para hacer fracasar permanentemente a las comisiones investigadoras de la Cámara de Diputados, etc.)».

El informe publica que el monto total involucrado en casos de corrupción en los 17 años de gobiernos de la Concertación, cifra que por lo demás está subestimada por considerarse solo los casos conocidos por la opinión pública y de monto sabido, asciende a la nada despreciable suma de **541.911.575.132** de pesos, es decir, quinientos cuarenta y un mil novecientos once millones quinientos setenta y cinco mil ciento treinta y dos pesos, lo que equivale a todo el costo de la construcción del anunciado y publicitado puente en el canal de Chacao. Espero que lo anterior no sirva de consuelo a los embaucados chilotes. Dicho de otra manera, la cifra también es equivalente a casi el doble de toda la inversión en infraestructura hospitalaria durante los 17 años de Concertación –incluyendo los prometidos, pero aún no construidos, hospitales en Maipú y La Florida–, es decir, se hubiese podido doblar el número de hospitales en nuestro país.

Este monto por supuesto que no incluye los llamados sobresueldos del gobierno de Lagos, ya que estos fueron legalizados con el beneplácito de la Alianza y catalogados como no susceptibles de ser tributables, según el propio Servicio de Impuestos Internos.

A pesar de lo escandaloso, y no menos antojadizo, que puede resultar el ejercicio de la equivalencia de esta cifra (correspondiente a más de 18 mil autos de lujo), el problema de la corrupción se ve agravado por otro asunto: El mal uso de los recursos que en teoría sí fueron utilizados para sus fines reales. La falta de prolijidad queda de manifiesto cuando repavimentan nuestra principal avenida capitalina, la Alameda Libertador Bernardo O'Higgins –para no olvidar la memoria de nuestro prócer–, que fue reinaugurada con bombos y platillos por el carismático intendente de la época, hoy candidato presidencial, anunciando que la millonaria obra pública tendría una larga vida útil, para luego de un solo año de uso tener que repavimentar nuevamente, esta vez, claro, sin tanta publicidad. O la construcción de puentes que se derrumban por sí solos, como el caso del Loncomilla, incluyendo la efervescente interpelación del diputado Lorenzini, lo cual le costó que el propio Presidente Lagos le quitara el saludo. Ni hablar de la construcción de la pista adicional del aeropuerto internacional de Santiago comodoro Arturo Merino Benítez –para no ser injustos con el primer comandante en jefe de nuestra aviación –. Todos estos son ejemplos del porqué el 60% de los chilenos, según la encuesta CERC de diciembre de 2006, consideramos que el Estado gasta mal los recursos. A pesar de lo irrebatible que es esta información, aún nos encontramos con políticos que ven como solución al fracasado Transantiago que el Estado se haga cargo del transporte público. Sin lugar a dudas, los datos demuestran lo equivocada que es esta idea.

Los eternos concertacionistas no han dudado en esgrimir que la corrupción es solo utilizada por los opositores al gobierno como una herramienta de desprestigio. Se dice que Chile no es un país corrupto y para ello ponen como ejemplo a países internacionalmente conocidos como corruptos. Nuestro vecindario suele aportarles algunos nombres. Sin embargo, que no lleguemos a los

niveles de nuestros vecinos no implica que debamos esperar llegar a eso para poder alarmarnos con razón. Por lo demás, ya no son solo voces opositoras al gobierno las que se levantan. Gonzalo Martner, Edgardo Boeninger y Jorge Schaulsohn, todos reconocidos concertacionistas e incluso fundadores de la misma, han denunciado el desvío de fondos públicos y el uso de gastos reservados para fines electorales. El caso de los PGE (Programas de Generación de Empleos) de la Quinta Región fue un ejemplo más de ello.

¿Responsables? Nuevamente hago la pregunta, pues en todos los casos de corrupción, incluso los reconocidos por los propios concertacionistas, existe un denominador común: impunidad. Peor aún, las eventuales responsabilidades de quienes se encuentran involucrados en estos casos son premiadas con nuevos cargos públicos. Es el caso del ex subsecretario de Transportes Guillermo Díaz, quien a pesar de estar procesado por los tribunales de justicia por fraude al fisco fue premiado con la presidencia nada más y nada menos que del directorio de la Empresa de Ferrocarriles del Estado (EFE). La misma empresa pública que en abril de 2007 fuera denunciada por irregularidades en el manejo de sus recursos y que acumulaba al 31 de diciembre de 2006 cerca de 1.350 millones de dólares en deudas, equivalentes a más de siete veces su patrimonio. La explicación de tales «irregularidades» las dio la propia Contraloría. Entre los casos detectados y publicados por el diario *El Mercurio* se detalla el pago por prestaciones de 90 millones de pesos a la consultora Evesa por trabajos que un tercero había hecho con anterioridad, con el agravante de que se le pagaron otras dos comisiones y que el cheque correspondiente a la suma de $9.668.280 fue retirado directamente por el propio gerente de administración de EFE de la época. Las «irregularidades» llegaban a lo absurdo, ya que solo para el arreglo de un baño la empresa había desembolsado la suma de 13 millones

de pesos. A diferencia de la maleza en Concón, esta vez son los plomeros los que lloran. Estos casos ya no demuestran «irregularidades», sino más bien una regular corrupción. Las denuncias en EFE no son algo nuevo, ya en 1996 se detectaron «irregularidades» administrativas y financieras a través del pago irregular de honorarios y malos contratos por la suma de 1.000 millones de pesos.

Con un cuarto gobierno de la Concertación, en que llegará a veinte años en el poder, la erradicación de la corrupción es una tarea extremadamente difícil. Esta se encuentra fuertemente arraigada en los funcionarios públicos, quienes no son capaces de identificarla sino que la perciben como algo propio de sus funciones en la actividad pública, llegando a casos como el de Andrés Farías, ex jefe de gabinete de la Dirección Metropolitana de Chiledeportes, que tras salir raudamente de la fiscalía luego de ser interrogado por los hechos de corrupción que involucran al organismo deportivo, acosado por los medios de prensa, declarara: «...*Yo soy PPD. Cuando yo pienso, pienso como PPD, no como democratacristiano, no como radical*». Solo le faltó agregar: ni como chileno.

Ha quedado demostrado que la propia candidatura presidencial de Michelle Bachelet contó con recursos fiscales y, sin lugar a dudas, cualquier investigación o sanción que se tome al respecto implicará a personeros de la Concertación, quienes con seguridad se desenvuelven en otros cargos del amplio aparato del Estado, por lo que esperar estas sanciones es algo bastante ilusorio.

En enero del año 2007 su gobierno ya contaba con un total de 9 casos de corrupción y 2 denuncias, involucrando una cifra superior a los 2.000 millones de pesos. Este monto no incluye el

caso antes mencionado de EFE. Para muchos la corrupción es como un cáncer, por lo que es necesario extirpar el área afectada antes de que se propague por todo el cuerpo. La Concertación tiene el cáncer de la corrupción y difícil será que tenga la valentía para extirpar un pedazo de ella –un pedazo de Concertación–, pues el sangramiento sería feroz y las heridas difíciles de sanar, y dejaría de ser lo que es, una concertación.

Sin embargo, peor aún es cuando el enfermo no se reconoce como tal y piensa que su cáncer es solo un «irregular» resfrío. No hay que ser adivino para vaticinar nuevos y mayores escándalos de corrupción durante la presidencia de Bachelet, el cáncer no para e irá agudizándose cada vez más. La dilución del escándalo entre la opinión pública será cada vez menor, no por un cambio en ellos sino por la reiteración de los mismos. Los casos Sobresueldos, MOP-GATE, Gastos reservados, INDAP, PGE, Chiledeportes, EFE, etc., duran en la retina de la opinión pública lo que duran en la pantalla de la televisión, pero si los escándalos son tan seguidos como para que uno tras otro copen con imágenes los medios de comunicación de masas, el escándalo, la corrupción, se hace permanente, se torna real. Si sumamos esto al descontento generalizado producto del mayor fracaso de la Concertación, el Transantiago, el cáncer hace su trabajo y acaba por llevar al enfermo a la tumba. En este caso, al fin de la Concertación.

Efectos en la imagen internacional



Michelle Bachelet y Hugo Chávez durante la cumbre de Presidentes en Viena, 2006.

Durante el mensaje de la Presidenta Bachelet del 21 de mayo de 2007, notoria fue la relevancia con que se dedicó a enumerar las distintas calificaciones y calificativos que Chile suele obtener en el ámbito internacional. Con ello, la Presidenta no solo buscaba resaltar la aún positiva imagen que posee nuestro país en el extranjero, sino también rebatir las críticas que había recibido dentro de Chile acerca de su gestión de gobierno. Si bien es cierto que nuestro país sigue gozando de un amplio reconocimiento internacional en materia de estabilidad económica y política, siendo, por ejemplo, uno de los países más seguros de la región, las palabras de Bachelet también buscaban además borrar una leve percepción acerca del inicio del deterioro de la imagen de Chile en el extranjero a raíz de sendas publicaciones en distintos y reconocidos medios escritos internacionales.

Si existe algún atributo permanente de la Concertación durante sus más de 17 años de mandato, este ha sido la buena imagen internacional de Chile que han logrado transmitir los Presidentes de dicha coalición, imagen que jamás se ha visto mermada en lo más mínimo; por el contrario, se han obtenido halagadores calificativos, como el «milagro chileno», los «jaguares» de Latinoamérica o la «joya» sudamericana, entre otros. No

viene al caso discutir el verdadero mérito de la Concertación en el logro de los mencionados calificativos, lo cierto es que la positiva imagen de nuestro país en el resto del mundo ha sido un atributo que incluso ha afectado nuestra tímida y opacada personalidad ciudadana, agregándole grandes dosis de chabacana altanería que nuestros vecinos fácilmente perciben.

Este idílico atributo de nuestro país no se ha visto alterado mayormente a lo largo de todos los gobiernos concertacionistas, incluso en los peores momentos del gobierno de Ricardo Lagos, con el caso de los sobresueldos en pleno tapete y los casos de corrupción de MOP-GATE en sus inicios, la imagen internacional de su gobierno se mantenía muy positiva. Su renovado discurso socialista, muy lejano a aquello que pregonara años atrás, se enmarcaba perfectamente en los beneficios del libre mercado y del comercio internacional. Su hijo, actual ministro vocero del gobierno, formaba parte del equipo que gestionaba las negociaciones de los tratados internacionales con las grandes potencias comerciales, como la Unión Europea y Estados Unidos. Chile era un ejemplo dentro de una Latinoamérica donde Chávez comenzaba poco a poco a tomar relevancia, mientras que la incertidumbre de lo que sería el gobierno de Lula disparaba por los cielos las tasas de los bonos soberanos de Brasil.

Sin embargo, pareciera ser que la buenaventura no se extendió hacia el mandato de su sucesora. El de Michelle Bachelet ha sido el único gobierno de la Concertación en recibir las primeras, y duras, críticas a su gestión por parte de quienes forjan la imagen internacional, es decir, medios de prensa como el alemán *Der Spiegel*, el inglés *The Economist*, el estadounidense *The New York Times*, el francés *Libération*, el argentino *Clarín* y el español *El País*, entre otros. En ellos, y en un corto intervalo, se han publica-

do ácidas críticas a la gestión de la primera mujer en llegar a la presidencia de nuestro país.

The Economist, por ejemplo, en su edición del 29 de marzo de 2007, comienza su artículo acerca del primer año de gestión de Bachelet, diciendo: «*Hace un año llegó flotando al cargo en una cálida burbuja de popularidad*», para más adelante sentenciar que ha demostrado que «*carece de experiencia política, contactos, peso intelectual*», y de una «*habilidad para gobernar eficientemente*».

Otros han publicado que la Presidenta «*casi siempre es demasiado tímida y responde demasiado tarde*», que «*ha debido recular en promesas simbólicas como la paridad de hombres-mujeres en el gobierno*» y que está frente a una «*caída brutal de su popularidad*».

Otras publicaciones, como la revista norteamericana *The American Spectator*, de mayo de 2007, han dedicado largos artículos a la persona de la Presidenta. «*El último mito chileno*» se titula el artículo de James Whelan, publicado en la mencionada revista. En él se destaca que «*lejos de ser una amiga de los Estados Unidos, Michelle Bachelet es la última de una larga fila de líderes de izquierda de la tradición de Castro y Chávez*».

Sin lugar a dudas, la prensa internacional miró con simpatía la llegada de Michelle Bachelet al gobierno, su historia personal, algo ensalzada de dramatismo, hacía de ella un atractivo personaje entre el cada vez más inestable escenario vecino. El hecho de ser hija de un general disidente al gobierno militar, que murió en la cárcel de un infarto, además de haber sido exiliada y prisionera política, sin lugar a dudas que atrae la atención en el exterior.

Por lo demás, al igual que en el ámbito nacional, las expectativas internacionales sobre su futura gestión también eran exageradamente altas.

La renovación y frescura representada en la figura de una mujer fue aquello que permitió a la Concertación llegar nuevamente al gobierno, nuestra «democracia demoscópica» la ungió con el poder pero no por ello con las aptitudes y experiencia para manejar con éxito una de las principales atribuciones de exclusiva responsabilidad del Primer Mandatario. Nuestro sistema presidencialista delega única y exclusivamente en el Presidente de la República la conducción de las relaciones exteriores, por lo que sería en aquel ámbito donde Michelle Bachelet debería rendir uno de los primeros exámenes de sus capacidades como gobernante, ya que a diferencia de otras decisiones, en el ámbito internacional no podía apelar a la creación de comisiones que estudiasen las cosas.

Lamentablemente, para Chile, no ha superado con éxito la prueba, ya que fue una errada política exterior lo que generó la primera y vital decepción que tuvimos de Michelle Bachelet.

Ya como Presidenta electa, Michelle Bachelet esbozó sus primeros pasos de lo que sería su política internacional. El eterno sueño de la hermandad sudamericana sin lugar a dudas rondaba en su cabeza y qué mejor para ello que comenzar a estrechar directamente los lazos con nuestra «hermana» Argentina, aprovechando que otro socialista encabezaba el gobierno trasandino. Antes de asumir oficialmente la presidencia, Michelle Bachelet adelantaba públicamente que su primer viaje al extranjero lo haría hacia Argentina. El objetivo de su política exterior era priorizar los nexos de Chile con nuestros vecinos por sobre los lazos con otras regiones. Su idea era revitalizar el alicaído e impredeci-

ble MERCOSUR, adelantando que Chile se mantendría como miembro asociado pero que no buscaría tener el mismo estatus que Brasil, Argentina, Uruguay o Paraguay. Aquello implicaría nada menos que subir aranceles y no bajarlos, cuestión que iría en contra de la política económica de nuestro país llevada por largos años.

> – *«Chile no está aislado de la agenda del MERCOSUR ni lo va a estar»*,[17] sentenciaba la electa Presidenta.

Sus deseos de integración latinoamericana no se limitaban al MERCOSUR, sino también se mostraba muy entusiasmada en promover el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas). Su voluntad de estrechar los lazos con nuestros vecinos parecía estar por sobre quien fuese el presidente de turno. Evo Morales en Bolivia y Ollanta Humala en Perú sonaban fuertes como los próximos Presidentes de sus países. Pero para Bachelet aquello no era de mayor relevancia. Sin embargo, ya a esas alturas se levantaban voces acerca de la influencia de terceros y de los partidos políticos de la Concertación sobre las decisiones de política internacional. Ante ello, Michelle Bachelet salía al paso aseverando que:

> – *«Yo voy a tomar las decisiones, porque yo soy a quien han elegido Presidenta. Este triunfo no es patrimonio personal de nadie. Me tomaré toda la libertad que corresponda para nombrar a quienes crea que son las y los mejores».*

Lamentablemente la decisión de la Presidenta de estrechar los lazos con nuestros vecinos le ha traído más problemas que beneficios. Bastaron solo seis meses, desde su visita del 21 de marzo de 2006 a la capital trasandina, para que las desavenencias comenzaran a aflorar. Durante la primera visita de Michelle Ba-

[17] Diario *La Nación*, 17 de enero de 2006.

chelet a la Casa Rosada, la Presidenta firmó junto al Presidente Kirchner un convenio de cooperación mutua en materia energética, asunto clave dada la frágil matriz energética con la que cuenta nuestro país. Ya en mayo del mismo año nuestra hermana Argentina dio a conocer su decisión de acentuar los cortes de gas a Chile; esto, sumado a las declaraciones de las mismas autoridades trasandinas que indicaban el inevitable traspaso a nuestro país de los mayores costos del suministro de gas debido a negociaciones con otro país hermano, Bolivia.

Las voces que alertaban un posible corte de gas comenzaban a ser tomadas en cuenta a pesar de haberse levantado hacía años. Ante ello, la Presidenta era enfática al decir que «*los chilenos no tienen que temer cortes de gas*». Sus palabras se enmarcaban en la cumbre del MERCOSUR que se realizaba en la ciudad de Córdoba, donde la autoridad argentina le aseguró a la Presidenta que el aumento del costo del gas no superaría los 4 dólares por millón de BTU (Unidad Térmica Británica[18]). Sin embargo, al regresar Bachelet a Chile, el gobierno «hermano» argentino informaba un aumento muy superior al entregado a la Presidenta en Córdoba, lo cual parecía una burla a la propia Presidenta ante la opinión pública chilena por parte del gobierno argentino. Los roces de las relaciones con Argentina continuaron, incluso tomando ribetes de mayor histrionismo. Hoy en día la crisis del gas ha alcanzado niveles que hacía solo meses las autoridades descartaban por considerarlos escenarios imposibles. Lo cierto es que la política internacional del gobierno, basada en la integración estratégica con nuestros vecinos, ha sido solo más del mismo pomposo discurso de hermandad entre los pueblos latinoamericanos, cuestión que no pasa más allá de las palabras.

---

[18] British Thermal Unit.

Las vacilaciones en política internacional del gobierno de Bachelet han generado una peculiar forma de llevar las relaciones exteriores: el surgimiento de las «diplomacias paralelas». Pareciera ser que la Presidenta Bachelet le diera el visto bueno a todo quien le plantee un plan para mejorar nuestras relaciones internacionales, omitiendo que estas acciones pueden ir en la dirección opuesta a las de la propia Cancillería. Hemos visto cómo Camilo Escalona, con gran entusiasmo, ha tomado en ocasiones el papel de ministro de Relaciones Exteriores, con delegaciones del Partido Socialista visitando Argentina para hablar del tema del gas y proponiendo viajes a Perú y Bolivia. Su entusiasmo le ha hecho incluso criticar la gestión del verdadero canciller, el DC Alejandro Foxley, calificando de desastrosa su gestión y declarando que de no haber sido por las gestiones de la «cancillería socialista», el gas argentino se hubiese cortado hace bastante tiempo.

Es por ello que no es extraño presenciar insólitas discrepancias entre el canciller, el verdadero, algunos embajadores, como Claudio Huepe en Venezuela y Luis Maira en Argentina, parlamentarios con aires de canciller, como el senador Escalona, y hasta la propia Presidenta de la República.

El desorden en cuanto a las decisiones en materia de relaciones exteriores solo es un reflejo de la ingobernabilidad interna del gobierno de Bachelet, quien no ha sido capaz de establecer una clara carta de navegación tanto en el frente interno como externo.

La resolución acerca del voto para un representante latinoamericano al Consejo de Seguridad de la ONU el año 2006 puso de manifiesto lo anterior. Como mencioné anteriormente, fue una permanente indecisión ante los medios de comunicación lo

que hizo ver a Bachelet como una simpatizante del excéntrico Hugo Chávez. Bachelet aplazaba y aplazaba su decisión final, dando cabida al surgimiento de las más variadas versiones acerca de su parecer y a las excentricidades de los parlamentarios «díscolos» de la propia Concertación que no dudaban en manifestar su apoyo a Chávez, declarándolo incluso, como dijera el senador Navarro, más allendista que cualquier socialista chileno.

De la misma forma comenzaban también a surgir dudas sobre el liderazgo de la Presidenta y su real capacidad para la toma de decisiones.

Cuando finalmente Chile anuncia a última hora su abstención de la votación por no existir consenso en la candidatura, se levantaron voces diciendo que Bachelet quería votar por Chávez pero no se atrevió. Estas voces encontraban sustento en el hecho de que la decisión de abstenerse por no existir consenso era perfectamente posible anunciarla desde un comienzo y no esperar hasta el último minuto, evitando así generar muchos meses en donde el único tema acerca de la política exterior de Chile girara en torno a Chávez.

Las descoordinaciones del gobierno se exacerbaban al ver la actitud de los miembros de la coalición oficialista. Por un lado, parlamentarios concertacionistas, es decir, partidarios del gobierno y quienes debían apoyar a su Presidenta, viajaban rumbo a Venezuela para manifestarle su apoyo a la candidatura de Chávez; por otro lado, el canciller, DC , emitía su opinión al respecto sin saber si aquello era o no la postura oficial de la Presidenta.

El poder de la imagen hoy en día es innegable a la hora de formar opinión, por lo que, por intrascendente y frívolo que parezca, los toqueteos, abrazos y sonrisas entre Bachelet y Chávez

durante la cumbre de Viena agregaban el condimento esencial a la audiencia internacional. Más aún cuando el propio Chávez se había declarado públicamente, tras una reunión con Bachelet, como «michellista».

Existe *feeling*, leí por ahí, y poco ayudaban las palabras de la mandataria al preguntársele respecto a sus dichos de que Chávez era un hombre muy cariñoso, alto... y ¡grande!

Tanto en Chile como en el exterior, la imagen que quedó impresa era la de Bachelet en los brazos de Chávez, por lo que el voto de Chile fue percibido como una presión y final victoria del partido político de la Concertación que más se oponía a Venezuela, el partido del propio canciller, el Demócrata Cristiano.

La percepción finalmente tuvo sustento real con las declaraciones en marzo de 2007 del ex embajador de Chile en Venezuela, Claudio Huepe, quien en un programa de televisión de Caracas declaró que Bachelet le había manifestado personalmente su preferencia por Venezuela pero que finalmente optó por no generar conflictos dentro de la Concertación. Sus palabras le costaron el cargo.

Si finalmente fue la presión de la DC lo que motivó que Chile le negara el apoyo a Venezuela, habría que agradecerle a dicho partido su oportuna intervención, ya que de lo contrario la imagen internacional de Chile se hubiese visto más perjudicada al estar apoyando a un gobierno como el de Chávez, que ya se vislumbra como autoritario y con clara dirección a reproducir el modelo de su admirada Cuba. El cierre de la cadena de televisión RCTV, opositora a Chávez es un síntoma que refleja hacia dónde va Venezuela. Más elocuentes fueron las palabras que tuvo el propio Chávez para referirse al secretario general de la OEA,

nuestro compatriota José Miguel Insulza, en respuesta a sus comentarios acerca de la libertad de prensa en Venezuela.

- «*Debería renunciar a la secretaría de la Organización de Estados Americanos el insulso doctor Insulza, por atreverse a jugar el papel... ¿qué quiere ahora ser Insulza?, ¿un virrey del imperio?*
  Doctor Insulza, Venezuela es libre, caballero. Venezuela se liberó para siempre. Doctor Insulza, váyase con su insulsería a otro lado (...) Vaya que es bien pendejo el doctor Insulza, un verdadero pendejo (...) desde la "p" hasta la "o" el doctor Insulza, da pena».

No me cabe duda de que nuestro país no merece involucrarse con aquel tipo de personajes, por muy cercano que lo sientan algunos políticos de izquierda, como el senador Navarro, quien no trepida en defender a Chávez a como dé lugar.

Las vacilaciones en política exterior por parte de la Presidenta han generado caldo de cultivo para acciones oportunistas de algunos políticos concertacionistas. Hoy en día pareciera no extrañarnos el viaje de comitivas partidistas a otros países para abordar temas propios del Estado de Chile y, por tanto, de exclusiva competencia del Presidente de la República. La visita de los parlamentarios «díscolos» a Bolivia y Venezuela y el viaje de un grupo de miembros del Partido Socialista a Argentina para tratar el tema del gas, son claros ejemplos de ello.

Son muchos los analistas que concuerdan con la extrema relevancia que tiene para nuestro país, pequeño en el contexto mundial, el hecho de que posea un manejo unificado y una cohesión interna para poder lograr con éxito sus objetivos internacionales. Esta cohesión ha sido una característica de nuestra política

durante largos años, incluso durante el propio gobierno militar, cuando gracias a su clara y unificada política exterior fue posible evitar serios conflictos bélicos con nuestros países vecinos. Ha sido esta característica la que ha ayudado a que Chile sea percibido con una buena imagen internacional y como un buen socio a la hora de establecer acuerdos comerciales. Es por ello que la pérdida de unión generada por el desgaste de la Concertación en el poder, sumado a las vacilaciones de la Presidenta, los individualismos de algunos parlamentarios de izquierda y el oportunismo partidista, solo terminarán por socavar un patrimonio que ha costado largos años conseguir y que no pertenece a la coalición del gobierno de turno ni a partido político alguno, sino que al país como un todo.

En el diario *El Mercurio* la experta en relaciones internacionales Karin Ebensperger publicó un comentario en relación con la mencionada «diplomacia paralela», derivada de la visita del Partido Socialista a Argentina para tratar el tema del gas:

- «*En un clima político sudamericano enrarecido, con gobiernos impredecibles como el de Chávez o personalistas como el de Kirchner, no caben agendas paralelas. La política exterior de Chile la manejan la Presidenta y la Cancillería, y el papel del estadista es determinar los fines perseguidos por la nación, y mostrar la máxima coherencia para alcanzarlos al más bajo costo. El desarrollo de Chile depende, entre otros, del suministro energético, y no pueden actores políticos asociados al gobierno chileno dar señales equívocas de camaradería con un gobierno que ha lesionado el interés nacional, y se ha jactado de hacerlo*».[19]

[19] Diario *El Mercurio*, 29 de mayo de 2007.

De prolongarse esta tendencia en la política internacional del gobierno de Bachelet, no será extraño seguir presenciando la aparición de artículos que critiquen la gestión gubernamental de Michelle Bachelet, decepcionados de las expectativas de su gobierno. Los artículos en el *The New York Times* y en la revista *The Economist* podrían ser solo los primeros de varios otros que vayan poco a poco reflejando cómo un cuarto gobierno de la Concertación, ungido gracias a nuestra democracia demoscópica, perjudica aquello que tanto ansían muchos otros países y que nosotros pareciéramos estar despilfarrando: la imagen internacional.

La decadencia del espíritu público



Fotografía publicada por el diario Las Últimas Noticias, la cual muestra al senador Pedro Muñoz (PS) observando páginas web con mujeres semidesnudas durante una sesión del congreso en mayo, 2006.

Fue en una de las sesiones de la Cámara Alta destinada a la discusión de la ley de subcontrataciones, aquella en que surgiera el calificativo de «chupasangre» de nuestro senador Escalona, donde se manifestó con todo rigor, picardía, displicencia y desfachatez, y no por ello sin humor, una tendencia que pareciera incrementarse día a día en una parte de nuestra clase política. La sesión era extensa, el tema controvertido y ampliamente mediatizado por los diferentes actores implicados, el Senado de nuestro país se reunía en pleno. Todos nosotros, los ciudadanos, representados por los electos senadores, éramos partícipes, aun sin saberlo, de un acalorado debate. Muchos ya habían expuesto por medio de largos discursos sus puntos de vista y en aquel momento la palabra era utilizada por el senador UDI Pablo Longueira. Todos parecían prestar la debida atención y respeto. Comprender las diferentes posturas acerca de un tema en cuestión es requisito básico a la hora de formarnos una opinión al respecto, más aún si en tus manos recae la responsabilidad de aprobarlo como ley de la república. Fue en esos momentos cuando un fotógrafo del diario *Las Últimas Noticias*, con seguridad en búsqueda de alguna escena digna de escándalo, captó una imagen del senador socialista Pedro Muñoz Aburto mirando, en plena sesión, atentamente, su computadora. Lo que distraía la atención del congresista no era

un urgente correo electrónico enviado desde el extremo sur del país, zona que representa, así como tampoco una noticia de última hora que relatara alguna catástrofe nacional. Lo que le llamaba profundamente la atención, y no escatimaba en verlas una tras otra, eran las fotografías de los curvilíneos cuerpos semidesnudos de modelos, actrices y deportistas publicadas en el sitio *web* de un canal de televisión. El honorable, sin percatarse de haber sido sorprendido por el acierto fotográfico, al terminar la sesión y ser abordado por los periodistas que ya contaban con la «evidencia», dijo sin mayores reparos:

> – «*Es que la sesión estaba aburrida, pero yo solo estaba mirando la página de noticias de TVN*».

Sé que muchos considerarán la situación antes descrita como algo anecdótico y sin mayor relevancia, tal y como sucedió cuando un senador concertacionista negara conocer a su esposa, o cuando algunos diputados recientemente se aventuraron a danzar en el Congreso Nacional el desinhibido «baile del koala» junto a curvilíneas y voluptuosas mujeres. Tal vez tengan razón, pero no por ello el asunto deja de reflejar de forma burda una tendencia que cada vez más se manifiesta dentro de algunos sectores de nuestra clase política: La decadencia del espíritu público.

Comprendiendo el fin último de una sociedad como la búsqueda del bien de todos y de cada uno de los integrantes de la comunidad, es decir, del bien común, son precisamente los que comandan y ejercen las funciones del Estado quienes más deben velar por los intereses colectivos por sobre los individuales o partidistas. Quien ejerce cargos públicos jamás debería «*pensar PPD*» –como señalara el ex jefe de gabinete de la dirección Metropolitana de Chiledeportes, Andrés Farías– sino pensar como chileno, sin importar si su accionar contraviene los intereses de un partido

político con tal de lograr la obtención de un beneficio para el país como un todo. Creo que esto lo comprende el senador DC Adolfo Zaldívar, no así la directiva de su partido, la cual no dudó en recriminarlo por haber desobedecido la orden de la colectividad para votar a favor del proyecto de los 290 millones de dólares para el financiamiento del Transantiago.

Otro ejemplo de la decadencia del espíritu público, bastante más decoroso de forma, no así de fondo, lo encontré en las palabras de quien jamás pensé manifestaría esta tendencia. Un ex Presidente de la República.

Una de las características de la personalidad de nuestro ex Presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle es ser un hombre de pocas palabras. En lo personal, no lo creo tan así y aprecio muchas veces un apacible silencio antes que un vacuo discurso o una necia verborrea, cuestión que abunda en algunos políticos de izquierda, y de derecha también, para ser justos. Lo cierto fue que durante su gobierno esta percepción se arraigó fuertemente en la opinión pública, incluso pareciera ser que él ya ha aceptado esta condición, pues sus palabras al comenzar su discurso en la junta nacional DC de mayo de 2007 así lo demostraban:

- «*Siempre dicen que me quedo callado. Bien.... ahora voy a hablar...*», dijo en tono firme y menos «zeteado» que en otras ocasiones.

La atención de la audiencia y de los medios por transmitir las ideas del ex mandatario se incrementó. El ex Presidente al parecer había preparado algo especial para la ocasión. Y era muy especial. Tras unos minutos de haber comenzado su discurso, el actual senador tensó algo más su voz al ahondar en el difícil momento por el cual pasaba la Concertación:

- «... *Estoy preocupado por el gobierno. Se siente que hay una incapacidad de gobernar de la Concertación, falta gobernabilidad (..) no hemos sido capaces de resolver una jerarquización de a dónde el gobierno va a poner los ejes, dónde vamos a poner las platas (..), hay que tomar opciones, hay que tomar decisiones*».

Hasta ese momento sus palabras revelaban la crisis de la coalición de gobierno, pero el factor monetario salía al ruedo. Sin embargo, su siguiente frase fue aún más elocuente, ya que asumía abiertamente el título de este libro, el fin de la Concertación. Pero él iba más allá, en sus palabras cuestionaba el estado económico en el que entregarían el gobierno. Continuaba diciendo Frei:

- «*Si las elecciones fueran ahora, las perderíamos. ¿Le vamos a entregar a la derecha un gobierno con 20.000 o 30.000 millones de dólares en caja. ¡Eso es una locura!*».

¡Eso es una locura!, decía el ex mandatario. Busqué todas las acepciones del término y ninguno de ellos me encajaba con la actitud que se me ha inculcado debe tener una persona que ostentó la Presidencia de nuestro país, quien debiese velar por el bien común, por los intereses del país en su conjunto, con una visión de Estado por sobre la «chimuchina» de la política coyuntural. ¿Es que perder una elección y entregar el poder es un acto carente de racionalidad? ¿O tal vez será racional y normal desfalcar al fisco y vaciar sus arcas con tal de entregar el gobierno en la más absoluta quiebra a quienes no concuerdan con tus ideales pero que al ser elegidos son representantes de una mayoría? Como leyera en una columna de un periódico capitalino, la frase del ex mandatario más sonaba como un *¡a gastar a gastar, que el mundo se va a acabar!*, o mejor dicho: *¡que la Concertación se va a terminar!*

¿Acaso los bienes públicos no son de todos los chilenos, independientemente de la coalición que ejerza el gobierno de turno?

La decadencia del espíritu público resonaba una y otra vez en mi cabeza al escuchar las palabras de nuestro ex mandatario. Fue esta decadencia la que me hizo recordar un ya olvidado caso ocurrido durante los últimos meses del gobierno de Frei y que encaja con la lógica del ex Presidente de no dejar peso alguno al próximo gobierno. Fue por medio de un conflicto generado en la empresa estatal Correos de Chile que se descubre en el año 2000 lo que sería conocido como el caso de las «indemnizaciones». Millonarias indemnizaciones fueron pagadas a diversos funcionarios de distintas empresas estatales por término de contrato. Dentro de las empresas afectadas están Ferrocarriles del Estado, la ENAP, Polla Chilena de Beneficencia y la ENAMI, entre otras. La sombra de Lavín y una posible derrota de Lagos angustió a muchos por la cierta posibilidad de perder los buenos empleos que el gobierno les proveía, por lo que optaron por cobrar jugosas indemnizaciones. Las más altas fueron las otorgadas en la Empresa Nacional del Petróleo (ENAP). Su ex gerente general, Álvaro García Álamos (padre del ex ministro secretario general de la Presidencia del gobierno de Lagos) fue indemnizado con 260 millones de pesos por 4 años y 9 meses de trabajo, mientras Marcelo Rodríguez, ex secretario general de la ENAP y ex vicepresidente del PDC, recibió solo 89 millones de pesos por 3 años y 9 meses en el cargo.

Es esta decadencia la que ha desprestigiado la actividad política durante varios años, decadencia que considero no existía en estos mismos políticos cuando la Concertación daba sus primeros pasos. Incentivados por poner término a lo que ellos consideraban la «dictadura», sus conductas poseían objetivos colectivos más que intereses personales o partidistas. Aun cuando no

comparto aquella visión de país que pregonaban y ejecutaban, tenían un proyecto y velaban por trabajar por él. En esos años comenzaban recién a palpar nuevamente, para muchos, el poder político y la permanencia en él jamás se había visto tan amenazada como hoy en día. Además, aquello que los unía permanecía presente y activo en la coyuntura política. La imagen PINOCHET los unió, los hizo aglomerarse y alinearse cada vez que en calle Zenteno los boinas negras ejercitaban algunas maniobras.

La seriedad, honestidad y disciplina parecieran ser atributos no solo escasos en nuestra clase política sino que en toda nuestra sociedad. Sin embargo, si existe un sector en el cual estos atributos debiesen prevalecer, y ser dignos ejemplos de seguir, es justamente en la actividad política, ya que a pesar de lo indiferente que para muchos puede ser, la política es la actividad por la cual todos nos vemos afectados de una u otra forma. Ejemplos de la falta de los mencionados atributos en los políticos de la Concertación se dan cada semana. Desde la falta de seriedad en el discurso presidencial, hasta la falta de honestidad de senadores, como el socialista Alejandro Navarro al realizar un simple *copy paste* para la presentación de un proyecto de ley, son manifestaciones de la decadencia del espíritu público en la Concertación.

Para la cuenta anual, que ya parecen más promesas anuales, del 21 de mayo de 2007, dentro de la larga lista de proyectos futuros señalados por la Presidenta Bachelet destacó la mención de la construcción de ocho nuevos hospitales a lo largo de todo el país. Solo bastaron unos días para que se supiera a través de los medios de comunicación que algunos de ellos no contaban con el servicio básico que provee un hospital, es decir, la hospitalización, ya que no disponían de las habitaciones ni camas correspondientes para proveerlo. Las autoridades no dudaron en defender su propia definición de lo que es un hospital, argumen-

tando que solo se trataba de un problema de semántica. No fueron pocos quienes bajo esa lógica hicieron referencia a que un hospital sin camas es como una escuela sin pupitres. Por esto, no sería extraño que para la próxima cuenta anual presidencial Chile triplique el número total de escuelas en el país. Eso sí, recomiendo que nos informemos antes del significado que el gobierno quiera darle a la palabra. Lo anterior creo que es un claro ejemplo, por lo menos, de la falta de seriedad por parte de las autoridades.

En el caso del senador Navarro, el texto utilizado en la presentación de un proyecto de ley para restringir el uso de la nanotecnología fue copiado literalmente de *Wikipedia* y de un estudio que bajó de internet. Esto puede no ser del todo reprochable, ya que el proyecto, con las modificaciones correspondientes que lo adecúen a la realidad nacional, en sí pudiese ser beneficioso para el país. Sin embargo, la fuente a la cual el senador acude no debe ser considerada como la más adecuada a la hora de presentar nada menos que un proyecto de ley. *Wikipedia* es una enciclopedia *online* que se construye gracias a la colaboración y aportes de los propios usuarios; personas que se encuentran a lo ancho y largo de todo el mundo. La palabra *wiki* proviene del hawaiano y su significado es *rápido*. Cualquier persona puede editar la información que allí se publica, lo que genera que *Wikipedia* funcione por medio del consenso de sus usuarios, llegando a obtener gran precisión en la información que provee a quienes la requieren. La herramienta, sin lugar a dudas, es interesante y muy útil como referencia o punto de partida para la profundización de algún tema, y no es de extrañar que al realizar una búsqueda de algún asunto en internet una de las primeras opciones que el buscador arroje como fuente de información sea *Wikipedia*. Puedo presumir que el senador solo tipió *nanotecnología* en *Google* y *Wikipedia* lo proveyó del resto. Lo incomprensible es que el se-

nador ni siquiera se dio la molestia de solicitar algún estudio acabado acerca del tema, ni consultó a experto alguno sobre tan técnico y especializado asunto. Más aún cuando cuenta con recursos monetarios, adicionales a su remuneración, destinados específicamente a esas necesidades. Falta seriedad, sin lugar a dudas.

Y esa falta de seriedad del senador Navarro se ve agravada por el no uso, para no presumir el mal uso, de los recursos que el propio Senado se había autorrepartido tras el término de los senadores designados.

¿Cuántos fueron los políticos de la Concertación que levantaban su voz para denunciar los supuestos enclaves autoritarios que eran los senadores designados y lo inútil y dañino que eran para la democracia? Sin embargo, tras su eliminación, tanto senadores de la Concertación como de la Alianza no dudaron en repartirse el dinero que los senadores designados gastaban en sus funciones, con el pretexto de destinarlos a nuevos usos, a estudios y asesorías relacionados con su gestión. Uno de ellos es el senador Navarro.

Todos los ejemplos antes mencionados reflejan la decadencia del espíritu público en parte de nuestra clase política, y digo en parte para evitar las injustas generalizaciones. Es esta decadencia un síntoma más de nuestra democracia demoscópica y un reflejo de su inestabilidad.

Esta decadencia se percibe claramente en la Concertación, coalición que cumplirá 20 años en el gobierno. Como mencioné anteriormente, la Concertación está enferma, tiene el cáncer de la corrupción, pero esta enfermedad no es la causa de su decadencia, sino, por el contrario, es su decadencia la que baja las defensas y permite el alojamiento de la enfermedad. La Concertación

no es la misma que aquella de principios de los 90, ha sufrido un cambio, una metamorfosis, como escribe el senador Allamand, que ha hecho que «*el espíritu de servicio que, al final del gobierno militar, inspiraba a la mayoría de los dirigentes de la Concertación*» sea hoy «*solo una reminiscencia nostálgica*». Se ha confundido «*la política con aquello que proclamaba Voltaire: El arte de servirse de los demás, haciéndoles creer que se les sirve a ellos*».

Esto último es lo que la Concertación ha sido capaz de dominar con maestría, y es la esencia misma de su decadencia. La Concertación pareciera estar ejercitándose en «todo vale», omitiendo cualquier principio o valor con tal de perpetuarse en el poder, con tal de seguir amamantándose de las regalías que la burocracia estatal le provee. Lo grave de todo esto es que no reconoce el cáncer que padece, no le es posible admitir sus males, sus dolencias, su errada actitud. Peor aún, los hechos que demuestran claramente sus problemas, que surgen precisamente de su decadencia, los endosa a otros, omite su responsabilidad, los tapa, esconde y oculta, increpando a sus adversarios como los culpables, como «agoreros del pesimismo», como «herederos de la dictadura», como los artífices de un sistema que verdaderamente es el culpable. Todo esto acompañado de un halo de indiscutible superioridad moral, de ser el bien único y absoluto para el país, de ser la insuperable opción para Chile, aquella que supuestamente da la apreciada gobernabilidad, mientras entre sus filas se apuñalan y se sacan los ojos cada vez que surgen discrepancias. La Concertación considera suyo el gobierno a partir de un sublime llamado de las entrañas mismas del pueblo, de la opinión pública, pretendiendo enarbolar una y otra vez el ya desgastado discurso de su defensa de la gente, discurso basado en su presunta defensa de los derechos humanos, pero cuya defensa no pasa más que de ser una repetitiva retórica que antaño le rindiera frutos. ¿De qué amenaza defiende la Concertación al pueblo?

¡Cómo deben lamentar no contar ya con Pinochet!, con su imagen, aquella que, al igual que en el cuento del lobo, les permitía vociferar vehementemente el riesgo que podría correr nuestra apreciada democracia. Trastornados de poder, sus advertencias no eran más que una mágica ilusión levantada y manipulada para seguir deleitándose con el sabroso y adictivo sabor que el poder provee, más aún cuando es a grandes trozos.

Es por todo lo anterior que hoy en día, más que nunca en nuestra política, es necesario restablecer valores y principios, mayor seriedad, honestidad y disciplina. Y es precisamente la carencia de estos atributos en la Concertación, la decadencia de su espíritu público, lo que la está conduciendo a su tumba, al fin de la Concertación.

El fracaso

Buscando acerca del origen de la palabra fracaso, encontré que esta es una palabra relativamente moderna en nuestra lengua. Solo después del descubrimiento de América es posible encontrarla en algunos textos. Esto se debe a que al fracaso solía llamársele de otras maneras. Su origen, de la palabra en italiano *fracassare*, tenía relación con la ruptura de algo en forma estrepitosa, la cual a su vez nace del verbo latino *quassare*, cuya conjugación en pasado poseía un significado resultante de algo que de tanto sacudir y agitar es finalmente destrozado, roto, arruinado, abatido. Según su historia etimológica, pasó al español para denominar el naufragio de un barco o de una flota. Fue así como *fracaso* se llamó al destrozo por la tempestad de la afamada Armada Invencible española (1588); y siguió significando fracasar el hecho de que un navío se rompiese contra los escollos. Fue después de varios años que pasó por vía de la metáfora a significar toda ruina y destrozo irrecuperable, caída de algo con estrépito y rompimiento.



Fotografía publicada por los medios de prensa durante protestas en contra del Transantiago, 2007.

Recojo el origen de la palabra por ser una útil herramienta metafórica para comprender la importancia de ella en el fin de la Concertación, el destrozo y la ruptura de la Concertación, su naufragio. Esta gran nave, titánica aglomeración de partidos políticos en su origen, ha sabido navegar por más de 17 años en el océano

político. Con habilidad, ha logrado sortear las más diversas tormentas políticas, manteniendo la nave unida y refortaleciéndola a pesar de las grandes agitaciones que la han convulsionado. Sin embargo, para ello, la Concertación requirió de un liderazgo que permitiera conducir la nave con experiencia, destreza y pericia. El éxito frente a cada uno de los desafíos hizo de la Concertación la más exitosa alianza política electoral en la historia de nuestro país, ganando todas y cada una de las elecciones a partir del 5 de octubre de 1988. Sin embargo, hoy en día la Concertación enfrenta la más cruenta tempestad que jamás haya vivido y las vigas que unen sus partes, su estructura, se encuentran desgastadas, corroídas, debilitadas, incluso, algunas, podridas. Parte de su tripulación se encuentra confundida por el rumbo que ha tomado la nave, su mando carece de liderazgo y autoridad, se ha formado un grupo que ha mostrado tendencias de amotinamiento por sus díscolas actitudes, incluso algunos, en silencio, y aparentando no hacerlo, han abandonado la nave con la intención de construir una más ligera o simplemente abordar otra.

No obstante las grandes agitaciones que está enfrentando la Concertación, en sus bodegas lleva pesados cofres atiborrados de tesoros con los cuales el capitán de turno puede apaciguar a la tripulación, sedarla con millonarias promesas que apelen a la codicia y a la ambición de algunos. Otros, no dudarán en levantar discursos que llamen a vaciar las bodegas, a gastar todos los tesoros antes de que el barco se hunda, a no dejar nada a otros. Es aquel discurso el que agrava y motiva a los miembros de la tripulación enfermos, corruptos, quienes en su desesperada y febril ambición no dudarán en hacerse de lo suyo, de sus pequeñas fortunas que les permitan abandonar el barco indemnizados por los largos años de servicio.

Pareciera que ya es tarde, no hay capacidad alguna de reaccionar o de enmendar el rumbo ante las inevitables tempestades, las cuales, de no tomar medidas drásticas, como echar por la borda a los amotinados y enfermos, terminarán por hacer *fracasar*, naufragar, a la colosal nave que es la Concertación.

Las mayores crisis o tormentas políticas que debió enfrentar la Concertación durante 17 años de gobierno siempre estuvieron enmarcadas bajo la figura de Pinochet, bajo su imagen. El «boinazo», los «ejercicios de enlace», la detención en Londres, todas fueron situaciones circunscritas dentro del mayor vínculo de unión de la Concertación: la figura de Augusto Pinochet. Fue tal vez la detención en Londres lo que generó los mayores roces internos dados por la posición oficial que el gobierno de Frei Ruiz-Tagle tuvo, aquella en defensa de la soberanía de Chile, pero jamás esas tormentas fueron capaces de generar una agitación que pusiera en riesgo la coalición y, por ende, un eventual naufragio de la Concertación. De esta forma, el fracaso no ha sido una palabra a la cual la Concertación esté muy acostumbrada, más bien solo han sido grandes dificultades las que ha enfrentado. Una de esas fueron los hechos de corrupción descubiertos a partir de los casos «coimas», «sobresueldos» y «MOP-GATE»; hubo fuertes rumores de que quien comandaba la Concertación pensaba incluso en abandonar sus funciones, pero fue gracias a la habilidad de él, y sobre todo a la de su segundo de a bordo, Insulza, que pudo sortear los problemas con la ayuda incluso de sus propios opositores.

Ricardo Lagos supo manejar su peor tormenta haciendo uso de toda su destreza política y no de aquella más sana. «Las redes del poder»[20] comenzaron a operar. El denominado «segun-

[20] Recojo la frase del libro *Las redes del poder*, Paula Afani. Editorial Maye, diciembre 2005, Santiago, Chile.

do piso» de La Moneda distaba bastante del actual «entrepiso». Las influencias y presiones al Poder Judicial fueron una herramienta efectiva para el gobierno de Lagos y pocos fueron los rastros de su operación. Uno de ellos fue un escrito de mayo del 2004 que presentara a la Corte Suprema la ministra Gloria Ana Chévesich, a cargo de la investigación del caso MOP-GATE, y llamada públicamente por el ministro de Justicia de Lagos, Luis Bates, despectivamente como la «señora MOP», donde hizo presente a sus superiores una «irregular» situación por la que había pasado, manifestando en parte lo siguiente:

- «*En el curso del mes de febrero de 2003, me visitó en el tribunal un conocido abogado de la plaza, no como abogado patrocinante o apoderado en la causa,* ***solicitándome a nombre del Presidente de la República*** *que le concediera la libertad a Carlos Cruz Lorenzen*».[21]

No solo por medio de presiones al Poder Judicial el gobierno de Lagos logró sortear la tempestad MOP-GATE, sino también utilizando todo el aparataje de poder que las diversas instituciones estatales, como el Consejo de Defensa del Estado (CDE), donde nombra a la señora Clara Szczaranski como presidenta, y el Servicio de Impuestos Internos (SII), le permitían ejercer. Cabe recordar que el SII decidió no adoptar medidas judiciales en el caso sobresueldos, ya que estimó que aquellas rentas percibidas por los funcionarios no eran tributables, por lo que dicho organismo se desistía de la posibilidad de querellarse en contra de cualquier funcionario del gobierno de Lagos que hubiese recibido sobresueldos.

Después vendría el Caso Riggs, lo que les permitió dirigir la atención nuevamente a aquello que siempre mantenía unida a

[21] *Las redes del poder*, p. 51, Paula Afani. Editorial Maye, diciembre 2005, Santiago, Chile.

la nave concertacionista, la imagen PINOCHET, y seguir utilizando al SII y al CDE para perseguir la supuesta corrupción de la «dictadura», mientras lavaban, gracias al olvido colectivo, la propia.

Hoy en día el escenario es otro, la señora Szczaranski ya no preside el CDE, el SII también cambió de director y sus nombramientos parecieran no haber obedecido a los cálculos de influencia política característicos de la era Lagos. Es justamente la carencia de la actual administración de Michelle Bachelet por levantar redes de poder, lo cual aplaudo, sumado a una gran inexperiencia política, lo que ha agravado la situación que hoy en día sufre la Concertación.

Si hubiera que mencionar un gobierno de la Concertación que mayores dificultades haya debido enfrentar, verdaderas tormentas políticas, durante su primer año de gobierno, este es el de Michelle Bachelet. Ni siquiera el primer año del gobierno de Aylwin fue tan dificultoso, bueno, aquello que unía a la joven Concertación de aquel entonces estaba muy presente, y nada menos que en la comandancia en jefe del Ejército.

El escenario por el cual atraviesa la Concertación desde los primeros meses del gobierno de Bachelet ha sido de permanente conflicto y descoordinaciones políticas. Como dije anteriormente, su gobierno es el primero de la Concertación cuya candidatura y elección presidencial nace única y exclusivamente a partir de los sondeos de opinión, las encuestas. Ello termina por demostrar el riesgo que implica la generación de ese tipo de candidaturas presidenciales. Su gobierno se ha visto, en parte por errores de sus propios funcionarios, entrampado en uno tras otro problema o crisis. Estos conflictos no solo han implicado la política interna, sino que se han extrapolado a nuestras relaciones in-

ternacionales, afectando, como vimos, la intachable imagen internacional de los anteriores gobiernos concertacionistas.

El año 2006 estuvo marcado por las protestas estudiantiles, que poco a poco fueron tomando relevancia, apoyadas por el escándalo que la violencia genera en los medios de comunicación de masas y el presunto beneplácito de una ciudadanía, manifestada en las encuestas, que encontraba justas las demandas de los «chiquillos». Pura democracia demoscópica.

La incapacidad del gobierno en anticiparse al problema y el deficiente manejo del mismo derivó en el primer cambio de gabinete, no sin antes manifestarse un reproche público por parte de la Presidenta a todo su equipo de trabajo, reproche que estampó en su conocido decálogo. Era la primera vez que un Presidente de la Concertación regañaba pública, y no privadamente, a sus ministros de Estado. Sin lugar a dudas, el objetivo mediático de tal gesto era el intento por transmitir aquello que muchos le criticaban: carecer de autoridad. Lo curioso del reproche fue que los cargos ministeriales son nombrados exclusivamente por el Presidente de la República, por lo que los malos resultados del gabinete responden también a una mala elección de este.

No obstante, el segundo punto del entonces decálogo de Bachelet creo que sigue perfectamente vigente:

- «*...hay que asumir a tiempo, con celeridad y eficiencia, los problemas, porque cuando una autoridad no asume en el momento oportuno una dificultad, esta se le puede escapar de las manos (...) Esa no es la forma correcta de actuar. Este gobierno tiene suficientes problemas que afrontar como para agregarles otros por errores o ineptitud*»,[22] sentenció la Presidenta.

---

[22] www.lanacion.cl, 6 de junio de 2006.

Como vimos, los problemas políticos no solo abarcaron el frente interno sino también las relaciones internacionales. La indecisión presidencial con respecto a si Chile apoyaba o no al gobierno de Hugo Chávez para integrar un escaño como miembro no permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU generó turbulencias tanto internas como externas.

La vacilación a la hora de la toma de decisiones en el gobierno de Bachelet también se manifestó en el nombramiento del contralor general de la república, que por un año, uno de los cargos fundamentales para una correcta institucionalidad del país, estuvo a cargo de un interino. Para el gobierno, nombrar cargos le ha resultado una tarea difícil. Además de los dos cambios de gabinete en menos de un año, se suman situaciones como las vividas en el cuestionado Chiledeportes. Tras la salida de Catalina Depassier de la dirección de dicha entidad, el organismo quedó a la espera de que alguien asumiera el cargo. Después de meses de la partida de Depassier, el gobierno nombró a Ana Loreto Ditzel, con el consentimiento del ministro del Interior, Belisario Velasco. Sin embargo, la nueva directora solo logró permanecer tres días en el cargo, luego de que se hiciera pública su presunta participación en el llamado «Caso Montaje». Tras el nuevo desacierto, el cargo quedó nuevamente vacante por más de dos meses, hasta que por fin fuera nombrado Ricardo Vorpahl, quien solo duró un poco más de dos meses para ser reemplazado por el ex futbolista Jaime Pizarro.

El desgobierno también encuentra cabida al momento de la formulación de las leyes. El sistema presidencialista de nuestro país hace que sea el Ejecutivo quien establezca la agenda legislativa. Sin embargo, aun cuando la Concertación posee mayoría en el Congreso, las leyes que presenta el gobierno terminan siendo rechazadas con votos de parlamentarios de la propia Concerta-

ción. Los «amotinados» son conocidos como los «díscolos», quienes en más de una ocasión han demostrado la incapacidad del mando concertacionista para poner orden o dirigir el rumbo de la nave. El proyecto de «depreciación acelerada» y, en menor medida, la «ley de responsabilidad juvenil» fueron claros ejemplos de ello. Todas estas situaciones reflejan la agitación por la cual está pasando la Concertación, que de continuar incrementándose arriesga la ruptura, el fracaso de esta coalición política, el fin de la Concertación.

Entre uno de aquellos innumerables libros de citas y refranes, encontré una frase anónima que creo explica en gran parte el actuar de algunos políticos de nuestro país, sobre todo los concertacionistas, la cual dice:

- «*La mayor parte de los fracasos nos vienen por querer adelantar la hora de los éxitos*».

Es precisamente en la política donde somos testigos de cómo, con tal de cortar algunas cintas tricolores, aparecer profusamente en los medios y levantar una oratoria de autocomplaciente éxito –en especial en temporada de elecciones–, los supuestos logros de los gobernantes artificialmente se adelantan para cosechar la correspondiente publicidad. Bendita demagogia, dirán algunos.

El ex Presidente Lagos recurrentemente pregonaba y celebraba los presuntos logros de sus obras cuando muchas de estas solo se encontraban, con suerte, escritas en papel. ¿Quiénes no recuerdan los primeros comerciales televisivos del entonces proyecto Transantiago, donde elegantes y corteses conductores de buses daban la bienvenida a sus nuevas y cómodas máquinas que les

cambiarían la vida a los capitalinos? ¡Y vaya que les cambió la vida!

Pareciera ser que la lógica del político concertacionista se enmarca dentro de una visión de corto plazo -en la Alianza también hay varios de esos- y en la apuesta del «olvido colectivo» a nuestra mala memoria. Esta condición de nuestra sociedad -el olvido de las cosas- la Concertación la tiene presente día a día. Pareciera estar consciente de que el olvido es su mejor aliado, sin importar qué tan escandaloso, desvergonzado, inmoral, deshonesto o burdo pueda ser un hecho, una «irregularidad», el paso del tiempo, junto con las correspondientes distracciones necesarias, bastará para partir de foja cero, como si nada hubiese ocurrido. Sabe que aquello que puede perjudicarle pasará pronto al olvido y lo que provecho le brinda lo debe recordar permanentemente, por siempre. Eternamente recordarán su presunta participación en contra de la «dictadura», pero jamás recordarán la legitimación que hicieran de la violencia como medio para la obtención del poder (Chillán, 1966). ¡Ni perdón ni olvido!, suelen vociferar muchos dentro de los sectores más de izquierda.

Es esta incapacidad chilena por retener el pasado en nuestra memoria colectiva lo que produce que un político fracasado, incompetente, negligente o, para mantener el vocablo oficialista, «irregular», con el paso del tiempo se transforme solo en un político más, incluso con mayores posibilidades electorales que un ciudadano intachable pero recién aparecido en la arena política. Las situaciones vividas por el diputado Guido Girardi así lo demuestran: tras ser acusado en reiteradas ocasiones de «irregularidades», a la hora de los comicios el electorado continúa otorgándole sus votos. ¿Explicación? Presumo olvido.

Es justamente esta incapacidad la que le ha permitido a la Concertación nombrar al mismo círculo de personas en los diversos puestos gubernamentales. Embajadas, consulados, directorios de empresas estatales, subsecretarías, etc., han sido puestos por los cuales numerosos concertacionistas se han alternado durante 17 años. «*Nadie se repetirá el plato*», dijo la entonces candidata Bachelet. Palabras innecesarias, ya que para ello requerimos de memoria.

A diferencia de los fracasos que se producen en el sector privado, los fracasos en el sector público, generados mayoritariamente por fracasos políticos, tienen una repercusión amplificada a toda o gran parte de la comunidad. Los fracasos políticos pueden derivar en crisis de grandes proporciones, cuyas únicas soluciones terminan por ser actos extremos. El fracaso político del gobierno de Allende repercutió en todo el país y de no haber actuado las Fuerzas Armadas el resultado hubiese sido aún más desastroso. Citando nuevamente al ex Presidente Aylwin: «*... la acción de las Fuerzas Armadas simplemente se anticipó a ese riesgo para salvar al país de caer en una guerra civil o en una tiranía comunista*».

El más reciente fracaso, el que mayores efectos tendrá en la historia de la Concertación, es el mencionado plan Transantiago. Más allá de las deficiencias técnicas y sus errores de planificación que ya todos conocemos, dada la naturaleza del proyecto, la puesta en marcha de tan ambiciosa renovación del transporte público obedeció primordialmente a una decisión política más que a parámetros técnicos. Decisión política errada, sin lugar dudas, pero no debe extrañarnos lo errático que pueden ser las decisiones políticas en una democracia demoscópica cuando justamente quien gobierna carece de experiencia política.

La búsqueda de un presunto éxito anticipado condujo a un fracaso de grandes proporciones. Prueba de esto son las declaraciones de Aldo Signorelli, ex coordinador interministerial del plan Transantiago, quien renunciara a su cargo en abril del 2005 ante, según sus palabras: «*la insistencia del gobierno de Ricardo Lagos de inaugurar el plan antes de que terminara su mandato, a pesar de que no estaba listo*».[23]

Si buscamos la definición realizada por las autoridades acerca de lo que es el Transantiago, encontramos lo siguiente: «*Transantiago es una revolucionaria transformación, única en el mundo, que busca modernizar y mejorar la calidad de vida de sus habitantes, promoviendo el uso del transporte público, facilitando su uso y mejorando el nivel de servicio...* (...) *De esta manera se busca también disminuir el consumo de combustible y la emisión de gases y partículas que genera el parque automotor particular y así contribuir a la descontaminación de la ciudad*».[24]

Ante los hechos, sin lugar a dudas el Transantiago fue una revolucionaria transformación, y única en el mundo, pero los fines distan mucho de la modernización, la mejora en la calidad de vida, promover el transporte público y mejorar el nivel de servicio. Su definición oficial pareciera ser una burla, más aún cuando las autoridades siguen manteniendo esta definición en sus documentos oficiales.

¿Por qué no le hice caso a mi instinto?, se debe preguntar la Presidenta cada vez que piensa en no haber postergado la puesta en marcha del Transantiago, ya que este se ha transformado en la peor crisis de los gobiernos de la Concertación. Pero a diferencia de las anteriores, esta ha involucrado directamente a

---

[23] Fuente: Diario *El Mercurio*, 20 de mayo de 2007.

[24] Fuente: www.transantiagoinforma.cl

millones de personas en su cotidianidad, en su día a día, en la ya precaria calidad de vida que es posible tener en una ciudad como Santiago, por lo que mientras perdure la situación, el «factor olvido», que tanto agradece la Concertación, no puede operar, a pesar de los intentos del gobierno por recurrir a dicho factor. Estos intentos incluyen la desaparición de la palabra Transantiago del vocabulario oficialista, pasando a ser algo innombrable, transformándola, según los dichos de la propia Presidenta –eso sí en idioma inglés–: «*Transantiago is a very bad word*», es decir, «*Transantiago es una muy mala palabra*».[25] Tal vez por ello la Presidenta la omitió en todo su mensaje del 21 de mayo de 2007. ¿Pensará el gobierno que no mencionando la palabra Transantiago el «factor olvido» podrá operar de mejor manera? No debiese extrañarnos entonces presenciar luego el rebautizo de nuestro sistema de transporte público. Dejo a la imaginación del lector los futuros nombres con los que la autoridad pretenderá «lavarnos el cerebro».

Sin embargo, tengo la impresión de que esta vez las personas no olvidarán la «humillación» que han vivido y siguen viviendo todos los santos días. Tal vez cuando el transporte público a lo menos provea una calidad similar al anterior sistema, a las ahora añoradas micros amarillas, el gobierno podrá lanzar sus fuegos de artificio capaces de distraer la atención y olvidar el pasado. Intentará rebautizar, recolorear y así generar el apreciado «olvido» –incluyendo amenazas de vida a la Presidenta– sobre toda la denigración vivida. Sin embargo, para que tenga éxito en su cometido, la Concertación debe estar firme, unida, sólida, con una dirección y un liderazgo fuertes, aquello de lo cual, en momentos en que más lo necesita, carece, por lo que la «innombrable

[25] Declaraciones de la Presidenta Michelle Bachelet durante su gira oficial a Noruega en 2007.

palabra» solo ayudará a terminar de hundir a la Concertación, a su fin.

Estudios del Instituto Libertad demuestran que el uso del transporte público es inversamente proporcional al ingreso familiar, vale decir, mientras menor es el ingreso familiar, mayor es el uso del transporte público en la familia. Aquello posee bastante sentido, ya que las familias de mayores ingresos tienen acceso a lo menos a un vehículo particular para suplir en parte las necesidades familiares de transporte.

De esta forma, el fracaso del Transantiago no tiene prácticamente efecto alguno en las familias de mayores ingresos, aquellos que tienen un Audi por ejemplo, pero sí un efecto negativo significativo en las familias más pobres, justamente aquellos por los cuales la Concertación dice luchar. Los más pobres han sido el eje primordial de toda oratoria electoral de la Concertación, la cual no duda en increpar a los empresarios, a la derecha y hasta al mercado –cruel para algunos– como feroces explotadores de la clase trabajadora. A los empresarios los sindican como abusivos, prepotentes, altaneros y opresores del humilde. Los «chupasangre» para el senador Escalona. Sin embargo, cuando se trata de ejecutar, de hacer realidad aquello que tan bien pregonan, de mejorar la calidad de vida de los más pobres, terminan por entregar liliputienses casas, construir departamentos que se inundan tras cualquier lluvia, proveer de una precaria salud y conferir una analfabeta educación. Así lo demostró el resultado de la última prueba SIMCE 2006, la cual estableció que el 40% de los alumnos de cuarto año básico (niños de 9 a 10 años de edad) poseen el nivel de clasificación más bajo que se puede obtener en lectura, es decir, niños que están aprendiendo a leer frases breves o cuya comprensión de lo que leen es fluctuante.[26] Dicho de otro modo,

[26] Fuente: www.simce.cl

simplemente no entienden lo que leen. Esta información no debiese sorprendernos, ya que la comprensión de lectura entre los adultos chilenos no es mucho mejor.

Con el Transantiago ahora es el transporte público el afectado. El sistema antiguo, con sus fallas incluidas, proveía de un servicio satisfactorio a los más pobres, les permitía movilizarse eficazmente hacia sus trabajos sin mayores trastornos. No era lo óptimo, sin lugar a dudas, y todos estaban de acuerdo en modificarlo, siempre y cuando fuese para mejor. De igual forma, nadie puede negar que la educación subvencionada en Chile no es la óptima, pero de modificarla hagámoslo por una cosa mejor. Algo se debería aprender del Transantiago, ¿no?

- «*El Transantiago es la peor experiencia en este país en materia de políticas públicas y también con la participación del sector privado. Es una medida mal tomada, mal estructurada, mal organizada y mal calculada, y se convirtió en el peor error, no solo del gobierno de Michelle Bachelet, sino de todos los gobiernos de la Concertación*», aseguró uno de los políticos con mayor experiencia pública de la Concertación, Andrés Zaldívar.

Pero sus palabras fueron más allá, en una entrevista exhibida en el programa *Días en la Semana*, de *Más Canal 22*, el ex secretario de Estado dijo que existe un «*panorama complicado para el país, ya que un hecho de tanta trascendencia como el Transantiago está poniendo en jaque al gobierno en su conjunto y puede provocar el término de los gobiernos de la Concertación*».

La posibilidad del fin de la Concertación es cada vez más una situación que los propios concertacionistas ven como una realidad. La nave va a naufragar, pero no es previsible el caos que

ello podría generar, cuyo costo, para el lamento de todos nosotros, podría traducirse en un despilfarro de recursos tendientes a evitar lo inevitable.

A tres meses de la partida oficial del Transantiago, el sistema demostró su total fracaso. La primera demostración se manifestó durante el fin de semana del 12 de mayo de 2007, donde gran parte de la línea 1 del Metro, aquella que cruza de oriente a poniente la capital, debió ser cerrada producto de un inusual desperfecto, el cual se repetiría en el tiempo. Las autoridades del Metro justificaron el cierre producto de una falla que solo ocurre cada cuatro años, pero no pasaron más de 48 horas para que otro desperfecto, esta vez en uno de los carros recientemente adquiridos, presentara una avería. Como todo día lunes, miles de personas se trasladaban a sus respectivos trabajos cuando las puertas del carro nuevo no abrieron cerca de las 8:20 de la mañana. El caos de miles de personas emergiendo desde el metro en búsqueda de locomoción terrestre colapsó el ya frágil sistema de buses del Transantiago. Las personas no tuvieron otra opción que caminar, la masa humana tomaba rumbo al oriente por la Alameda, que esta vez no eran «grandes alamedas» sino pequeñas para el gran número de personas que caminaban por ella.

Las veredas y aceras no eran capaces de contener los miles de caminantes, por lo que la calle se vio bloqueada por la espontánea caminata, produciendo un atochamiento vehicular de enormes proporciones. Los caminantes no eran gaznápiros[27]estudiantes o el denominado «lumpen» delictual, sino solo gente de esfuerzo y trabajo que ya no toleraba las ineptitudes de las auto-

---

[27] Usó la palabra con el objeto de promover la iniciativa de adopción de palabras por parte de algunos parlamentarios, cuyo objeto es enriquecer el léxico nacional. Gaznápiro, palabra adoptada por el senador Coloma, significa: Palurdo, simplón, torpe, que se queda embobado con cualquier cosa. Diccionario RAE, vigésima segunda edición.

ridades para solucionar el fracaso del Transantiago. Cansados, humillados e impotentes ante las circunstancias, su espontánea protesta por la Alameda fue disuelta por personal de Carabineros y sus lacrimógenos gases. Me imagino cómo hubiesen vociferado a cuanta cámara de televisión tuvieran a su disposición algunos políticos de izquierda si aquella situación se hubiese producido durante el gobierno militar. Pero en democracia aquel actuar de Carabineros no es «reprimir al pueblo», sino solo restablecer el orden.

Lo anterior fue considerado como la primera protesta formal y espontánea de la ciudadanía en contra del Transantiago. No fue un acto previamente acordado por nadie, fue simplemente la reacción natural de una masa de personas que, fustigadas por el pésimo trato recibido y cansadas de las palabrerías de la autoridad, manifestaron –bastante pacíficamente– su molestia. Bastó aquella manifestación ciudadana para que miembros de la Alianza declararan sin mayores reparos su temor acerca de un *«posible estallido social»*. Sus palabras no pasaban de ser más que una alharaca advertencia que desconoce la naturaleza pasiva de la gran mayoría de los chilenos, quienes, antes de optar por la violencia, preferirán usar el pésimo servicio sin pagar por este, aprovechando las facilidades que el sistema da para la evasión. Costumbre difícil de desarraigar a la hora de querer normalizar el sistema.

Lo cierto es que el Transantiago desde sus inicios se ha transformado en la peor crisis vivida por la Concertación y la agitación que genera podría despedazar las débiles partes que unen la alicaída coalición política. Más aún cuando el Transantiago es la primera crisis de proporciones sin la presencia de la imagen PINOCHET, es la primera gran crisis donde el factor de unión primario, por su génesis, se encuentra seriamente debilitado o inexis-

tente. Además, a diferencia de la mayoría de las anteriores crisis que la Concertación debió enfrentar, todas relacionadas directa o indirectamente con la imagen PINOCHET, el Transantiago derivó en una autoinferida herida a la cual le debe buscar culpables. Es por esta razón que no debe extrañarnos escuchar a las autoridades atribuir culpabilidad a terceros. Los empresarios, el sector privado, Sonda, los bancos, todos han sido sindicados, en mayor o menor grado, como culpables del fracaso, cuando en realidad el Transantiago fue un proyecto de exclusiva responsabilidad, en su planificación, implementación y, algo poco mencionado, control, de los gobiernos de la Concertación. Pero poco de esto hicieron, basta con mencionar que para su puesta en marcha la Presidenta optó por tomar sus correspondientes vacaciones en lugar de, a lo menos, demostrar su total compromiso con el buen cumplimiento de «*la más revolucionaria transformación, única en el mundo, que buscaba modernizar y mejorar la calidad de vida de los habitantes de Santiago*». Todos somos merecedores de unas justas vacaciones tras largos meses de arduo trabajo; sin embargo, no todos poseemos sobre los hombros la responsabilidad de que millones de personas vean afectadas sus vidas.

Para muchos, no concertacionistas por cierto, el problema del Transantiago es que es un proyecto del socialismo de la vieja escuela, de aquellos centralmente planificados, sacado palabra por palabra del *Libro Rojo* de Mao, al que hace sarcástica referencia el elocuente presidente de RN, Carlos Larraín . El estudio y el análisis de su diseño ni siquiera contó con la asesoría de alguna comisión parlamentaria, menos de los municipios, quienes cuentan con la mejor, y más actualizada, información comunal. Tras su implementación se supo que su diseño se basó en estudios de varios años atrás, cuya información era obsoleta. Es por todo lo anterior que sus resultados eran posibles de prever, o intuir. Bastaba con hacer una investigación un poco más profunda que los

comerciales publicitarios que mostraban a Zamorano promocionando el sistema.

El Transantiago puede generar la agitación final para el naufragio de la Concertación y eso lo ven con mayor lucidez los analistas. Un ejemplo, que también alude a una metáfora naviera, tema etimológico de la palabra fracaso, fue la columna, del día 13 de mayo de 2007 en el diario *La Tercera*, del politólogo Patricio Navia, quien titula:

- «*Sálvese quien pueda*».

Tras observaciones previas, el columnista concluye su análisis con la siguiente frase:

- «*La mejor forma de evitar que los políticos (concertacionistas) se sumen a la lógica del sálvese quien pueda es fortaleciendo el barco de la institucionalidad democrática. De lo contrario, además de inútiles, los llamados al orden solo profundizarán la crisis de gobernabilidad*».

Para una cabal comprensión de su análisis recomiendo la total lectura de la mencionada columna, pero rescato sus palabras por la metáfora que utiliza: «Sálvese quien pueda». Este titánico acorazado que era la Concertación pareciera estar naufragando o fracasando. Sus miembros, como dice Navia, visualizan el inevitable hundimiento, por lo que no dudan en anteponer sus propios intereses para salvar el pellejo antes que trabajar en reconstruir o fortalecer la «*institucionalidad democrática*».

El proyecto de 290 millones de dólares de financiamiento para el Transantiago, presentado en junio de 2007 por el gobierno, fue un claro ejemplo de la agitación que genera el nuevo plan

de transporte público. Tras ser aprobado por la Cámara de Diputados, sin considerar las modificaciones hechas por la Alianza para el control y rendición de cuentas de los recursos, los senadores concertacionistas Ominami y Frei solicitaron la inclusión de indicaciones al proyecto que apuntaban al mismo objetivo que pretendía la oposición: la rendición de cuentas de los recursos. Como resultado de la actitud de los senadores, no fueron pocos quienes los increparon por no aprobar sin objeciones el proyecto, declarando amargas predicciones si el proyecto naufragaba –fracasaba–. Uno de ellos fue el diputado socialista Fulvio Rossi, quien dijo:

- «*Si este proyecto se pierde, se acaba el gobierno. Si fracasa el Transantiago, perdemos las elecciones sin duda alguna, aunque tengamos la mejor reforma previsional, la mejor reforma educacional o sigamos disminuyendo la pobreza, como mostró la encuesta Casen*».

El proyecto fue finalmente aprobado por todos los senadores de la Concertación, salvo uno, Adolfo Zaldívar. Pero aquello que fue percibido como un gran triunfo por el oficialismo solo es una demostración más del complejo momento por el que atraviesa el gobierno.

Son estas situaciones las que hacen pensar que, al igual que el capitán de la película *Titanic*, la Presidenta Bachelet se ha visto, y se verá, sobrepasada por las circunstancias que han derivado de un problema tras otro y por las responsabilidades del cargo. No dudo en sus buenas intenciones para solucionar la ingobernabilidad reinante, pero intenciones, o instintos, no serán suficientes para sacar a flote lo ya hundido. Lo único que logrará es quedar sola dentro de la cabina de mando, a la espera de que el torrente de gélidas aguas explote sobre ella sin nada más que

hacer. Esta irrevocable situación ya ha sido percibida por parte de algunos.

En mayo de 2007 la dupla conformada por el senador Fernando Flores y el ex diputado Jorge Schaulsohn presentó al país un nuevo referente político llamado «Chile Primero». En solo meses fueron capaces de entrar a astilleros para comenzar a construir otra nave política, con otras bases, otros vínculos, otra tripulación (no enferma) y otro mando.

Ellos fueron los primeros concertacionistas en declarar públicamente la enfermedad de la Concertación, la corrupción, debiendo asumir, tal vez premeditadamente, la furia de su partido concertacionista, el PPD, a través de la expulsión. Hoy en día ambos surgen como líderes de un nuevo movimiento que sale a flote, lejanos de la tormenta que vive la nave de la que se suponía ellos formaban parte, pero que sin lugar a dudas también creen que naufragará. La creación de Chile Primero es la evidencia empírica de que estamos inevitablemente ante la presencia del fin de la Concertación, su fracaso, su naufragio.

El factor Chile Primero



Logotipo del movimiento Chile Primero creado por Fernando Flores y Jorge Schaulsohn.

«Sin miopía, sin excusas, sin carrileos. Con foco, con intención, con seriedad, con cariño, Chile Primero».[28] Así reza el comienzo del manifiesto publicado en la página *web* del nuevo referente, como así se autodenomina el movimiento impulsado por el ex PPD y ex diputado Jorge Schaulsohn y el senador Fernando Flores. El primero, uno de los fundadores de la Concertación, expulsado hace solo meses del partido, es el coordinador general del movimiento, mientras que el segundo, ex ministro de la UP y actual senador, a diferencia de Schaulsohn, renunció al PPD, es hoy el presidente de Chile Primero.

Para el estreno en sociedad del primer movimiento político con grandes aires de futuro partido, instaurado por connotados líderes y antiguos fundadores de la Concertación, no se escatimó en levantar ácidas críticas tanto a esa coalición como a la opositora Alianza. La idea parecía ser que Chile Primero surgiera ante los medios de comunicación y, por ende, para la opinión pública, como la síntesis de los dos principales conglomerados políticos chilenos. En tan solo meses, desde la afamada «ideología de la corrupción» declarada por Schaulsohn a fines de 2006, hasta mayo de 2007, les fue posible levantar las bases para construir

28 www.chileprimero.cl

una pieza política que podría jugar un papel clave en el corto plazo.

Para una mejor comprensión del potencial partido político Chile Primero, es necesario conocer en parte la historia de sus fundadores, quienes han sido los primeros en abandonar la nave llamada Concertación para construir su propia embarcación.

Fernando Flores Labra puede ser considerado como un personaje simbólico dentro de la metamorfosis sufrida por parte de la izquierda desde 1973 a la fecha. Fue ministro de Economía, de Hacienda y secretario general de la Presidencia del gobierno de la UP. No olvidemos los famosos «enroques» ministeriales de Allende. El senador Flores suele destacar de aquellos años su participación en el proyecto nacional llamado Cybersyn, el cual intentaba utilizar la tecnología disponible de aquel entonces para crear una herramienta que mejorara el control y la gestión de las empresas del Estado, es decir, de todas las empresas del país, ya que se pretendía la estatización de todo. El proyecto consistía en la construcción de una sala con siete sillones cuyos diseños recuerdan las primeras versiones de la antigua serie de TV «Viaje a las Estrellas». Todos los sillones se enfrentaban unos con otros formando un círculo y cada uno de ellos contaba con un sinnúmero de botones y perillas para activar y desactivar sus funciones. A aquella sala llegaría toda la información de las empresas del Estado en «tiempo real», centralizándose las decisiones de todas las empresas y organismos del Estado. La tecnología haría posible el máximo sueño socialista de Allende. Sin embargo, como todo proyecto de la UP, jamás se llevó a cabo y conocidos son los resultados de la gestión de las empresas del Estado por parte de la UP. Tras el 11 de septiembre de 1973, y luego de permanecer detenido tres años, el interés de Fernando Flores por las comunicaciones y la tecnología se incrementó. Se radicó en Estados

Unidos y su paso por universidades como Stanford y Berkeley seguramente marcaron su pensamiento, así como también le permitió apreciar el repudiado sistema norteamericano que tanto despreciaba Allende. Sus conocimientos lo llevaron a desarrollar una destacada carrera profesional en el ámbito privado, como consultor de importantes empresas. Fue solo para las elecciones parlamentarias del año 2001 que decide entrar a la arena política, presentándose como candidato a senador por la nortina circunscripción de Tarapacá, donde a pesar de no ser alguien muy conocido en la zona, logró salir electo con un 27% de los votos.

Como miembro del PPD, no fueron pocas las veces que quiso darle un giro al partido para intentar renovarlo y alinearlo con la dinámica actual, fuertemente influida por los cambios tecnológicos y comunicacionales. Sus intentos fueron en vano y tras la expulsión de Jorge Schaulsohn del PPD y una polémica infidencia revelada en el programa de televisión *Tolerancia Cero*, renuncia al PPD. Flores ha tenido la habilidad de transmitir una imagen de político serio, alineado permanentemente con las innovaciones tecnológicas y las influencias sociales que generan. Tampoco ha escondido sus ambiciones presidenciales, levantando una prematura precandidatura hace algunos años.

Por su parte, Jorge Schaulsohn, abogado de profesión, al igual que Flores, también profundizó sus estudios en los Estados Unidos, en New York University. Ha tenido una mayor exposición política desde antes del plebiscito de 1988, siendo uno de los fundadores del PPD y de la Concertación. Electo diputado en dos períodos, 1990 a 1998, sus constantes ataques al entonces general Augusto Pinochet le significaron un merecido zamarreo y leve coscorrón en los pasillos del Congreso por parte del diputado Iván Moreira. Tras desaparecer un tiempo de la arena pública, su intento de reinserción en la política se vio frustrado tras perder la

elección de alcalde del año 2004 por la comuna de Santiago frente a Raúl Alcaíno. Su gran reaparición mediática la hizo a fines del año 2006, con su conocida «ideología de la corrupción» y posterior expulsión del partido que fundara, el PPD. Desde hace algunos años comparte una oficina de abogados con el senador Andrés Allamand, con presencia en Chile y en los Estados Unidos.

Tanto Flores como Schaulsohn han declarado que Chile Primero no es parte de la Concertación, algo lógico si concordamos en el pronto fin de ella; pero tampoco se declaran cercanos a la Alianza. Sin embargo, no dudan en llamar a todo quien se encuentre decepcionado de ambas y haya participado en ellas a formar parte del nuevo movimiento político. Es desde esta lógica que el movimiento no descarta un futuro apoyo a candidatos de ambos sectores para las próximas elecciones municipales de 2008 e incluso llevar su propio abanderado para las siguientes elecciones presidenciales de 2009.

Cabe destacar que a pesar del buen despliegue mediático que tuvo su inauguración y lo ampliamente anunciado por parte de sus creadores, el movimiento fue prácticamente ignorado por la mayoría de la clase política, tanto por parte de la Concertación como de la Alianza. Como queriendo tomar distancia de esta osadía de Flores y Schaulsohn, tanto la derecha como la izquierda han preferido ignorarlos, con el premeditado objetivo de no darle mayor relevancia, por lo menos públicamente.

Sin lugar a dudas, su creación marca un hito en la historia de la Concertación, un punto de inflexión que aún no es ponderado con la importancia que merece, ya que marca los primeros inicios de una reestructuración del escenario político en donde la Concertación, como nos es conocida hasta hoy en día, dejará de existir.

Hace un tiempo, ¿quién hubiese dicho que dos connotados concertacionistas se alejarían de uno de los partidos bases de la Concertación para levantar un movimiento ajeno a la coalición de gobierno que invitara a participar de él no solo a personas desilusionadas, o «desafectadas», de la Concertación, sino también a personas simpatizantes de los partidos opositores al gobierno, la Alianza por Chile, la derecha para la Concertación?

> – «*Nosotros nos planteamos como un referente que quiere trascender a la Alianza y a la Concertación, un espacio distinto y nuevo de integración de chilenos que hasta ahora, a lo mejor por falta de opciones, han estado en bandos opuestos en circunstancias que podrían perfectamente convivir y trabajar juntos por el bien del país*».

Fueron estas las palabras de Jorge Schaulsohn a los medios de prensa, las cuales pueden sonar a *la izquierda y la derecha unidas, jamás serán vencidas*. Es decir, en palabras más formales, un movimiento transversal distinto a los dos bloques que dominan hoy la política chilena. De esta forma, Chile Primero pasa a ser la primera evidencia empírica del hundimiento de la Concertación. Flores y Schaulsohn tomaron el primer bote salvavidas que encontraron, el más grande, para escapar del titánico hundimiento de la Concertación. Con esta metáfora no quiero inducir al lector a pensar de cierta cobardía en dicho acto, por el contrario, ambos han tenido la inteligencia de percatarse de que el buque que es la Concertación carece de autoridad y liderazgo y nada que hagan puede cambiar esta situación, por lo que la decisión de abandonar el barco para construir uno nuevo, y ser ellos los capitanes, no es más que un proceso natural para la sobrevivencia política.

Muchos pueden considerar que Chile Primero solo es un alborotado intento por atraer poder, ya que una cosa es lo que Flores y Schaulsohn pueden plantear por televisión y en el papel y otra es la real capacidad de organización y de ejecución que tenga el movimiento. Dadas las circunstancias actuales, no son pocas las personas que pueden verse atraídas por la oratoria de Chile Primero, y no me refiero solo a aquellos desencantados de la Concertación o, en menor proporción, de la Alianza, sino a esa masa políticamente inerte representada por los más de dos millones de personas no inscritas en los registros electorales y que representan más del 20% de la población políticamente activa.[29] Según las palabras del propio Flores, los fundadores del movimiento «*estamos descontentos respecto de cómo se está desarrollando la política*», junto con estimar que el país «*ha perdido el norte*». «*El problema no es de este gobierno, es un problema más hondo, los chilenos de alguna manera perdimos el camino que teníamos en los 90*», mencionaba el senador.

El temor al descontento generalizado hacia la Concertación sin lugar a dudas reina entre la actual directiva PPD que decidió expulsar a Schaulsohn. Es precisamente ese temor lo que los hace menospreciar el éxito de su ex correligionario.

– *¿Usted no cree en el éxito de la iniciativa de Chile Primero?*

Fue esta la directa pregunta del periodista al secretario general del PPD, Pepe Auth, quien respondió:

– *Mi diagnóstico, a partir de los datos que poseo, es que no parecen haber encontrado un espacio social claro. Cuando el PPD se formó, se conectó de inmediato con un sentido común de la gente. Tengo la impresión de que Chile Primero es un*

[29] Fuente: www.electoral.cl

fenómeno ABC1, es decir, de elite ilustrada. Esto mismo lo probó Errázuriz en su momento y no logró encarnarse en el electorado. Lo intentó Arturo Frei Bolívar y el electorado DC no se perdió. Eso habla de escasez de espacio entre dos coaliciones que representan universos conceptuales y valóricos distintos.[30]

Para el experto electoral PPD, Chile Primero es solo un «fenómeno ABC1», es decir, en palabras simples, corresponde solo a un grupo «cuico» de personas que no representan a mayoría alguna. Su respuesta, a mi entender, más que obedecer a un análisis real del movimiento, lo cual manifiesta en un comienzo al declarar la carencia de información que posee, es un intento por circunscribirlo dentro de la percepción que corresponde a un grupo más cercano a «la derecha» que a la Concertación, con toda la connotación negativa que la izquierda le ha impuesto a la palabra derecha. Pero en realidad, como dije, sus palabras solo reflejan el real temor de ver cómo la Concertación y, por ende, el propio PPD, se desmorona a pedazos, más aún cuando militantes activos de esa colectividad aparecen participando dentro de la directiva del movimiento y, por tanto, de llegar a formarse como partido político, con seguridad abandonarían el PPD para engrosar las filas de Chile Primero. Lo curioso de esta situación es que el PPD fue formado como un partido instrumental para el plebiscito de 1988 y estructural para la Concertación de aquel entonces, y resulta notable que precisamente de sus filas surja eventualmente la descomposición de las partes de la Concertación. Un ejemplo de esta descomposición son Antonio Infante, ex subsecretario de Salud del gobierno de Ricardo Lagos, y su asesor en esa cartera, Franklin Santibáñez, quienes ingresaron a Chile Primero sin haber renunciado a la militancia PPD, por lo cual la colectividad decidió pasarlos al tribunal supremo para evaluar las sanciones co-

30 Entrevista a Pepe Auth, diario *La Nación*, 21 de mayo 2007.

rrespondientes. Cabe recordar que es el mismo tribunal que expulsó a Schaulsohn de ese partido. La DC tampoco ha quedado inmune a las deserciones, ya que a mediados de junio de 2007 Sebastián Rivas, jefe metropolitano del INP, renunció a su militancia democratacristiana tras asistir al lanzamiento de Chile Primero.

Las intenciones de Chile Primero quedan claras en el discurso de sus líderes, pues el movimiento tiene «*la voluntad de participar activamente en la vida política chilena*», formando parte de todo proceso electoral que se avecina. Por ello, no me extrañaría ver al propio Fernando Flores como candidato presidencial para el 2009, ya que sus aspiraciones han sido claras en el pasado. Aun cuando considero escasas sus posibilidades de tener éxito, el fin real de su candidatura no sería llegar a la Presidencia de la República, sino lograr el gran poder resultante para Chile Primero en la negociación de los preciados votos que eventualmente obtenga su candidato, más aún en un escenario donde, como ha sido la tónica de las últimas elecciones presidenciales, un número reducido de votos puede marcar la mayoría necesaria para consolidar un triunfo en segunda vuelta.

Dadas las circunstancias, si la Concertación intenta seguir adelante en sus actuales condiciones, es decir, hundiéndose, Chile Primero se puede transformar en un eslabón, pequeño pero esencial, entre la Alianza por Chile y una minoría ajena a la derecha que en el pasado no participaba en política, pero que se vería cautivada por el proyecto país y la innovadora propuesta por parte de Chile Primero. Su papel puede ser clave a la hora de desequilibrar la balanza electoral en contra de la Concertación sin importar el candidato que el oficialismo llevase. A pesar del reconocido pasado de izquierda de Schaulsohn y Flores, ambos han forjado conocimientos académicos en Estados Unidos y su visión

política dista con creces de las fracciones más izquierdistas de la Concertación, incluso Schaulsohn ha entablado una estrecha relación comercial con Andrés Allamand por medio del estudio de abogados que comparten. Además, el hecho de que hoy en día sea Renovación Nacional y no la UDI el partido con el liderazgo de Sebastián Pinera como candidato presidencial genera las posibilidades de un mayor consenso a la ahora de entablar conversaciones con futuras fracciones como Chile Primero. Tal vez esto pueda sonar muy improbable ahora, tal y como sonaba improbable hace dos años que Flores y Schaulsohn abandonarían la Concertación. Solo el tiempo lo dirá.

El fin de la Concertación. ¿El comienzo de la Alianza?

Tras la derrota de la socialista Ségolène Royal en las pasadas elecciones presidenciales francesas, algunos de sus partidarios, izquierdistas todos, no dudaron en salir a las calles a protestar por el triunfo de su oponente, el derechista Nicolas Sarkozy. La violencia se apoderó de las calles de París y las imágenes que llegaban desde la capital francesa nada tenían que envidiar a las marchas de nuestra propia izquierda, por ejemplo, las del «Día del joven combatiente».



Las dos décadas de la Concertación en el gobierno la dejarán como una de las más exitosas coaliciones políticas en nuestra historia.

Lo cierto era que la candidata socialista lo había advertido pocas horas antes de los comicios, al anunciar públicamente en los medios de comunicación:

– «*Elegir a Nicolas Sarkozy sería una opción peligrosa*».

Aquella fue la frase utilizada por la mujer cuyo «instinto» -que pareciera ser una característica política de las mujeres socialistas– le anticipaba una derrota. Razón tuvo en sus palabras, ya que sin reconocer el democrático triunfo obtenido por la derecha, sus partidarios se volcaron a las calles a protestar. ¿Protestar de qué?, me preguntaba. ¿De que la mayor parte de la ciudadanía francesa no quiso la opción socialista? O tal vez ¿protestar por ser minoría? El hecho es que la violencia era el medio que los parti-

darios de la izquierda francesa utilizaban para manifestar su disconformidad y descontento.

Dejando de lado el uso de la violencia como el denominador común de la izquierda en todo el mundo, ¿qué tiene que ver todo lo vivido en Francia con nuestro recóndito y humilde país? Esto es, el comportamiento de los políticos de izquierda cuando se ven amenazados legítimamente por un triunfo electoral de la derecha.

En nuestro país el fin de la Concertación también es claramente percibido por los concertacionistas del lado más siniestro del conglomerado –insisto en la primera acepción de la palabra–, quienes no han dudado, al igual que su correligionaria francesa, en declarar que un triunfo de la Alianza, la derecha, en una elección presidencial, significaría algo extremadamente «dramático» para el país e inconcebible para nuestra democracia. Pareciera ser que estuviesen convencidos de ser ellos la única opción posible para gobernar, los únicos capaces de proveer a Chile de un gobierno que vele por el bien común, que entregue estabilidad y progreso, igualdad y dignidad, en ser solo ellos la alternativa con que «gana la gente». Una especie de derecho de propiedad irrevocable sobre la tutela del «demos», sobre su conducta y sobre sus preferencias. Sin embargo, en realidad los largos años en el gobierno han transformado a la Concertación en un ente ávido de poder y sus miembros se han vuelto verdaderos acaparadores burocráticos de cualquier puesto laboral del Estado, sin importar lo fútil e inútil que resulte, con tal de permanecer dentro de la colosal maquinaria concertacionista para hacer uso y abuso de las ineficiencias del Estado.

- «*Si el país decidiera virar a la derecha en las próximas elecciones cometería un gravísimo error*».

Las anteriores fueron las palabras nada menos que del ministro secretario general de la Presidencia, José Antonio Viera-Gallo en mayo de 2007. Ignoro en qué se basa la grave advertencia que hace el ministro de Estado. Las últimas elecciones demostraron que muchos chilenos estamos por ese error, error que cada día que transcurre pareciera haber sido la opción correcta, no así la continuidad de la Concertación. Tal vez el gravísimo error al que se refiere el ministro implica justamente el cambio de todos quienes ejercen hoy en día el gobierno, incluyendo el ministerio que él ejerce, como también todos los puestos que durante estos años han sido repartidos solo entre concertacionistas. Dicho de otra manera, el error es justamente... que no le vayan a quitar la pega.

Por su lado, la presidenta de la DC, senadora Soledad Alvear, ha expresado su negativa a cualquier eventual acercamiento que pudieran tener grupos democratacristianos con sectores de la Alianza, a pesar de la cercanía ideológica que existe entre ambas. A diferencia de gran parte del mundo, Chile es el único país en donde la DC gobierna junto con los socialistas. Absurdo sería que la Concertación realizara un pacto electoral con el Partido Comunista (PC), con la DC formando aún parte de esa coalición. No obstante, nuestro país se especializa en demostrar que en política lo absurdo obedece a una lógica inversa a la razón. Los extremos y descabellados cambios políticos que quiso llevar a cabo el gobierno de la UP, basados en el apoyo de una escueta minoría, sin lugar a dudas atentan contra la razón. Fue esa misma razón la que se vio en conflicto cuando, a diferencia de la experiencia histórica, en Chile surgía un gobierno militar que encaminaba al país hacia el desarrollo económico exitoso, fundaba las bases para una sólida democracia y entregaba voluntariamente, por la vía electoral, el poder. La razón indicaría que aquel gobierno debiese ser

valorado y apreciado, pero no es esa razón la que impera en nuestra política.

Es por ello que no debiesen sorprendernos las conversaciones entre la Concertación y el PC, y menos el rechazo de Soledad Alvear a conversar con la Alianza. Fue durante la junta nacional de su partido donde no vaciló en decir:

– «*No hay espacio para coqueteos con la derecha*».

Lo curioso de sus palabras es que cuando aún corría como precandidata presidencial de la DC, allá por marzo de 2005, no dudó en declarar que en una eventual conformación de gabinete presidencial no tendría problemas en llamar a Sebastián Piñera, candidato de la derecha, a integrar su equipo ministerial. Tal vez solo fue un pequeño atisbo de razón.

– «*Podría ser un aporte en un ministerio, ¿por qué no?*», fueron sus palabras.

Lo cierto es que el temor de los personeros de la Concertación de que la Alianza llegue al gobierno en realidad no consiste en sus dudas acerca de la buena o mala gestión que pueda realizar la derecha, sino más bien a que el hecho de que llegue la Alianza al poder implica inevitablemente que ellos lo pierden y, por ende, todas las ventajas y regalías que han obtenido a costa del Estado por casi dos décadas: Becas presidenciales, directorios de empresas, consulados, embajadas, subsecretarías, etc., etc.

Todos concuerdan en que la Concertación se encuentra debilitada y seriamente fraccionada; las causas pueden variar según el orador, pero la apreciación final es la misma. A mi modo de ver, todo parece indicar que la Concertación dejará de existir

como tal, pues aquello que la equilibraba ha desaparecido, es decir, ha perdido su pilar fundamental, el núcleo por el cual sus partes giraban en torno. Esto se ha sumado al paso del tiempo, al desgaste que todo organismo enfrenta; en su caso, el desgaste de poder. Este último, tanto o más como la imagen PINOCHET, unió sus partes, ha sido un incentivo para superar tormentas, sortear dificultades y obtener consenso; sin embargo, como todas las cosas, no es eterno. Distinto habría sido si la imagen PINOCHET hubiese desaparecido cuando la Concertación gozaba con la vitalidad y el poder de sus primeros años. Con seguridad, este último hubiese sido suficiente como para mantener los vínculos y seguir unida gracias a la abundancia que el poder da. Cuando existe abundancia de goce, hay escasez de dificultades, pero no su inexistencia, son escasas en relación con lo que abunda. Este las oculta, las niega, permite taparlas, pero no solucionarlas. Tal vez la Concertación ya cumplió su ciclo y en momentos fue necesaria para el país, pero hoy se ha transformado en un pesado lastre que nos impide avanzar. Se ha alimentado excesivamente de burocracia estatal, le gusta y la cultiva, aletargándose, inmovilizándose con cada minuto que pasa. Además, como mencioné, ya está enferma y, peor aún, no quiere reconocerlo. El cáncer de la corrupción ha hecho que tenga sus días contados, incluso puede repentinamente colapsar, desmoronándose en un santiamén. Basta que el débil liderazgo tambalee, titubee o vacile más de la cuenta para que, como un castillo de naipes, todo se derrumbe. Sus extremidades se encuentran frágiles, mientras su cabeza parece estar turbada, confusa, sin tener idea de qué hacer y hacia dónde ir.

El inminente fin de la Concertación ha hecho radicalizar ciertas posturas dentro de la coalición de gobierno. Un ejemplo de ello se da en los sectores más izquierdistas, los cuales pretenden estrechar vínculos con el Partido Comunista, con el objeto de asegurar la votación de los partidarios de ese sector para los can-

didatos concertacionistas. Como ya vimos, este tipo de acciones atenta contra la razón y es por ello que no debiese sorprendernos. Más aún cuando se han realizado las primeras conversaciones en mira a las elecciones municipales de 2008, en un denominado «pacto de omisión». El objetivo del pacto consistiría en que tanto la Concertación como los comunistas no llevarían candidatos en ciertas comunas con el objeto de no debilitar la votación el uno respecto del otro. El eventual «pacto de omisión», sin lugar a dudas, no dejaría indiferentes a los sectores más moderados, aun con razón, de la Concertación, especialmente dentro de la DC, ya que de aceptar el acuerdo con los comunistas, la DC estaría negando los valores y principios básicos de su masa partidista con el exclusivo objeto de permanecer con una cuota de poder. De apoyar un pacto como el antes mencionado, de Democracia Cristiana le quedaría solo el nombre.

El fin de la Concertación tampoco debe entenderse como el inevitable comienzo del gobierno de la Alianza por Chile, de la derecha. El fin de la Concertación nos llevará a enfrentar un escenario crucial acerca del tipo de sociedad que deseamos construir, modelo y parámetros económicos a los cuales obedecer, principios valóricos a los que respetar y el tipo de democracia que aspiramos a tener. Como resultado de un eventual pacto entre el Partido Comunista y partidos de la Concertación, la radicalización de las posturas políticas será una condición creciente, primero en el discurso y luego en los hechos. Es allí donde se abre una peligrosa ventana para el ingreso de personajes como Chávez o Evo. Creer estar ajeno a ese tipo de política es un error; peor aún, facilita su ingreso. El populismo es una amenaza a la que no estamos inmunes a pesar de considerarnos una especie diferente a nuestros «hermanos latinoamericanos». Sin embargo, nuestra historia demuestra lo contrario y basta con que se conjuguen los factores necesarios, en el momento preciso, para que carismáticos y des-

lenguados líderes sean encumbrados por las encuestas como los verdaderos hacedores de los «cambios» que nuestro país necesita.

Si existe algo que suele ostentar con orgullo la Concertación cada vez que se le cuestiona algo en política, y que sus miembros no escatiman en pregonar, incluso con ciertos aires de omnisciente autoridad, es el supuesto «esfuerzo y lucha» que debieron dar para recuperar nuestra apreciada democracia. Por supuesto que las razones y causas que generaron el quiebre institucional ya han sido abrazadas por el olvido. Sin embargo, me pregunto: ¿Qué tipo democracia fue aquella que se perdió allá por comienzos de los años 70 y que tanto recuerdan los concertacionistas? ¿No fue una que permitió que un señor fuera electo con un tercio del apoyo ciudadano y que intentara imponer en Chile una revolución marxista con «empanadas y vino tinto»? ¿No fue esa democracia la que careció de los poderes y contrapoderes capaces de estabilizar las turbulencias producidas por quienes pretendían imponer sus ideas extremas a cualquier precio y a través de cualquier medio, incluyendo la violencia? La Concertación pareciera sentirse como el único ente con autoridad para hablar y hasta mencionar la palabra democracia. Peor aún, su reiterativo discurso ha llegado hasta autoconvencerlos de su divino derecho sobre toda la actividad política. Es así como desde 1990 a la fecha no es extraño escuchar a connotados políticos concertacionistas, desde Lagos -padre e hijo- hasta un elocuente diputado Alinco, hablar de su grado de participación en la «recuperación» de la apreciada democracia.

Lo cierto, como muchos saben pero poco a poco lo olvidan, es que las bases de nuestra actual democracia fueron establecidas durante el gobierno militar y estampadas en la Constitución de 1980. La firma de Pinochet en ella siempre le incomodó a la Concertación -era la constitución de Pinochet-, por lo que se

regocijaron al ver cómo Ricardo Lagos imprimía su firma el año 2005 borrando con el «dedo» la del general. No era más que un cambio cosmético, las bases de la Constitución siguen siendo las de Pinochet, pero, como reza el dicho: «*Ojos que no ven, corazón que no siente*». Por su parte, los políticos de la Alianza, sobre todo de la UDI, han querido olvidar su participación en las bases de la democracia fundada a partir de 1980, pero no así en las modificaciones en que han participado junto a la Concertación. Parecieran estar avergonzados de haber contribuido al restablecimiento de la democracia que la izquierda dice suya y que no duda en adjudicarse. La derecha, como prefiere llamarla la Concertación, pareciera también haber olvidado el importante rol que jugó en nuestra Constitución uno de sus principales ideólogos: Jaime Guzmán. Han intentado renegar de su pasado, se dijeron desafectados, desilusionados e incluso ignorantes de todo lo que ocurría y, peor aún, olvidados de la violencia de la izquierda, incluyendo los actos terroristas cometidos por quienes hoy son enarbolados como otros luchadores de nuestra democracia. ¿Estrategia electoral? No me cabe duda, y casi les dio resultado, pero negando lo que realmente son.

Las modificaciones que la Concertación ha logrado imponer en la Constitución borraron, según ella, los «poderes fácticos» que atentaban en contra de una democracia plena. Así fue como, por ejemplo, finalmente se eliminaron los «designados», senadores que no obedecían a partido político alguno ni a un apasionado y emotivo electorado, cumpliendo una función estabilizadora dentro de la Cámara Alta. ¡Cómo los debe extrañar la Presidenta cada vez que envía un proyecto de ley y debe lidiar con Adolfo, Alejandro o Fernando! La mayoría parlamentaria de la que tanto disfrutaron obtener en las elecciones pasadas y que les permitió despreciar la ya rancia «política de los acuerdos» con la Alianza se desvaneció ante sus ojos. Los díscolos dentro de la Concerta-

ción siempre existieron, solo que tras el año 2005, sin designados, su poder se incrementó gracias a las modificaciones que hicieron de nuestra democracia una más «demoscópicamente» plena.

Pareciera ser que en una «democracia demoscópica» solo es democrática aquella decisión que surge desde el corazón mismo del pueblo e interpretada, o espiada, por medio de los sondeos de opinión y de las encuestas. «*Vox pópuli, vox dei*», es la sentencia de muchos de nuestros políticos, aun cuando buena parte de ellos ni siquiera cree en Dios, incluyendo nuestra Presidenta. Supuestamente la voz del pueblo se transustancia en las encuestas difundidas por los medios de comunicación de masas. De estas surge un «organismo en ebullición, con movimientos subterráneos, brutales erupciones y fulgurantes cambios que solo puede captar un hombre dotado de una gracia especial». De esta forma la misión del político es «obedecer al pueblo y convertirse en su portavoz o en su intérprete. El político no debe jugar a los pedagogos ni contentarse con permanecer a la escucha de la opinión pública, sino convertirse en el ejecutor de una fuerza que lo supera». Es esta amenaza, la del populismo, la que se encuentra latente en nuestro país. Latente en el correcto sentido de la palabra y no como comúnmente, y erróneamente, se utiliza. El populismo es una amenaza escondida, oculta, aparentemente inactiva, imperceptible a simple vista. Pareciera ser que lo consideramos como un mal del cual nos encontramos inmunes. Bien puede Venezuela caer bajo sus brazos, Perú o Bolivia, incluso Argentina, pero, sin mayores fundamentos, creemos que Chile posee una especial característica que le permite descartar por completo cualquier surgimiento de nuestro propio Hugo Chávez.

El fin de la Concertación no implica el comienzo de la Alianza. Que el más exitoso conglomerado político electoral de los últimos tiempos se desmorone a pedazos no debería alegrar a

nadie, ya que nada puede asegurar que lo que vendrá será algo necesariamente mejor al ya mediocre gobierno de Michelle Bachelet. Peor aún, el término de la Concertación generará un escenario inmejorable para el surgimiento de personajes que con algo de carisma, buena labia popular y un discurso que toque los tejidos más sensibles del pueblo –en ese instante– logren encumbrarse en las encuestas para que de un día para otro sean los mejores candidatos para apoyar. Como dice Alain Minc: «La emoción representa el resorte clave del populismo, como la razón es el de la política representativa clásica. Un hombre público no tiene que convencer, ni educar, ni razonar, ni canalizar las pulsiones del pueblo. Es decir, no tiene que hacer nada de lo que tradicionalmente forma parte de su hoja de servicios, sino todo lo contrario. ¿Por qué convencer, si es él el que debe controlar y encauzar los instintos primarios de la opinión pública? ¿Por qué educar, si las elites no saben más que la población y, por el contrario, los a priori de esta representan otras tantas verdades reveladas? (...) ¿Por qué razonar, si el país posee por naturaleza la comprensión de las cosas y los responsables, los dueños del poder, los decisores, deberían impregnarse de ella y convertirse en sus simples auxiliares?». Y agrega: «De esta forma se impone un extraño culto a lo inmediato, que entra evidentemente en sintonía con el totalitarismo de la instantaneidad que practica con toda naturalidad la televisión: hay que captar los deseos de la opinión e inclinarse ante ellos, en cada instante y en cada situación».

No son pocos los admiradores de Hugo Chávez dentro de nuestro parlamento, unos más silenciosos que otros. Nuestro senador Navarro ha sido su más devoto y efusivo defensor. Con orgullo no duda en salir en su defensa cada vez que el Presidente venezolano nos deleita con alguna pachotada. Desde tratar de «pendejo» a nuestro representante en la OEA hasta sus recriminaciones en contra de la «golpista» DC chilena.

Por qué no podría, por ejemplo, el senador Alejandro Navarro ser una real alternativa de gobierno para nuestro país, poder ser nuestro propio alter ego de Hugo Chávez o Evo Morales. Sin lugar a dudas su gobierno encontraría inmediata sintonía con Bolivia, Venezuela y Ecuador, los lazos de hermandad con Argentina y Brasil se incrementarían y las relaciones con países centroamericanos y del Caribe, como Nicaragua y la propia Cuba, se estrecharían. Ya no solo Venezuela tendría la tutela exclusiva sobre los ingeniosos insultos –y hasta merecidos algunos– hacia la persona de Bush y su gobierno norteamericano. Tal vez no con tanto ingenio ni gracia, pero Chile podría darse el gusto de vilipendiar en la mismísima sede de la ONU a nuestro poderoso socio comercial.

Sin embargo: ¿Qué es aquello que le impediría a nuestro senador Navarro ser un bueno candidato? Solo bastaría que las encuestas lo mencionen dentro del grupo de políticos con más «futuro», sumado a la generosidad que pudiera tener alguien que quisiera financiar su campaña política, algún venezolano por ejemplo, y una acertada interpretación de la voz del pueblo, para que pudiera llegar a La Moneda. Su particular forma de pronunciar la «R» le da un sello único, el cual se le sumaría a la simpatía popular que despertaría ser un gran hincha colocolino.

No me cabe duda de que muchos ciudadanos dan absolutamente por descartado cualquier tipo de populismo en Chile, pero descartar esa posibilidad sin antes siquiera razonar en ella refleja justamente el fértil terreno que este pudiese encontrar en nuestro país. El populismo es «hijo del instante presente y, por eso, apuesta sobre la inmensa capacidad de amnesia de la población. (...) Está en perfecta osmosis con la opinión pública y esta le perdona sus contradicciones, porque también ella las comparte». El populismo «ignora o, incluso, desprecia el tamiz de la razón a

la que se someten los procedimientos democráticos clásicos y no se siente afectado por ese juego».

Es poco lo que se le puede pedir a la Concertación para que minimice el riesgo de caer en un populismo al estilo venezolano, por lo que aquella responsabilidad, justa o no, recae en la derecha, en la Alianza por Chile. Será su capacidad para superar individualismos, dejar de lado viejas rencillas y, por sobre todo, transmitir una real alternativa de gobierno lo que le permitirá convencer a ese esquivo 5% de chilenos que aún no creen conveniente entregarle su voto y reafirmar con ello que la derecha sí puede gobernar y lo puede hacer bien. Para conseguir lo anterior, la primordial tarea que debe enfrentar la Alianza es establecer una real y sólida unión entre los partidos que la conforman. RN y la UDI desde sus inicios, con Ricardo Rivadeneira y Jaime Guzmán como sus respectivos presidentes, hasta la fecha, han sido partidos políticos protagonistas de numerosos conflictos que solo han atentado en contra de la posibilidad real de llegar al gobierno. El analista político Patricio Navia ha dicho públicamente lo que pocos se atreven a admitir siquiera en privado: «En la UDI odian a Piñera». Mi experiencia personal se limita a la asistencia al congreso nacional gremialista en su vigésimo quinto aniversario realizado en el aún incólume edificio Diego Portales. Los oradores, todos insignes políticos de la UDI y antiguos partidarios, e incluso partícipes del gobierno militar, centraban en aquel entonces sus palabras en torno a la superioridad y el liderazgo que por esos años la UDI poseía sobre sus aliados, sin dejar pasar irónicas frases en contra del entonces presidente de RN, Sebastián Piñera. Comprendo y comparto ciertas actitudes del abanderado de RN que despiertan rechazo; sin embargo, ha sido la capacidad de la Concertación de ceder y llegar a consensos internos lo que le permitió demostrar la unidad y cohesión necesarias para adquirir la apreciada gobernabilidad, lección que debiese aprender la

Alianza. El problema es que las odiosidades en contra del empresario suelen imponerse por sobre cualquier grado de demostración de unión, más aún cuando Piñera poco aporta para superarlas.

Sin embargo, a pesar de que la Alianza logre la unidad necesaria para enfrentar la oportunidad electoral que generará el fin de la Concertación, el desafío que enfrenta la derecha es doble. El populismo, como la corrupción, no es un mal que pueda aquejar exclusivamente a la izquierda, la Alianza no está inmune a caer bajo sus cantos de sirena, más aún si para llegar por fin al gobierno percibe la errada necesidad de usar herramientas de corte populista. De esta forma, la Alianza deberá ser capaz de evitar un populismo de izquierda posterior a la Concertación, como también de evitar que el populismo penetre sus propias filas.

A fin de cuentas, lo cierto es que a diferencia de todas las anteriores elecciones presidenciales desde 1989 en adelante, el año 2009 la Alianza por Chile enfrentará un escenario único para lograr de una vez por todas la ansiada victoria. Si así ocurre, luego de dos décadas la Concertación tendrá que abandonar –no desalojar–, sin reparo alguno, el Palacio de La Moneda. Espero que así sea, y sea para mejor.

Fe de Erratas
Libro *Caso Riggs: La persecución final a Pinochet*

Dado que el libro *Caso Riggs: La persecución final a Pinochet* aún no es editado por segunda vez, creo necesario insertar la siguiente fe de erratas en la presente obra con el objeto de corregir, en lo posible, un error de la primera edición del mencionado libro.

En el capítulo titulado Tercera derivación: El pensamiento gramsciano en Chile (p. 81), intento analizar la influencia del ideólogo italiano en nuestro país. Escasas fueron las fuentes con las cuales conté para dicho análisis y ello agrava aún más mi error, el cual consistió en la omisión dentro de la bibliografía de un artículo titulado «A propósito de la fuerza expansiva del pensamiento político de Antonio Gramsci», cuyo autor es el académico y doctor en historia, señor Jaime Massardo. Fue dicho artículo con el cual comencé a desarrollar lo que a la postre terminaría siendo el mencionado capítulo.

Esta omisión solo obedeció a un error inexcusable de mi parte que atribuyo única y exclusivamente a una falta de minuciosidad, sin intención alguna de perjudicar al señor Massardo.

Pude percatarme de dicho error gracias a un artículo publicado en internet, en: *Correo Semanal*, revista *Socialismo Revolucionario* (*blog*), donde el señor Massardo corrige mi omisión denunciando una presunta «falta de honestidad intelectual» de mi parte. Como dije anteriormente, jamás tuve intención alguna que fuese deshonesta y por ello no dudé en publicar en aquel mismo sitio de internet (*blog*) mis disculpas al señor Massardo.

Concuerdo con el señor Massardo con respecto a la libertad del uso de la información y de análisis para la generación de nuevas obras, pero ello no implica la omisión de las fuentes utilizadas.

Rodrigo Andrés García Pinochet

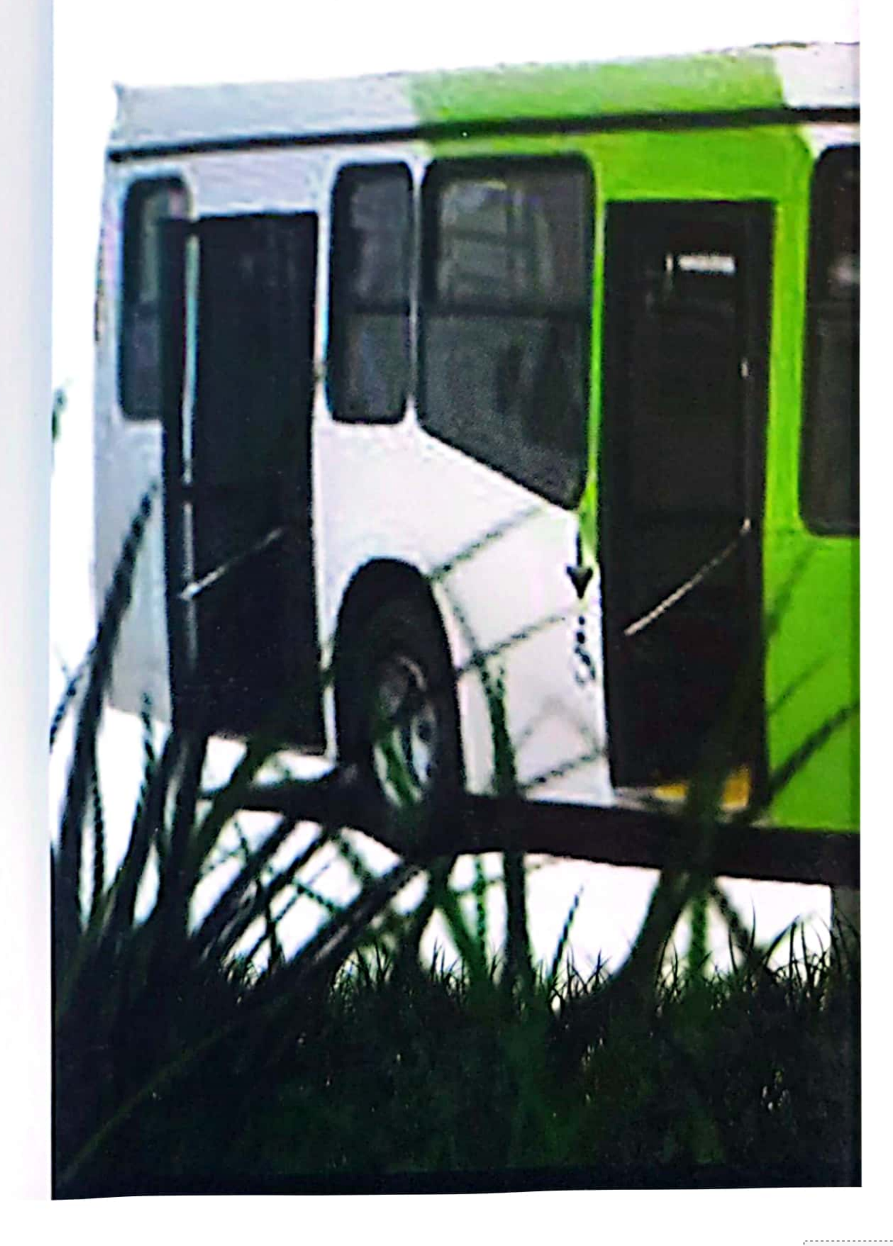
Otros títulos de Editorial Maye:

"Pinochet: Las incómodas verdades".
Mario Spataro.

"Salvador Allende: El fin de un mito".
Víctor Farías.

"5 Presidentes y el poder". Alfonso
Marquez de la Plata.

"La nuera del General".
Paula Afani.



Artículo 19° de la Declaración Universal de los Derechos Humanos:

"Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión"

Rescato y destaco este artículo para solicitarles a todas las autoridades de las instituciones del Estado aludidas en el presente libro que por favor no utilicen su poder, influencia, jurisdicción, autoridad y amistades para propinar o continuar una vehemente persecución en mi contra. Suficiente fue la experiencia detallada en mi anterior libro, por lo que esta vez pretendo acogerme al mencionado artículo y apelar a mis derechos universales, ya que según este no debo ser molestado por la mera publicación de mis opiniones, por muy «incorrectas» que estas sean. Me pregunto: ¿Le harán caso?



9 789568 433086

Editorial Maye Ltda.